

**Título:** Puente de Calderón: las versiones de un célebre combate

**Autor(es):** Vázquez Mantecón, María del Carmen

**Fecha de publicación:** 2012

**Primera edición electrónica en pdf:** 2023

**ISBN edición impresa:** 978-607-02-3759-1 [Versión impresa]

**ISBN de pdf:** en trámite

**Forma sugerida de citar:** Vázquez Mantecón, María del Carmen. Puente de Calderón: las versiones de un célebre combate. México: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México, 2012. <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3352>

---

D.R. © 2024. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

**Entidad editora:** Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México  
Correo electrónico: [departamento.editorial@historicas.unam.mx](mailto:departamento.editorial@historicas.unam.mx)

---

“Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)”



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: [departamento.editorial@historicas.unam.mx](mailto:departamento.editorial@historicas.unam.mx)

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



REPOSITORIO  
INSTITUCIONAL  
HISTÓRICAS  
UNAM

# Puente de Calderón

las versiones de  
un célebre combate

María del Carmen Vázquez Mantecón



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Maria del Carmen

Marquez

Manten

Martin

Martin

Martin

Martin

Martin

Martin

Martin

Martin

Martin

Martin

Martin

Martin

Martin

Martin

Martin

el mundo es un pañuelo

el mundo es un pañuelo

el mundo es un pañuelo

el mundo es un pañuelo

el mundo es un pañuelo

el mundo es un pañuelo

el mundo es un pañuelo

el mundo es un pañuelo

el mundo es un pañuelo

el mundo es un pañuelo

el mundo es un pañuelo

el mundo es un pañuelo

el mundo es un pañuelo

el mundo es un pañuelo

el mundo es un pañuelo

el mundo es un pañuelo

el mundo es un pañuelo

el mundo es un pañuelo

**E**l 17 de enero de 1811 tuvo lugar en el paso de Puente de Calderón, cerca de Zapotlanejo, un encuentro de armas entre las huestes insurgentes comandadas por Miguel Hidalgo y las tropas realistas dirigidas por Félix María Calleja. Se trató de una batalla llena de imprevistos que al final dio el triunfo al segundo. A pesar de que Hidalgo y sus principales jefes militares lograron huir hacia el norte, su fin estaba cercano. El gobierno virreinal calificó el combate como una “memorable acción”. Tres años y medio después, y ya como dirigente de la campaña del Bajío, el criollo Agustín de Iturbide decidió celebrar el regreso de Fernando VII con la puesta en escena de esa famosa contienda, lo que tendría lugar en el mes de octubre de 1814 en las inmediaciones de Irapuato.

En este libro, se refieren los pormenores de la batalla a partir de los relatos que le dieron vida a lo largo del siglo XIX. Para acercarnos a ese acontecimiento vivido con pasión, es necesario situarlo en el entramado de la guerra y conocer las armas, la ubicación, la composición y el comportamiento de ambos ejércitos, lo que permitirá entender las opuestas versiones a propósito de ese azaroso encuentro y descifrar la manera como se obtuvo y festejó la victoria, incluida su sugestiva escenificación. Estos tópicos nos acercarán, sin duda, a revalorar los verdaderos motivos de la derrota.

Portada: Batalla de Puente de Calderón, dibujo de Thomas J., litografía de Labielle, Barcelona, en Enrique Olavarría y Ferrari, *Episodios históricos mexicanos. Novelas históricas nacionales amena e imparcialmente escritas*, México/Barcelona, Ramón de S. N. Araluce, editor, 1887-1888, t. I, p. 525

Diseño: Deikon

[www.historicas.unam.mx](http://www.historicas.unam.mx)

ISBN 978-607-02-1332-8



9 786070 213328 >







INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

PUENTE DE CALDERÓN:  
LAS VERSIONES DE UN CÉLEBRE COMBATE



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

## INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Serie Historia Moderna y Contemporánea / 51





INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

MARÍA DEL CARMEN VÁZQUEZ MANTECÓN

# PUENTE DE CALDERÓN: LAS VERSIONES DE UN CÉLEBRE COMBATE



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
MÉXICO 2010



Catalogación en la fuente UNAM, Dirección General de Bibliotecas

F1232

V39

Vázquez Mantecón, Carmen

Puente de Calderón : las versiones de un célebre combate / María del Carmen Vázquez Mantecón. — México : UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2010.

116 p. : il. ; 21 cm. — (Serie Historia Moderna y Contemporánea ; 51)

ISBN 978-607-02-1332-8

1. Batalla del Puente de Calderón, 1811 — Fuentes. 2. México — Historia — Guerra de Independencia, 1810-1821. 3. Jalisco — Historia. I. t. II. Ser.

Primera edición: 2010

DR © 2010. Universidad Nacional Autónoma de México

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510 México, D. F.

+52 (55) 5622-7518

[www.historicas.unam.mx](http://www.historicas.unam.mx)

ISBN 978-607-02-1332-8

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio  
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

Impreso y hecho en México





*Puente de Calderón: las versiones de un célebre combate*

editado por el Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM,  
se terminó de imprimir en offset el 28 de mayo de 2010  
en Formación Gráfica, Matamoros 112, Colonia Raúl Romero,  
Nezahualcóyotl, Estado de México.

Su composición y formación tipográfica, en tipo Book Antiqua  
de 11:13, 10:11 y 8:9.5 puntos, estuvo a cargo  
de Sigma Servicios Editoriales

bajo la supervisión de Ramón Luna Soto.

La edición, en papel Cultural de 90 gramos,  
consta de 500 ejemplares y estuvo al cuidado de  
Rosalba Alcaraz Cienfuegos



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## ÍNDICE GENERAL

Introducción .....	11
La batalla y sus documentos .....	13
La batalla en el contexto de la guerra .....	15
La versión de Calleja. ....	21
Las tropas, sus armas y el desempeño durante la acción. . .	25
El espacio del combate .....	45
Los motivos de la derrota .....	57
La versión del insurgente Pedro García .....	63
Providencialismos, milagros, festejos y otros augurios . . . .	67
La batalla simulada. ....	73
Epílogo. ....	81
Apéndices	
I. El virrey de Nueva España don Félix María Calleja a sus bizarras tropas. Septiembre 6 de 1814. ....	87
II. Agustín de Iturbide, <i>Diario militar</i> , Año de 1814, mes de octubre .....	91
III. Carta de Agustín de Iturbide a Félix Calleja, 30 de diciembre de 1814 .....	95
Fuentes documentales y bibliografía .....	101
Índice de imágenes .....	109
Índice de nombres .....	113



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS





## INTRODUCCIÓN\*

El recuerdo de un acontecimiento del pasado depende de lo que se diga de él. Fue precisamente Georges Duby quien señaló esto a propósito de la decisiva batalla de Bouvines, ocurrida en un solo día y que fue como un parteaguas entre la antigua y la nueva organización medieval. En ese bello libro apuntó también este autor que, a pesar de que las crónicas de los hechos se abultaran por las impresiones de los testigos o por las ilusiones de los historiadores, en ese torrente de palabras se liberaban muchas huellas indispensables para la memoria y la reinención de lo acontecido.<sup>1</sup> Esto viene a cuento ahora que me propongo revisar diferentes versiones sobre la no menos importante batalla de Puente de Calderón, sostenida el 17 de enero de 1811 entre las huestes insurgentes comandadas por Miguel Hidalgo y las tropas realistas dirigidas por Félix María Calleja. Este encuentro de armas lleno de imprevistos — que al final dio el triunfo al segundo — fue el prolegómeno del cercano fin que esperaba a Hidalgo y a todo lo que representaba esa agitada primera etapa de la insurrección.

En estos escritos, la guerra por la Independencia y sus resultados son vistos como el cimiento del que dependerían los éxitos, pero sobre todo los fracasos en su proceso de consolidación como nación. Con respecto propiamente al combate, si bien sus cronistas — con excepción de uno — no participaron directamente en él, podemos atisbar en sus páginas cuáles fueron sus fuentes y sus propias imá-

\* Este libro ha contado con los valiosos comentarios de los integrantes asiduos al Seminario Pro-Independencia, que coordinan los doctores Virginia Guedea y Alfredo Ávila, y también con importante información proporcionada por los geógrafos el doctor Omar Moncada y la licenciada Rocío Castillo. El general Cléver Chávez y el doctor Manuel Aguilar me acompañaron gustosamente a una visita a la región de Calderón en Zapotlanejo, Jalisco. La directora del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, doctora Alicia Mayer, ha mostrado siempre su apoyo a este proyecto, así como los departamentos de Cómputo y Biblioteca del mismo instituto. Agradezco asimismo el cuidadoso trabajo del Departamento Editorial, y en especial, el de Rosalba Alcaraz y Ramón Luna.

<sup>1</sup> Georges Duby, *El domingo de Bouvines, 27 de julio de 1214*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, p. 10.



genes y seguir el hilo de la escritura de esa historia y de su genealogía historiográfica irremediamente ligada a cada concepción del mundo y a cada época que reelaboró ese episodio.

Significativo es el abanico de interpretaciones decimonónicas, a las que me referiré en esta ocasión. En él encontramos todas las posturas políticas e ideológicas que dominaron la polémica sobre la emancipación de la Nueva España, a la vez que el deseo de dejar memoria de esos hechos: unos a favor de la causa de Hidalgo y de la insurgencia; otros con total animadversión hacia ambas y por ende del lado de la corona española; y algunos más que intentaron hacer una evaluación más equilibrada de la guerra y del contexto de cada batalla, independientemente de sus convicciones.

Las armas utilizadas por los dos ejércitos, su indumentaria, la presencia de los caballos, las formas del ataque, el comportamiento y el número de las tropas durante la acción, el espacio geográfico en el que sucedió, la manera como se obtuvo la victoria, el festejo de ésta, los elementos providencialistas aunados a los presagios y una representación teatral que Iturbide hizo de la batalla son asuntos que trataré también en estas páginas, temas al fin indispensables para acercarnos a ese acontecimiento vivido con pasión aquel jueves 17 de enero de 1811. Esos tópicos, afortunadamente y aunque con notables variaciones, dejaron huellas importantes en la historiografía, gracias — como sugirió Duby — “al juego casi nunca inocente de la memoria y el olvido”.

El lector encontrará también, como complemento de esta reflexión, tres documentos que aluden a la batalla tres años después de sucedida ésta. En ellos podemos ver cómo se vincula el suceso con los altibajos del monarca Fernando VII y con la pertinaz y desesperada creencia de sus funcionarios novohispanos, de que volvían a tener en sus manos el control de la alhaja más estimada de la corona de su amado rey. Al mismo tiempo, reflejan el aspirantismo y el propio juego político del brigadier español que fue premiado con el cargo de virrey y del criollo que, a la postre, consumó la independencia, argumentos que están irremediamente entrelazados en esta exposición a propósito de los avatares de aquel memorable combate.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Una primera y breve versión de este trabajo la presenté como ponencia en el VI Simposio Internacional de Historia Militar que tuvo lugar en el Seminario de Cultura Mexicana en noviembre de 2008 y formará parte de las memorias de ese encuentro.



## LA BATALLA Y SUS DOCUMENTOS

No abundan los papeles que se refieran propiamente a los hechos de armas de la batalla ocurrida en Puente de Calderón. Las huellas más inmediatas son los partes oficiales del brigadier y comandante general del Ejército del Centro Félix Calleja, elaborado el más importante de ellos a partir de los informes de los jefes de cada batallón — infantería, caballería y artillería — así como la correspondencia entre este militar y el virrey Venegas y las diferentes misivas que los oficiales y soldados escribieron a su comandante general, resguardados todos en el fondo *Operaciones de Guerra* en el Archivo General de la Nación. Además de que estos partes de Calleja se dieron a conocer en la *Gaceta del Gobierno de México*, la difusión oficial intentó llegar a un público más amplio editando el *Estracto que formó el mayor general de infantería — Manuel de la Sota Riva — de las relaciones dadas por los cuerpos de su cargo, acerca de los muertos, heridos y acciones particulares que cada uno tuvo en la función de Puente de Calderón...*, aparecido en ese 1811 en la imprenta de Arizpe.

Es importante también lo recogido en la *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México*, emprendida por Juan Hernández y Dávalos, que incluye, además de los que he mencionado, una interesante colección de cartas habidas entre distintos participantes en el conflicto, que eran miembros de gobiernos locales o dirigentes regionales o simples soldados. En esta colección, hay valiosos testimonios que quiero destacar de personas que participaron en la batalla sin tener algún cargo de dirección.

Me refiero, por ejemplo, a la relación que hizo un militar anónimo del ejército realista, que tituló *Bosquejo de la batalla de Calderón el 17 de enero de 1811*. Este papel sí fue conocido — o desconocido conscientemente — por los historiógrafos del siglo de la independencia. Carlos María de Bustamante, por ejemplo, basó su opinión sobre la acción en esta fuente, y siguiéndolo, varios autores repitieron sus datos más relevantes, sin saber exactamente de dónde provenían. Otro documento es el informe del teniente coronel Joaquín del Castillo y Bustamante, que tenía a su cargo la Segunda Columna de



Granaderos de la corona, y quien, siguiendo a su vez las órdenes del realista Bernardo Villamil, atacó la batería que los insurgentes apostaron en su ala derecha. Lo que dice ahí viene a refrendar lo planteado por buena parte de los historiadores, aunque no lo dicho por Calleja, como veremos en su momento. Por último, incluyo la narración del insurgente Pedro García —que vendría a ser como la contraparte del *detall* de Calleja— que no fue incorporada en las interpretaciones decimonónicas porque permaneció inédita hasta 1928, y que, junto con los dos relatos mencionados, nos acerca a otra versión, clave creo yo, para la reconstrucción de lo sucedido ese día.





## LA BATALLA EN EL CONTEXTO DE LA GUERRA

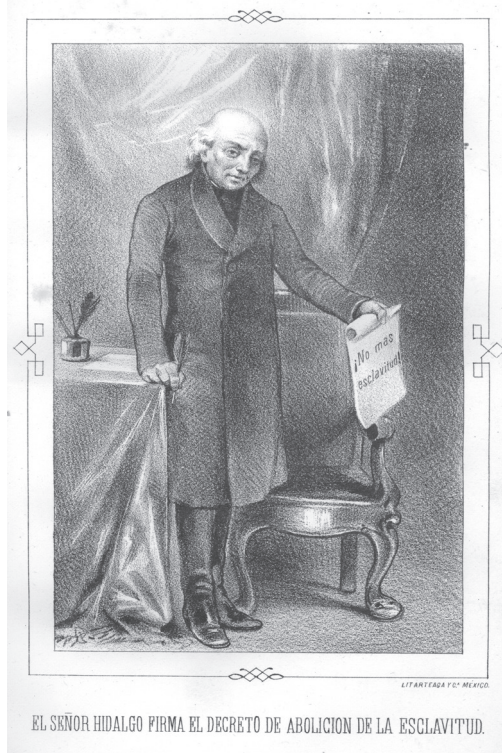
La trama en la que hay que situar la acción de Calderón es propiamente la de la caótica insurrección popular, descrita por un simpatizante de la independencia como “monstruosa, sin armas, sin oficiales y sin táctica”,<sup>1</sup> que inició con el levantamiento convocado por Miguel Hidalgo en el pueblo de Dolores la madrugada del 16 de septiembre de 1810. En poco tiempo pudo este líder reunir un número muy respetable de inconformes que, armados con palos, hondas, reatas y machetes, se lanzaron a combatir al mal gobierno de los funcionarios españoles en la Nueva España, que los tenía sumidos en la pobreza y en la falta de cultura.

La región del Bajío fue el principal escenario de esta guerra y los rancheros, jornaleros, medieros, peones e indígenas, sus primeros actores. A estos que, como se decía entonces “se insurgentaron”, se añadieron las tropas del Regimiento de Dragones de la Reina que operaban en San Miguel el Grande y que dirigía Ignacio Allende, y luego los regimientos de Celaya, de Valladolid, de Guanajuato y los dragones de Pátzcuaro y del Príncipe, y aunque algunos de ellos se fueron retirando conforme se daban las distintas batallas, el número total de insurrectos crecía exponencialmente en comparación con las tropas opuestas. En menos de cuatro meses pusieron de cabeza al antes apacible reino.

En la villa de Dolores y meses antes del levantamiento, Hidalgo había mandado hacer lanzas, machetes y hondas con algunos artesanos que simpatizaban con su causa. Según Pedro José Sotelo, vecino del lugar y gente muy cercana al cura, tomaron el castillo de Granaditas en Guanajuato “a fuerza de hondazos y balazos con las pocas armas de fuego que se habían reunido y unos cañones de madera que se improvisaron forrados de cuero crudo [sic] y reforzados con cinchos de fierro”. A su paso por las haciendas, recogían todos los objetos de bronce que encontraban, con el ánimo de fundirlos en dis-

<sup>1</sup> Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución mexicana*, segunda edición, México, Imprenta de Lara, 1843, reproducida de forma facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. 1, p. 191.

tintas piezas de artillería. Además, contaron casi desde el inicio con el apoyo de un “extranjero inglés” que sabía construir cañones y que los manejaba inmejorablemente. A este último, Hidalgo lo nombró ingeniero mayor de artilleros a cambio de su juramento de lealtad.<sup>2</sup> Los documentos de la época están llenos de referencias a individuos comunes y corrientes que se dedicaban a la fundición de cañones, que serían de gran importancia en los subsecuentes combates.



2. Miguel Hidalgo, litografía de Arteaga y Compañía, México, en Emilio del Castillo Negrete, *México en el siglo XIX, o sea su historia desde 1800 hasta la época presente*, México, Imprenta de las Escalerillas, 1875-1892, v. 3

<sup>2</sup> Pedro José Sotelo, *Memorias del último de los primeros soldados de la independencia*, Pedro José Sotelo, dedicadas al C. Lic. Sebastián Lerdo de Tejada, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, por el Ayuntamiento y jefe político de esta ciudad, Dolores Hidalgo, año de 1874, en *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México*, recopilada por Juan Hernández y Dávalos, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985 (primera edición: 1879), t. II, p. 320-329.

Con respecto al ejército realista, éste se construyó a partir de la misma guerra, ya que sólo existían algunas fuerzas militares que, aunque habían desempeñado un buen papel contra las amenazas externas, no estaban preparadas para enfrentar una insurrección de ese tamaño.<sup>3</sup> Esto explica el avance de las tropas y su ocupación de Valladolid, San Luis Potosí, Zacatecas, Guanajuato y Nueva Galicia y su triunfo contra los defensores del virreinato en la batalla de Monte de las Cruces a fines del mes de octubre, región muy cercana a la temerosa capital. Terminado este enfrentamiento, aumentaron su artillería con dos cañones, con las armas de los muertos y con un carro de parque que dejaron las tropas del rey en el campo de la acción. Sin embargo, a partir de ahí la situación de los insurgentes empezó a cambiar, en buena medida porque cambió también la del ejército real.

Félix María Calleja, nombrado jefe de operaciones de la campaña, convocó a subdelegados, administradores, dueños de haciendas y ranchos a proporcionar armamento, caballos, hachas, azadones y sobre todo hombres bien armados y con buenas cabalgaduras, a los que seleccionó y entrenó para que formaran parte de su ejército. Pedro Sotelo nos informa que también los españoles fundieron piezas de artillería, para las que en alguna ocasión usaron incluso el enorme badajo de una campana. Acudieron así al llamado de la defensa de los intereses del rey individuos de todos los grupos sociales, del mismo modo que se conformó el ejército rebelde. Además, construyeron puntas de lanza, machetes, sables, uniformes, implementos varios de campaña y armaron diez cañones.<sup>4</sup> A propósito de la fundición de éstos, fue después de “numerosos experimentos y fracasos” que lograron terminar algunos pequeños cañones de bronce, de los que muy pocos pudieron ser montados sobre cureñas.<sup>5</sup>

Con esta organización, el ejército realista se enfrentó durante los primeros días de noviembre a los insurgentes en la batalla de Aculco,

<sup>3</sup> Juan Ortiz, *Guerra y gobierno. Los pueblos y la Independencia de México*, Sevilla, El Colegio de México/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Universidad de Sevilla/Universidad Internacional de Andalucía, 1997, p. 51-63.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 66-68.

<sup>5</sup> Christon Archer, “La revolución militar de México: estrategias, tácticas y logísticas, durante la guerra de Independencia, 1810-1821”, en *Interpretaciones de la independencia de México*, México, Nueva Imagen, 1997, p. 127. Esta afirmación de Archer se basa en el documento “Carta de Manuel Acevedo a Calleja”, 24 de octubre de 1810 que está en Archivo General de la Nación (en adelante, AGN), *Operaciones de Guerra*, t. 91.

donde los vencieron. Calleja pudo recuperar sus dos cañones, más todas las armas, cajones de parque, equipajes y dinero que abandonaron ahí los insurgentes. De nuevo cito a Pedro Sotelo, quien reconoció que los esfuerzos del inglés por correr de cañón en cañón y de dirigir las punterías no fueron suficientes para enfrentar una artillería mejor dotada y manejada por gente experta que apuntaba sus tiros con más certeza.<sup>6</sup> Hidalgo se encaminó entonces a la ciudad de Guadalajara a reponer fuerzas, a pesar de la oposición de Allende, quien pensaba que lo mejor en ese momento era recuperar los pueblos que habían sido suyos y que paulatinamente iban tomando los realistas.<sup>7</sup>

Ahí se concentró el ejército insurgente y se preparó la próxima contienda. Por su parte, el gobierno virreinal aprobó el plan militar de Calleja que pretendía cercar a los insurgentes con la reunión de varias divisiones que, partiendo de diferentes rumbos, debían encontrarse en Guadalajara, a donde sólo llegó a tiempo la poderosa división que él comandaba.<sup>8</sup> Cuenta Mariano Otero que los insurgentes se decidieron por escoger un lugar cercano y separado de la ciudad “para que ésta no sufriese los desastres de la batalla”.<sup>9</sup> Cuando tuvieron noticias de que los realistas se acercaban, y según relató un testigo, “se tocó la generala y salió su Alteza con todo el ejército”, el dinero y gran provisión de víveres,<sup>10</sup> con el objeto de ocupar la mejor situación para resistir a las tropas del rey. Calleja había decidido dar la batalla porque al interceptar un correo de Hidalgo al “salteador” Marroquín — quien era jefe de una división

<sup>6</sup> Pedro José Sotelo, *op. cit.*

<sup>7</sup> “Cartas de Allende a Hidalgo manifestándole su disgusto por la marcha de éste a Guadalajara”, en *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México*, recopilada por Juan Hernández y Dávalos, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, t. II, p. 232 y 233. Incluso Allende le recrimina que piense sólo en su seguridad personal. Termina diciéndole que, si se presta con vigor a la empresa, él no tomará un partido separado.

<sup>8</sup> “Plan de campaña formado por el señor Calleja para batir a las fuerzas independentes”, Villa de León, diciembre 16 de 1810, en *Colección de documentos para la historia de la guerra...*, *op. cit.*, t. II, p. 304-305.

<sup>9</sup> Mariano Otero, “Recuerdos de un día en el puente de Calderón”, en *Obras*, recopilación, selección, comentarios y estudio preliminar de Jesús Reyes Heróles, México, Porrúa, 1967, t. II, p. 501. [Se publicó por primera vez en 1859, en una edición de las obras de este autor que hizo su hijo Ignacio en la Tipografía de Nabor Chávez. Desconozco la fecha exacta en que lo escribió Otero, quien murió en 1850.]

<sup>10</sup> “José María Zavalza avisa al Sr. Mercado que el Sr. Hidalgo salió de Guadalajara y el estado en que quedó la plaza”, en *Colección de documentos para la historia de la guerra...*, *op. cit.*, t. I, doc. 157, p. 386. Zavalza dice que la suma de dinero era ochenta mil pesos, mientras Lucas Alamán señala que en el campo de batalla Rayón rescató trescientos mil.



numerosa que estaba en observación de los realistas — se enteró de que se notificaba la salida de Guadalajara para batirse días después con las tropas del brigadier.<sup>11</sup>

La secuencia de los hechos indica que los insurgentes dejaron esa ciudad la noche del martes 14 de enero de 1811. Un día después, habían llegado al puente de La Laja, lugar en el que decidieron en junta de generales que el campo cercano al puente de Calderón sería el sitio preciso para el encuentro, y según José María Luis Mora, fueron Allende y Abasolo quienes indicaron como más ventajosa esa ubicación. A él se dirigieron esa noche donde acamparon y colocaron su artillería. El día 16 llegó Calleja y fue descubriendo poco a poco a todo el ejército contrario y, según él cuenta, su “posición más formidable”.<sup>12</sup> Mientras, se dispuso a preparar un plan de ataque que tendría lugar la mañana siguiente.



3. Don Félix Calleja, litografía, en José de J. Núñez y Domínguez, *La virreina mexicana doña María Francisca de la Gándara de Calleja*, México, Imprenta Universitaria, 1950

<sup>11</sup> Félix Calleja al virrey Venegas, “*Detall de la acción gloriosa de las tropas del rey en el Puente de Calderón con los extractos [sic] y relaciones generales deducidos de los partes que remitieron los jefes de infantería, caballería y artillería al señor general en jefe brigadier don Félix Calleja*”, Guadalajara, 3 de febrero de 1811, en *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México*, recopilada por Juan Hernández y Dávalos, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, t. II, p. 355-361. El documento proviene de AGN, *Operaciones de Guerra*, v. 181, f. 20-28. Éste es un borrador lleno de tachaduras y agregados, pero corresponde a la versión recogida por Hernández y Dávalos.

<sup>12</sup> *Idem*.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## LA VERSIÓN DE CALLEJA

Según su plan, una columna fuerte iniciaría el ataque de la derecha de los insurgentes, con el objeto de desalojarlos de la loma en la que estaban posicionados con la más grande batería de cañones. Al mismo tiempo, otra similar avanzaría por el lado opuesto atravesando el puente o vadeando el arroyo, para caer a un tiempo con todas las fuerzas sobre el centro en el que se había apostado todo el grueso del ejército contrario. Entonces, desde el amanecer del jueves 17, varios regimientos de infantería y caballería, con cuatro cañones y a las órdenes todos del conde de la Cadena Manuel de Flon, subieron la loma con mucha dificultad —la artillería a brazo y bajo el fuego enemigo— y colocados en batalla acometieron a la multitud de insurgentes obligándolos a retroceder mientras tomaban sus baterías.

Calleja describe cada uno de los batallones que empleó para todos los ataques, de los que tuvo mucho cuidado de nombrar a sus jefes, incluidos entre ellos muchos nobles, porque quería asegurarles un reconocimiento. Basta aquí con mencionar a los primeros: la Compañía de Voluntarios de Celaya, el Regimiento de Infantería de la Corona, la caballería compuesta por los regimientos de Dragones de México, Puebla, Querétaro y San Luis Potosí, la Compañía de Gastadores de la Columna de Granaderos, el Batallón Ligero de Patriotas, la Compañía de Escopeteros de Río Verde y las dos compañías de voluntarios, la caballería del Escuadrón de Dragones de España y la caballería del Regimiento de San Carlos.

El brigadier se dirigió hacia el puente con parte del ejército y con cuatro cañones de vanguardia, desde donde empezó a hacer fuego a la batería de la izquierda de los insurgentes. Observó que Flon “anticipó inoportunamente su ataque contra la gran batería” sin aguardar el movimiento de la derecha y consumiendo todas sus municiones, viéndose en la necesidad de replegarse. Ordenó entonces Calleja que se formara otra columna armada además con dos cañones para que auxiliaran a esa división en problemas. Mientras, la caballería que mandó a la derecha comandada por



Miguel de Emparan avanzó exitosamente por el camino antiguo dando vuelta para atacar a sus enemigos por la espalda, al tiempo que él protegía su ataque por el frente. Habían tenido que resistir las balas de cañón, las flechas y las piedras de los rebeldes, pero lograron apoderarse de su batería y ponerlos en fuga. Como muchos de ellos se cargaron contra la caballería de Emparan — Calleja no menciona en su *detall* que a éste lo hirieron de una pedrada en la cabeza y le mataron el caballo —, fue en su auxilio el batallón de granaderos que desplegó en batalla y cargó a la bayoneta “haciendo una horrorosa carnicería”.

Los que estaban al lado izquierdo, seguían teniendo dificultades contra la “gran batería” del ejército enemigo que reconcentró sus fuerzas en esta zona, por lo que se dirigió a ese punto por el puente, dando orden de que se le juntaran las tropas de la derecha. Dice Calleja que su presencia reanimó a sus soldados, y con sus diez cañones reunidos, les hizo “el fuego más violento para desconcertarlos”. Fue sólo cuestión de minutos apoderarse del grueso de sus cañones; salió la caballería en su persecución y atacaron algunos batallones la última batería de la izquierda “que aún mantenía el enemigo haciendo fuego”. Completó, según él, una victoria que había estado indecisa por seis horas, sólo por la firmeza invencible de sus valerosas tropas. Dijo que sus enemigos eran “más de cien mil hombres” con 130 piezas de artillería. Tomó cañones, parque, fusiles, estandartes y banderas insurgentes. Vio el campo cubierto de cadáveres y despojos y manifestó que “llenaba de horror”, aunque expresó que por la protección del “Señor de los ejércitos”, su pérdida no excedía de 50 muertos y de 125 heridos, cifras que, por cierto, dio notablemente disminuidas. Escribió por último, que Hidalgo, Allende y “demás cabecillas”, emprendieron la fuga anticipadamente y terminó relatando la muerte de Manuel de Flon, y recomendando a cada uno de los jefes, oficiales y soldados, incluidos los capellanes y cirujanos que llenaron cumplidamente sus obligaciones.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Félix Calleja, “*Detall* de la acción gloriosa de las tropas del rey en el Puente de Calderón con los extractos [*sic*] y relaciones generales deducidos de los partes que remitieron los jefes de infantería, caballería y artillería al señor general en jefe brigadier don Félix Calleja”, Guadalajara, 3 de febrero de 1811, en *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México*, recopilada por Juan Hernández y Dávalos, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, t. II, p. 355-361. Entre los oficiales más destacados que lo acompañaron, además de Flon y de Emparan, estuvieron el barón de



No contamos con ningún documento que nos indique cuál fue el esquema de combate de los insurgentes, por lo que la batalla casi siempre ha sido descrita a partir de la ofensiva desplegada por los realistas y lo que es más importante, de la explicación de su comandante en jefe, que la recreó y pulió —era imposible que él hubiera sido testigo de todos los detalles sucedidos— durante las dos semanas posteriores a los hechos, a partir de lo que le informaron los directores de los regimientos y batallones participantes.

Antonelli —Nicolás Iberri—, Diego García Conde, Joseph María Jalon, Ramón Díaz de Ortega, Bernardo Villamil, Joaquín del Castillo y Bustamante, Saturnino Samaniego, Juan Delgado, Joseph Zavala, Manuel Tovar, Joseph Ignacio Vizcaya, Joseph Polo, Miguel Guillén, Antonio Ondarza, Manuel de la Sota Riba, Manuel Espinoza, Juan de Urquidi, Joseph Mora, Ignacio Urrutia, José Ignacio Inerhi, fray Nicolás Pacheco y el cirujano mayor Joseph Sanz.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## LAS TROPAS, SUS ARMAS Y EL DESEMPEÑO DURANTE LA ACCIÓN

No hay acuerdo entre los que escribieron la historia de esa batalla, a propósito del número de hombres que formaron al ejército insurgente. La mayor parte de los autores – fueran conservadores, puros, o moderados – anotaron que eran cien mil – Mariano Otero, Lucas Alamán,<sup>1</sup> Manuel Orozco y Berra,<sup>2</sup> Anastasio Zerecero<sup>3</sup> y Francisco de Paula Arrangoiz –<sup>4</sup> porque ésta fue la cifra que asentó Calleja en su primer informe al virrey la misma tarde del 17 de enero y en su proclama al ejército siete días después. El mismo brigadier varió este número al mencionar en su *detall*, fechado el 3 de febrero, que habían participado “más de cien mil” insurgentes, y después la redujo a noventa y tres mil cuando en España, hacia 1816, hizo un recuento de sus campañas en la guerra. Esta última cantidad fue la que eligieron Mariano Torrente,<sup>5</sup> José María Luis Mora<sup>6</sup> y Julio Zárate.<sup>7</sup> Tenemos también el ejemplo de Servando Teresa de Mier<sup>8</sup> y Carlos María de Bustamante, quienes, aunque sí se refirieron a la ventaja numérica de los independentistas, prefirieron no dar un número preciso. Es importante recuperar el dato que proporciona

<sup>1</sup> Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, México, Imprenta de Lara, 1850, edición facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. II, p. 121-135.

<sup>2</sup> *México en el Diccionario universal de historia y geografía*, coordinación general Antonia Pi-Suñer, v. III, “La contribución de Orozco y Berra” (escritos entre 1853 y 1856), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, p. 245-246.

<sup>3</sup> Anastasio Zerecero, *Memorias para la historia de las revoluciones en México*, México, Imprenta del Gobierno en Palacio, 1869, p. 245.

<sup>4</sup> Francisco de Paula y Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867*, México, Porrúa, 1974, p. 67 (1a. edición: 1871).

<sup>5</sup> Mariano Torrente, *Historia general de la revolución hispanoamericana*, Madrid, Imprenta de D. León Amaritá, 1829, t. I, p. 164. (Los dos tomos restantes se publicaron en la Imprenta de Moreno en 1830.)

<sup>6</sup> José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, edición facsimilar de la de 1836, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1986, t. 3, p. 131.

<sup>7</sup> Julio Zárate, “La guerra de Independencia”, en *México a través de los siglos*, México, Cumbre, 1958 (1a. edición: 1880), p. 195.

<sup>8</sup> Servando Teresa de Mier, *Historia de la revolución de Nueva España*, edición facsimilar de la de 1823, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 361-362. La primera edición es de 1813.



Mora —a quien citó Otero— subrayando que, propiamente en acción, no había más de ocho mil insurgentes.<sup>9</sup>

Emilio del Castillo Negrete<sup>10</sup> creía por su parte que Calleja ponderaba con exageración el número de enemigos, porque esto realzaba más su triunfo y que las fuerzas que resistieron con iguales armas a los realistas contaban con el mismo número que ellos o un poco menos. Luis Pérez Verdía<sup>11</sup> expresó que el total no pasaría de treinta mil infantes más cinco o seis mil jinetes, argumentando que era imposible que la ciudad de Guadalajara pudiera alimentar y dar alojamiento a cien mil hombres. Los que hicieron crecer los números fueron por un lado Heriberto Frías,<sup>12</sup> quien sumó ciento siete mil combatientes —y también abultó el total de soldados españoles y de cañones insurgentes— en un relato más emparentado con la literatura que con la historia, y José María Liceaga,<sup>13</sup> quien fue el más exagerado al decir que se calculaba “veinte veces mayor que la fuerza toda de las tropas contrarias”, lo que sumaría más o menos ciento veinte mil. En la crónica temprana del religioso y autor de sermones famosos Juan Bautista Díaz Calvillo —el virrey autorizó su publicación en 1812—<sup>14</sup> se aumentó a ciento tres mil el número de insurrectos y se redujo la cifra de realistas a cuatro mil quinientos, con el objetivo de subrayar la valentía del ejército real frente al poder, fuerzas y ventajas de Hidalgo, quien, según el autor, no se vio favorecido en esa contienda por la protección divina debido a lo equivocada que era su causa.



<sup>9</sup> José María Luis Mora no ofrece ninguna explicación al proporcionar este dato. Véase *México y sus revoluciones*, op. cit., t. III, p. 136.

<sup>10</sup> Emilio del Castillo Negrete, *México en el siglo XIX, o sea, su historia desde 1800 hasta la época presente*, México, Santiago Sierra Tipógrafo, 1877, t. II, p. 4.

<sup>11</sup> Luis Pérez Verdía, *Historia particular del estado de Jalisco, desde los primeros tiempos que hay noticia hasta nuestros días*, primera edición 1911, 2a. edición del autor, Guadalajara, 1951, t. II, p. 82.

<sup>12</sup> Heriberto Frías, *Episodios militares mexicanos*, México, Porrúa, 1987 (1a. edición: 1900), p. 58-59.

<sup>13</sup> José María Liceaga, *Adiciones y rectificaciones a la historia de Méjico por don Lucas Alamán*, México, Layac, 1944 (1a. edición: 1868), v. 1, p. 183.

<sup>14</sup> Juan Bautista Díaz Calvillo, “Noticias para la historia de Nuestra Señora de los Remedios, desde el año de 1808 hasta el corriente de 1812”, en *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México*, recopilada por Juan Hernández y Dávalos, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985 (primera edición: 1879), t. II, p. 616.

Calleja tampoco se decide en sus distintos partes sobre las horas totales de acción. Indica primero que fueron seis –eso fue lo que al parecer duró la batalla– y luego que nueve, según su último informe. Lo mismo pasa con la cifra total de cañones que tenían alineados los insurgentes: contó ochenta en el primer parte, después noventa y tres, luego en su pomposo *detall* escribió que sólo los que lograron tomar a los insurgentes eran noventa y cinco, de los “ciento treinta” que habían completado.<sup>15</sup> Sin embargo, en su último informe, escrito en España casi cinco años después del acontecimiento, recordó sólo cien piezas de todos calibres. Estos datos se reflejan así de cambiantes en las diferentes versiones historiográficas –aunque ciertamente no tan crecidos como los quiso ver Calleja frente al virrey Venegas– que van de sesenta y siete cañones anotados por Díaz Calvillo, una batería de sesenta y siete y otras baterías menores según Alamán,<sup>16</sup> más de ochenta que apuntó Castillo Negrete, noventa y dos según Bustamante, noventa y cuatro en la historia de Pérez Verdía, noventa y cinco en los escritos de Orozco y Berra y de Arrangoiz, hasta ciento tres en el de Mora y el de Otero. Con respecto al número de individuos comandados por Félix Calleja no hay grandes discrepancias. Casi todas las fuentes historiográficas que llegan a mencionar ese dato –Bustamante, Mora, Otero, Alamán, Orozco y Berra y Castillo Negrete– coinciden en repetir los números del brigadier, quien asentó que su ejército contaba de seis a siete mil hombres –Alamán fue el único que dijo que eran de cinco a seis mil–. Es importante recordar que, para ese momento, ambos ejércitos estaban constituidos por militares profesionales y por gente trabajadora del campo.



En cuanto a las armas de los insurgentes, además de las que he descrito y que eran propiamente sus instrumentos de trabajo, hay que agregar una buena cantidad de fusiles, arcos, flechas, lanzas, granadas, espa-

<sup>15</sup> Félix Calleja, “*Detall* de la acción gloriosa de las tropas del rey en el Puente de Calderón con los extractos [sic] y relaciones generales deducidos de los partes que remitieron los jefes de infantería, caballería y artillería al señor general en jefe brigadier don Félix Calleja”, en *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México*, recopilada por Juan Hernández y Dávalos, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, t. II, p. 360.

<sup>16</sup> En un pie de página cita el documento del jefe de artillería Ramón Díaz de Ortega que informa que tomaron a los enemigos noventa y cinco piezas.

das, piedras, balas, “saquillos” de pólvora, granaditas de bronce, lanzafuegos, piedras de chispa, cajas de pólvora, “saquillos” de metralla cortada y algunos carros de municiones. Según Orozco y Berra, con objeto de suplir su armamento defectuoso — espadas pesadas y débiles, lanzas con asta de encino muy corta o muy larga, lazos — habían construido en Guadalajara grandes cohetes con puntas de fierro para dispararlos contra la caballería y granadas de mano para arrojarlas a distancia con sus hondas.<sup>17</sup> Su fuerte estaba en la artillería de distintos calibres que, aunque era abundante — y en esto hay acuerdo entre los historiadores decimonónicos —, la mitad de sus piezas no estaba en las mejores condiciones para desempeñarse en los ataques, fuera por la falta de cureñas o por ser éstas muy pesadas, por lo defectuoso de su fundición, o finalmente, por el corto alcance de sus tiros. No está de más recordar la opinión de Servando Teresa de Mier, quien expresó a propósito que “el número excesivo de cañones más embaraza que aprovecha”, sobre todo, agregó, “si son mal servidos”.

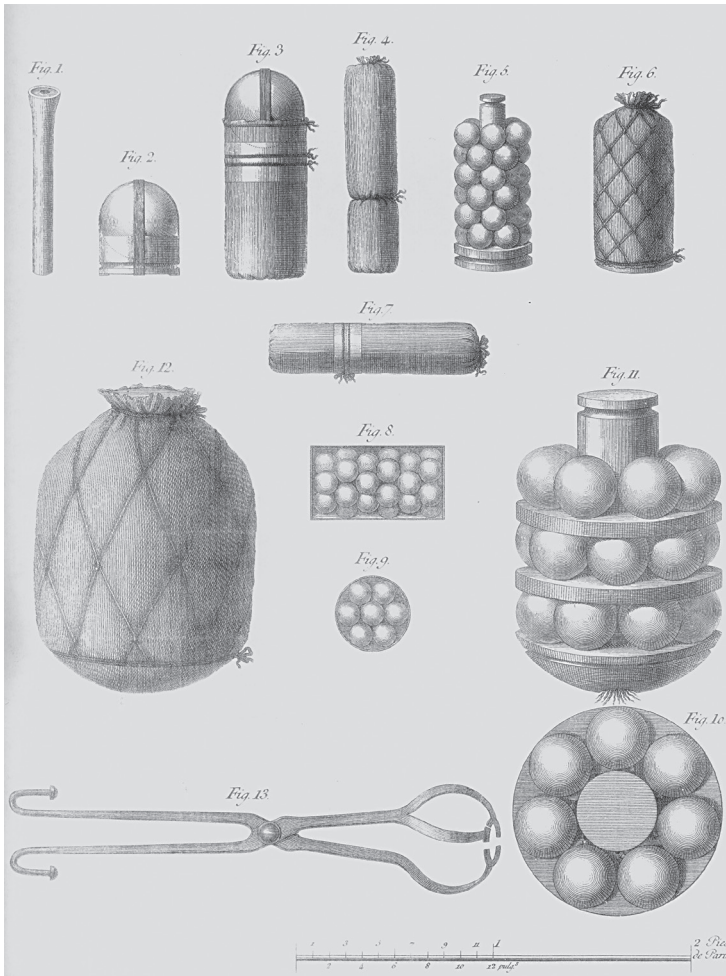
Es interesante revisar el informe realista a propósito de las “noventa y cinco” piezas de artillería que habrían tomado a los insurgentes al fin de la batalla. Según reportaron, lograron recuperar cuarenta y cuatro que provenían de las “fundiciones del rey” y que habían sido traídas desde San Blas. Se trata de quince cañones de bronce y nueve de hierro, ocho culebrinas de bronce (cañones largos de pequeño calibre) y diez pedreros también de bronce (boca de fuego de aproximadamente cincuenta centímetros de largo), más dos de ellos sólo “recamarados” de ese mismo metal.<sup>18</sup> Calleja, por cierto, se refirió a estas piezas como “[las] mejores que hay en América”.<sup>19</sup> Sobre el resto — cuarenta y tres cañones de bronce de varios calibres que habían sido fundidos por los insurgentes siguiendo el método de fabricación de campanas — dijeron haberlos desmuñado y enterrado, así como la mayor parte del “balerío de cañón” porque les resultaba “inservible”. En realidad, sumaban ochenta y siete piezas, ya que ocho que habían agregado a su cuenta final,

<sup>17</sup> En el tratado de artillería de Tomás de Morla, publicado durante los últimos decenios del siglo XVIII (véase nota 21), se da cuenta de cohetes utilizados para iluminar el campo enemigo o para asustar a la caballería.

<sup>18</sup> Ramón Díaz de Ortega, “Estado que manifiesta el número y calibre de las piezas de artillería y municiones tomadas a los insurgentes el 17 de enero”, en *Colección de documentos para la historia de la guerra...*, op. cit., t. II, p. 368.

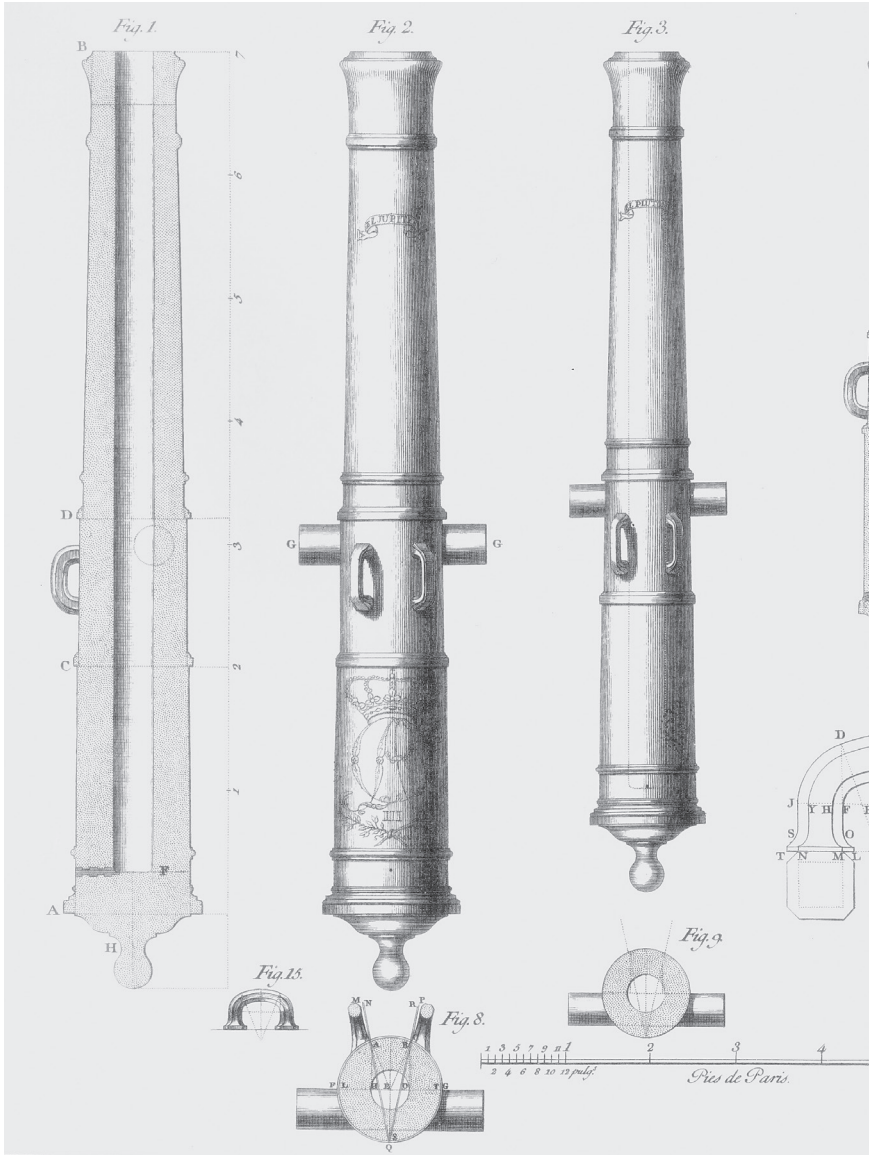
<sup>19</sup> Parte de Calleja a Venegas, 17 de enero de 1811. Lo escribió horas después de la batalla. *Ibid.*, p. 339.

no pudieron recogerlas por haber sido desbarrancadas durante la acción por sus enemigos.<sup>20</sup>



4. Tomás de Morla, *Láminas pertenecientes al tratado de artillería, que se enseña en el real colegio militar de Segovia*, edición facsimilar de la de 1784-1786, Segovia, Patronato del Alcázar, 1993, lámina 1 del artículo IX, grabado de Fernando Sesma: representa una espoleta, cartuchos de bala rasa, de metralla de racimo, de balas de hierro batido y de balas de fusil: una pollada y tenaza para bala roxa

<sup>20</sup> Ramón Díaz de Ortega, *op. cit.*



5. Tomás de Morla, *Láminas pertenecientes al tratado de artillería, que se enseña en el real colegio militar de Segovia*, edición facsimilar de la de 1784-1786, Segovia, Patronato del Alcázar, 1993, lámina 17 del artículo II (fragmento), grabado de Joaquín Ballester: representa los cañones de los cinco calibres regulares del nuevo método que actualmente están en uso

Un hecho comprobado en los distintos tratados de artillería de fines del siglo XVIII –que insisten en la proporción entre el calibre, la longitud y la carga para determinar los alcances certeros a más de doscientos cincuenta metros– es que los cañones con un calibre de mayor capacidad son los que mejor se desempeñan en una batalla de tales características.<sup>21</sup> Sin embargo, en realidad, los insurgentes sólo contaron con dieciséis de este tipo –catorce cañones de bronce con calibre de a 12, uno con calibre de a 16 y otro más con calibre de a 24–. El resto de su artillería eran armas “portátiles”, cuyos diámetros interiores y por lo tanto el de sus proyectiles –que iban entre la medida de  $\frac{3}{4}$  a la de 8– no habrían podido ser desplegados tal como Calleja trata de convencernos en su *detall*. Sin demeritar los daños ocasionados por las culebrinas y los pedreros, sobre todo los que tenían denominaciones de 4, 6 y 8, el peligro que significarían noventa y cinco cañones insurgentes sin especificar sus condiciones fue otro de los argumentos del brigadier que sirvió, sin duda, para engrandecer su victoria. Además, habría que recordar que, de esas dieciséis piezas de mayor impacto, trece de ellas habían sido fundidas por los rebeldes en sus improvisados talleres, cañones que los mismos artilleros del ejército real no dudaron en calificar como “inservibles”.

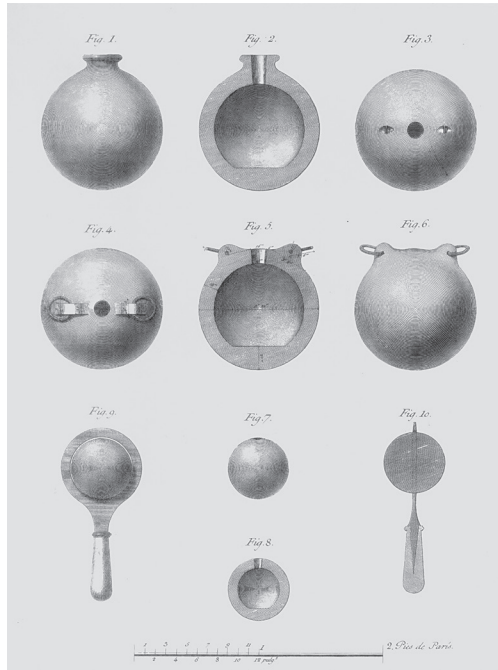


Afirmación generalizada por parte de los historiadores decimonónicos, fue la de insistir en la mala calidad del armamento de los insurgentes, de cara a la óptima factura de las armas de sus contrarios, aunque su número fuese mucho menor y aunque ninguno se interesara por describirlas con exactitud. Mencionaron solamente su gran repuesto de municiones, sus bayonetas –de las que por cierto, Calleja y Alamán asentaron que quedaron “empapadas de

<sup>21</sup> Tomás de Morla, *Tratado de artillería para el uso de la Academia de caballeros cadetes del real cuerpo de artillería dividido en quatro tomos, que tratan de las principales funciones de los oficiales de este cuerpo en paz y en guerra, escrito por [...] teniente coronel de los reales ejércitos y capitán del mismo cuerpo*, Segovia, 1785, v. 2, p. 453. Véase asimismo Antonio de Clariana, *Resumen náutico de lo que se practica en el teatro naval, o representación sucinta del arte de marina*, Barcelona, Imprenta de Iván Piferrer, 1731, donde a pesar de que se refiere a la artillería de marina, en el tratado II explica los calibres, el peso, la proporción de los cañones de bronce y de hierro, los ajustes, las cureñas, el peso de las balas, la pólvora y todo lo que se necesita para las operaciones.



sangre insurgente” – y los diez cañones con los que estaba dotada su artillería, sin indicar nunca cuáles eran sus calibres. La historiografía de nuestro tiempo ha sido más explícita al respecto y pone en duda que las armas del rey hayan sido mejores,<sup>22</sup> pero señalo esto para resaltar cómo durante el siglo XIX se construyó un relato de la batalla que fue repitiendo la tesis – sin importar si estaban a favor o en contra de la insurgencia – de que los rebeldes perdieron, entre otras cosas, por los defectos de sus armas.



6. Tomás de Morla, *Láminas pertenecientes al tratado de artillería, que se enseña en el real colegio militar de Segovia*, edición facsimilar de la de 1784-1786, Segovia, Patronato del Alcázar, 1993, lámina 9 del artículo III, grabado de Juan Moreno: representa las balas y granadas, bombas con boquilla, con argollas y pasabalas

<sup>22</sup> Juan Ortiz, en *Guerra y gobierno. Los pueblos y la Independencia de México*, Sevilla, El Colegio de México/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Universidad de Sevilla/Universidad Internacional de Andalucía, 1997, p. 66-68, escribe que el ejército de Calleja tuvo que construir sus armas porque las que tenía eran de mala calidad y sólo cubría las de los regimientos que resguardaban la ciudad. Agrega que, ante la falta de artesanos, sólo pudo ordenar la construcción de lanzas, machetes y sables y logró con mucho esfuerzo armar cinco cañones en San Luis y cinco en Real de Catorce.

El brigadier insistió también en que sus enemigos contaban para el ataque con veinte mil caballos “diestramente manejados por hombres de campo acostumbrados al uso de la lanza”.<sup>23</sup> Servando Teresa de Mier, quien estaba en Europa cuando sucedió la batalla, publicó allá tan sólo dos años después de ella, que se decía que su caballería era de “treinta mil”, montada por “vaqueros y corredores, más no de soldados”, y agregó que cualquier militar sabía que, si no era veterana, aun “la arreglada” servía de muy poco tal como lo exigían todas las armas de choque. Un oficial realista apellidado Marín sólo observó que los ochocientos de caballería comandados por el “pícaro Marroquín” se distinguían porque eran los únicos en “toda la chusma” cuyos cabezales de las sillas de montar eran de mecates.<sup>24</sup> José María Luis Mora y basándose en él Mariano Otero y Manuel Orozco y Berra sólo mencionaron que “en la reserva, que se componía de una multitud incontable de gente sin disciplina, se encontraban más de quince mil”, y en general, fueron pocos los autores que hicieron referencia al número de cuacos y a su presencia en la batalla. Manuel Orozco y Berra, por ejemplo, escribió también que unos veinte mil hombres entre los insurgentes eran jinetes y describió a los animales como caballos pequeños y fogosos del país, “aunque flacos, inobedientes a la rienda, medrosos y espantadizos”.

Julio Zárate dijo asimismo que veinte mil hombres eran de caballería, mientras Luis Pérez Verdía puso en duda esa cifra apuntando que serían cinco o seis mil jinetes. Tampoco sabemos cuál fue el número total de caballos montados por los realistas, ya que Calleja sólo menciona dos mil, que servirían a Manuel de Flon, conde de la Cadena, para amenazar a uno de los flancos de los insurrectos y no da el número de la demás caballería de la que se sirvieron Emparan y otros jefes. El mismo brigadier informó – quizá conocedor de la importancia de esos cuadrúpedos en una acción militar – haber dispuesto que “dos mil quinientas mulas, que formaban mi bagaje con algunos lanceros, aparentasen formación cubiertas por un ba-

<sup>23</sup> Archivo General Militar de Segovia, Expediente de servicios militares de Félix María Calleja, publicado por Ignacio Rubio Mañé, “Las campañas de Calleja en la guerra de Independencia”, *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, 1948, t. XIX, p. 483. Aunque Calleja no fecha este informe, Rubio Mañé sugiere que fue escrito un poco después de 1816 cuando ya había regresado a España con la necesidad de ponderar sus servicios para cobrar ascensos en la corte.

<sup>24</sup> “Noticia que Guadalupe Marín da del estado en que se encuentra Guadalajara” (sin fecha), en *Colección de documentos para la historia de la guerra...*, op. cit., p. 330-331. Aquí dice “Barroquín” por Marroquín.



tallón de granaderos, cuatro escuadrones y algunas guerrillas, situándose a la cola del puente”.<sup>25</sup> José María Luis Mora – y por ende, Mariano Otero y Manuel Orozco y Berra – supuso que la caballería realista contaba con un poco más de tres mil caballos – de los que sólo reportaron muertos en el campo de batalla ciento cuatro.<sup>26</sup>



Muy pocas menciones encontramos con respecto a la indumentaria de las tropas. Orozco y Berra fue uno de los que habló de ella, pero no se refirió al vestuario de los que formaban los distintos batallones insurgentes ni al de sus jefes, ni mucho menos al de las tropas realistas, quizá porque los soldados, en general, seguían los patrones de la moda militar de ese tiempo, según vemos en distintos reglamentos y en la poca iconografía sobre el tema. Sólo señaló este autor que las turbas que acudieron al llamado de Hidalgo – que entonaban como canto guerrero el melancólico *Alabado* – no usaban uniforme y que vestían con “calzonera de cuero corta hasta la rodilla” (dejando descubierta la pierna), que andaban en mangas de camisa y sin zapatos y portaban sombrero de palma y manga de jerga o zarape de lana burda. Lucas Alamán, por su parte, mencionó la vestimenta de Hidalgo, además de describirlo físicamente. Dijo que era de estatura mediana, con las espaldas cargadas, de color moreno y ojos verdes vivos, la cabeza algo caída sobre el pecho, bastante cano y calvo por su edad, pero al fin vigoroso y de pocas palabras. Con respecto al traje, le parecía que era poco aliñado, usando “el que acostumbraban entonces los curas de los pueblos pequeños: capote de paño negro, con un sombrero redondo y bastón grande y un vestido de calzón corto, chupa y chaqueta de un género de lana que venía de China y se llamaba *rompecoche*”.<sup>27</sup>

Pérez Verdía copió la descripción que hizo Orozco y Berra y agregó que los indios flecheros de Colotlán iban vestidos y armados como “en tiempos de Tenamaxtl”.<sup>28</sup> Hizo una breve referencia al “traje negro de levita” que portaba Hidalgo – que se antoja más

<sup>25</sup> *Idem.*

<sup>26</sup> José María Luis Mora, *op. cit.*, p. 132, y Manuel de la Sota Riva, *Estracto que forma el mayor general de infantería de las relaciones dadas por los cuerpos de su cargo acerca de los muertos, heridos y acciones particulares que cada uno tuvo en la función de Puente de Calderón el día 17 de enero de 1811*, en *Colección de documentos para la historia de la guerra...*, *op. cit.*, p. 364.

<sup>27</sup> Lucas Alamán, *op. cit.*, t. I, p. 354.

<sup>28</sup> Luis Pérez Verdía, *op. cit.*, p. 91.

para andar por las ciudades que para la guerra — y citó a Mier, quien describió el de capitán general de Allende “con chaqueta de paño azul, collarín, vuelta y solapa encarnada y con galón de plata en cada hombro, que dado vuelta en círculo se juntaba debajo del brazo con una gran borla colgando hasta medio muslo”,<sup>29</sup> muy similar al de los tenientes generales y al de los mariscales, aunque éstos contaban con un solo galón. Por otro lado, tampoco aparece en las crónicas decimonónicas alusión a la necesidad de ambos ejércitos de abastecer a los soldados y oficiales con uniformes, mochilas, fundas y, entre otras cosas, con tiendas de campaña que, de seguro, ocupó su tiempo previo al encuentro.<sup>30</sup>

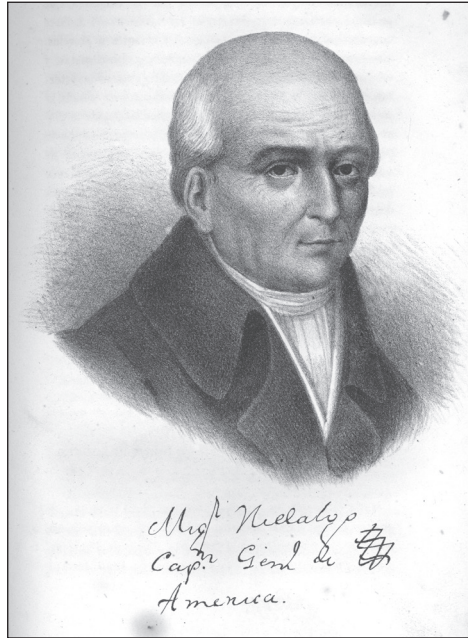


Es común leer en algunas descripciones de la batalla — Bustamante, Mora, Otero, Alamán, Orozco y Berra, Zárate, Pérez Verdía y Frías — la certeza, al parecer incuestionable, de que el desorden y la indisciplina fueron la característica que mejores definió la conducta de las tropas insurrectas, y de que fue, al fin, un factor más que se sumaba a la explicación de la derrota. Por ende, sostuvieron en contraparte, explícita o tácitamente, que la obediencia a sus jefes y el conocimiento de las reglas militares distinguió al ejército de Calleja. Según Mora, el orden y la disciplina eran siempre mejores que el número y estaba seguro de que la experiencia de Calderón se los demostró, aprendiendo de ella a organizarse en lo sucesivo. Fue el mismo Mora quien escribió, antes de señalar lo anterior, que Ignacio Allende, Mariano Abasolo y Juan Aldama, preocupados por poner algún orden en las fuerzas que se reunieron en Guadalajara, tuvieron un mes escaso para armar algunos cuerpos logrando disciplinar medianamente siete batallones de infantería, seis escuadrones de caballería y dos compañías de artillería, “que en todo formaban tres mil cuatrocientos hombres, fuerza muy inferior a la que podría presentar Calleja en número y disciplina”.<sup>31</sup>

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 80.

<sup>30</sup> Juan Ortiz encontró documentos de Calleja donde se ve su preocupación por la fabricación de todos esos implementos una vez que formó su ejército. Véase Juan Ortiz, *Guerra y gobierno. Los pueblos y la Independencia de México*, Sevilla, El Colegio de México/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Universidad de Sevilla/Universidad Internacional de Andalucía, 1997, p. 73. Por su parte, Orozco y Berra quiso en su narración que ambos ejércitos pasaran la noche sin tiendas ni abrigo.

<sup>31</sup> José María Luis Mora, *op. cit.*, p. 128.



7. Miguel Hidalgo y Costilla, capitán general de América, litografía anónima, en Anastasio Zerecero, *Memorias para la historia de las revoluciones en México*, México, Imprenta del Gobierno en Palacio, 1869, p. 33

Para no restarle importancia al triunfo, Lucas Alamán — aunque sí mencionó a las masas indisciplinadas — prefirió hacer hincapié en el valor y el brío de ambos contendientes. Esto mismo destacó Manuel Orozco y Berra si bien con otra perspectiva, ya que pensaba que en el fondo los realistas eran tan inexpertos como aquellos a los que combatían, sacándoles sólo ventaja en el armamento, en el momento de usarlo y “en una instrucción que pudiera llamarse de parada”. José María Liceaga agregó a la idea de la falta de conocimientos militares de los insurgentes el que no tuvieran jefes instruidos para dirigir con acierto las operaciones.<sup>32</sup> Emilio del Castillo Negrete, quien compartía la idea de un ejército realista disciplinado, apuntó que los insurgentes eran ignorantes en el arte de la guerra, y por último, Heriberto Frías describió con desprecio a la mayoría de las tropas de Hidalgo llamándolos “inútiles, ineptos, desmoralizados e inermes”.

<sup>32</sup> José María Liceaga, *op. cit.*, p. 183.



8. Ignacio Allende, óleo sobre tela de Núñez, en Elías Amador, “Los caudillos de la Independencia ante el patíbulo”, *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, México, Museo Nacional, 3a. época, t. 3, 1911

La misma tarde del 17 de enero de 1811 Calleja escribió al virrey Venegas notificándole rápida y brevemente que ya había tomado el campo enemigo y equiparó el valor de sus tropas durante la batalla con la “obstinación, atrevimiento y constancia de estos fascinados”. Sin embargo, un día después, con más calma, redactó una carta reservada a Venegas donde expuso “con la ingenuidad inseparable de mi carácter”, que sus tropas estaban formadas por gente inexperta que no estaba impregnada de los principios del honor y del entusiasmo militar. Creía que sostuvieron la acción, pero gracias a la “impericia, cobardía y desorden de los rebeldes”, y confesó que vio a su gente titubear y a muchos fugarse de forma precipitada.

Dijo haberse dado cuenta de que se introdujo el desaliento y la falta de orden teniendo que presentarse ante ellos para regresarles la confianza. Por todo esto, le pedía que aprobara “algún premio o distinción”, necesario ante las ideas sediciosas que trataban de convencer a sus soldados de que exponían sus vidas en “beneficio



9. Juan Aldama, litografía de Santiago Hernández, en Genaro García, *Documentos históricos mexicanos. Obra conmemorativa del Primer Centenario de la Independencia de México*, México, Museo Nacional de Arqueología Historia y Etnología, 1910, t. VI, p. 528 (según una litografía publicada en *Álbum de la patria*)



10. Mariano Abasolo, litografía anónima, en Elías Amador, “Los caudillos de la Independencia ante el patíbulo”, *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, México, Museo Nacional, 3a. época, t. 3, 1911



de un gobierno que no les dispensaba premio ni ventaja alguno”. En una proclama a su ejército dictada desde Guadalajara el 24 de enero, Calleja los exhortó a que unieran, al renombre de “Libertadores de la patria y restauradores del trono y de la paz que tan justamente habían adquirido”, una conducta sin vicios o acciones indecorosas que pudiera empañar su gloria.<sup>33</sup>

Dado que el virrey no mostró ninguna urgencia para proceder –aunque estaba de acuerdo con galardonar a los que habían reprimido la rebelión– Calleja insistió sobre su asunto en otra carta muy reveladora, en la que le expuso que inclusive muchos europeos creían en las ventajas de un gobierno independiente y que si Hidalgo se hubiera apoyado en ellos en vez de hacer una “insurrección absurda”, hubiera tenido todo el apoyo. Además de criticar el comportamiento de la corte española tan pródiga en recompensar a gente que no lo merecía, insistió en la necesidad urgente de dotar de un escudo a quienes participaron en las acciones “que han libertado a la América”, para mantenerlos en aliento.<sup>34</sup> El escudo –en el que se veía a un león y a un perro (símbolos del valor y la fidelidad) sostener una tarjeta que decía “Fernando VII” – llegó finalmente al pecho izquierdo de los que combatieron y vencieron en Aculco, Guanajuato y Calderón.<sup>35</sup>



Otro asunto que está fuertemente emparentado con el combate ocurrido ese 17 de enero es la participación tanto en él como en la primera etapa de la insurrección del viudo Ignacio Allende, quien fue nombrado comandante de todas las fuerzas y jefe de la acción que nos ocupa. Lucas Alamán lo describió como un hombre resuelto, precipitado, de valor, muy inclinado al juego y a las mujeres, de hermosa presencia, muy diestro a caballo y en todas las suertes de torear y otras del campo que, por cierto, le habían estropeado el brazo izquierdo.<sup>36</sup> Los desacuerdos entre él e Hidalgo pusieron

<sup>33</sup> “Proclama de Félix Calleja al ejército después de la acción de Calderón”, Guadalajara, 24 de enero de 1811, en *Colección de documentos para la historia de la guerra...*, op. cit., t. II, p. 347-348.

<sup>34</sup> “Cartas reservadas de Calleja y el virrey”, 23 a 29 de enero de 1811, en *Colección de documentos para la historia de la guerra...*, t. II, op. cit., p. 338-341.

<sup>35</sup> Lucas Alamán, op. cit., t. II, p. 129.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 357.



sobre la mesa que el movimiento, y en especial sus batallas más importantes, careció de unidad de mando, en buena medida por la impericia militar de don Miguel. Además de la documentación de la época, son varios los autores que señalan que para la batalla de Calderón la propuesta de ataque de Allende — que era utilizar básicamente la parte disciplinada y profesional de su ejército — sucumbió ante la tesis de la superioridad numérica que apadrinaban Miguel Hidalgo y la mayor parte de los jefes de armas.

También trascendió que Ignacio Allende insistía en seguir de frente a donde se encontrara el enemigo, entretenerlo en el puente y batirlo con dos mil caballos por la retaguardia. A pesar de todo, hay testimonios de que ese día, don Ignacio corría de una a otra parte del campo tomando determinaciones y preparando a la infantería y a la caballería para dar un ataque definitivo, que fue resistido por la sección de Villamil. Anastasio Zerecero comparó a don Ignacio con “Napoleón en el puente de Arcole” cuando en un momento decisivo de la batalla tomó una bandera “con la que se adelantó y arrastró a los suyos con nuevos bríos sobre Calleja haciéndolo retroceder”.<sup>37</sup> Muy tarde le llegó el reconocimiento a su desempeño y capacidad, ya que, a pesar de decidirse después de Puente de Calderón que sobre él recaería el mando general del movimiento, su suerte quedó unida a la de Hidalgo compartiendo la mala fortuna de ser delatados y al poco tiempo fusilados como traidores.

El mismo destino tuvo otro personaje también viudo — Juan Aldama — del que escribiera Lucas Alamán que, entre todos los líderes del movimiento, era el “más maduro y prudente”, y que “una vez lanzado en la revolución, siguió a su pesar el impulso que a ésta se le dio”. Insistió este autor en el hecho de que los dos hermanos Aldama — Juan e Ignacio — siempre estuvieron de acuerdo con las ideas y acciones de Allende, “imputando la culpa de todo a Hidalgo”.<sup>38</sup> Asimismo, es un común denominador en las historias sobre Puente de Calderón que se basan en lo escrito por José María Luis Mora — me refiero a la de Mariano Otero, la de Manuel Orozco y Berra, la de Julio Zárate y la de Manuel Pérez Verdía — señalar el brío con el que combatió Juan Aldama. Curiosamente, una vez que éste fue hecho prisionero, le pidieron que describiera las acciones

<sup>37</sup> Anastasio Zerecero, *op. cit.*, p. 244.

<sup>38</sup> Lucas Alamán, *op. cit.*, t. I, p. 356 y 493.

de armas en las que había participado y respondió que “se halló en la toma de Guanajuato por el señor Calleja, en la batalla de Aculco y en la de las Cruces, pero sin mando alguno, como uno de tantos”. También afirmó más adelante que nunca estuvo en la ciudad de Guadalajara,<sup>39</sup> y aunque no lo negó expresamente, no mencionó haber combatido en Calderón.

La única vez que se nombra esa acción en las declaraciones de los apresados en las Norias de Baján — Miguel Hidalgo, Ignacio Allende y Juan Aldama, entre otros — es en la de Allende, quien refiriéndose al licenciado Ignacio Aldama, dijo que, cuando lo vio aburrido de la insurrección, lo persuadió a que no se arriesgara a estar en esa batalla, “en la que veía mucha gente y cañones pero que podía perderse por las disparatadas disposiciones de Hidalgo”, por lo que le firmó un papel para que pasara a los Estados Unidos, “que solicitaba por retirarse con algún honor y no lo atribuyesen a cobardía por estar próxima a darse la batalla de Puente de Calderón”.<sup>40</sup> Es posible que su hermano Juan compartiera ese sentir con respecto al desarrollo de la guerra. ¿Se mantuvo realmente al margen o tomó parte importante en ese encuentro y en este caso, decidió no mencionarlo en su juicio por lo comprometido que resultaba haber sido nombrado poco antes teniente general de la insurgencia? Aunque él trató de demeritar este asunto al afirmar que Hidalgo le otorgó el cargo “con repugnancia”, además de “que no se lo dio a conocer a la tropa como se hizo con todos los demás”,<sup>41</sup> sí hay testimonios de que ese día estuvo en Calderón.

La información que maneja Mora en el sentido de que “la batería de la izquierda de río adentro [estaba] a las órdenes de don Juan Aldama”,<sup>42</sup> y que tanto éste como Allende y Abasolo “se mantuvieron sobre el campo y pretendieron prolongar la resistencia sobre la última batería de la derecha, que aunque fue atacada permitió que las masas se pusieran a salvo”, no está mencionada en el relato del insurgente Pedro García, quien, como veremos más abajo, participó

<sup>39</sup> “Copia de la declaración rendida por D. Juan de Aldama en la causa que se le instruyó por haber sido caudillo insurgente. 20-21 de mayo de 1811”, en Genaro García, *Documentos históricos mexicanos. Obra conmemorativa del Primer Centenario de la Independencia de México*, México, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1910, t. VI, p. 534-535.

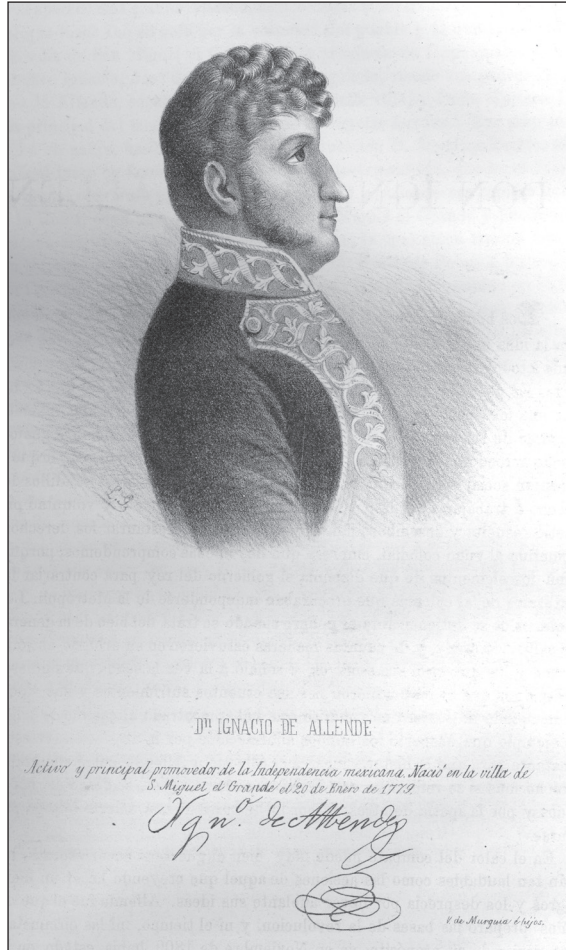
<sup>40</sup> “Causa instruida contra el Generalísimo D. Ignacio Allende. 10 de mayo a 29 de junio de 1811”, en Genaro García, *Documentos históricos mexicanos...*, op. cit., p. 27 y 63.

<sup>41</sup> “Copia de la declaración rendida por Juan Aldama...”, op. cit., p. 533.

<sup>42</sup> José María Luis Mora, op. cit., p. 131 y 135.



en la famosa contienda. Sin embargo, éste no desmiente la presencia de Juan Aldama tanto en la reunión de jefes militares el día 15 de enero en el puente grande como en el recorrido del campo propio y la observación desde una pequeña altura — junto con 23 de los dirigentes — del campo enemigo y de la desbandada hacia Guadalajara después de la ominosa derrota.



11. Ignacio Allende, dibujó L. G., litografía de la viuda de Murguía e hijos, en Manuel Rivera Cambas, *Los gobernantes de México. Galería de biografías y retratos de los virreyes, emperadores, presidentes y otros gobernantes que ha tenido México desde don Hernando Cortés hasta el C. Benito Juárez*, México, Imprenta de J. M. Aguilar, 1872, t. II, p. 29

García contó asimismo que, cuando días después marchaban para Saltillo, sucedió un acontecimiento inesperado que causó temores serios en alguna parte de aquella división. Se trató de un cometa que apareció por el norte, al que atribuyeron “presagios tremendos indicados por el color de su cabellera”, miedo que según él, manifestaron sobre todo las mujeres que viajaban con ellos que, aunque eran bien educadas, creían que esos fenómenos tenían influjo en la suerte o trastorno de las naciones. Para ellas, y para todos los que sentían terror y desaliento, fueron muy beneficiosas la simpatía, la amabilidad, el sentido del humor y la alegría de Juan Aldama, “que llevaba amistad con todos”.<sup>43</sup> Además, está documentado que fue hecho prisionero el mismo día que Hidalgo y Allende en marzo de 1811, y finalmente, su cabeza, junto a la de los dos últimos más la de Mariano Jiménez, adornó la Alhóndiga de Guanajuato, por su importante liderazgo en esa agitada y controvertida etapa de la revolución.



12. Juan Aldama, litografía anónima, en Gustavo Casasola, *Anales gráficos de la historia militar de México, 1810-1970*, México, Editorial Gustavo Casasola, 1973

<sup>43</sup> Pedro García, *Con el cura Hidalgo en la guerra de Independencia*, México, Sep-Setentas, 1982, p. 130.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## EL ESPACIO DEL COMBATE

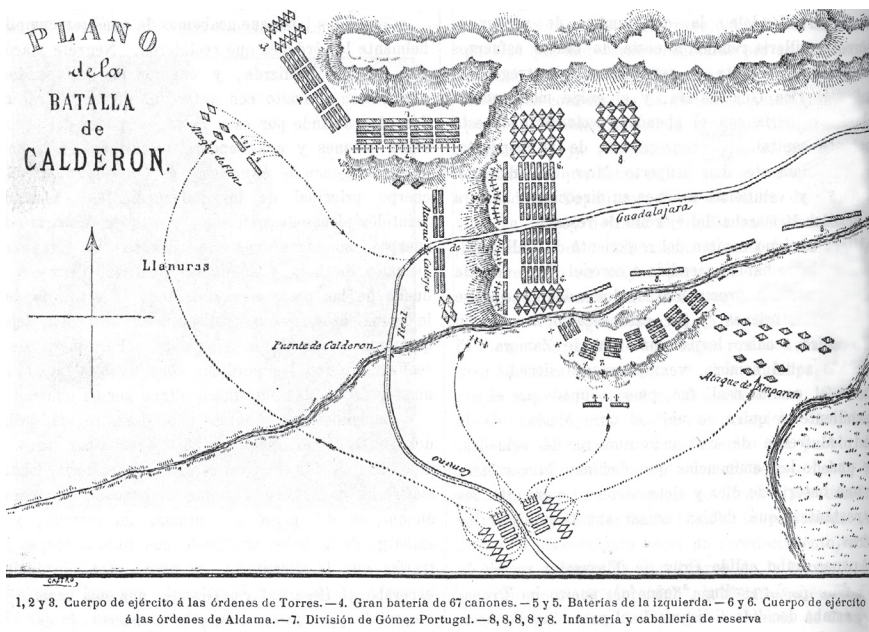
En su “parte circunstanciado” sobre la acción de Calderón, Calleja subrayó que los insurgentes ocupaban la mejor posición y agregó que eso quedaba manifiesto en “el plano que acompaño”. Aunque había fechado ese *detall* el 3 de febrero, tuvo que remitirlo hasta el día 19 de ese mes, “por el recelo de que fuese interceptado en el camino”.<sup>1</sup> En esa nueva misiva le expuso al virrey que, si bien pensaba enviarle un plano de la batalla, éste lo mandaría “una vez que pudiera verificarlo con entera seguridad”. No sabemos cuándo lo hizo llegar a la ciudad de México, pero es seguro que una vez recibido, el virrey lo envió a Madrid. Precisamente el primer historiador que lo dio a conocer fue el español Mariano Torrente – defensor de los intereses de la Corona – en el tomo primero de su *Historia de la revolución hispanoamericana* publicada en Madrid entre 1829 y 1830. Tampoco queda claro si este autor copió simplemente el de Calleja o lo reinterpretó, y quién fue el que dibujó en él una flecha que indica el norte que, como veremos, es un asunto muy importante para la interpretación de ese documento. Tal como lo incluyó Torrente, fue reproducido después por algunos historiadores mexicanos a lo largo del siglo XIX.

Encabezó la lista Carlos María de Bustamante, quien lo insertó en la segunda edición del primer tomo de su *Cuadro histórico de la revolución mexicana* aparecida en la Imprenta de Lara en 1843. Siguió Mariano Otero, quien – aunque no parece haberlo incluido en su publicación – cuenta que visitó la región de Calderón llevando consigo una copia del plano “levantado por el estado mayor del ejército realista y publicado por Torrente”.<sup>2</sup> Después, Lucas Alamán lo incorporó en el segundo tomo de su *Historia de Méjico*, publicado por Lara en 1850, al que le agregó los nombres de los tres principales jefes realistas – Flon, Calleja y Emparan – que encabezaron enormes batallones de ataque. Por último, Julio Zárate en el tomo tercero

<sup>1</sup> AGN, *Operaciones de Guerra*, v. 181, 19 de febrero de 1811.

<sup>2</sup> Desconozco si fue publicado en la primera edición de las obras de Otero en 1859.

de México a través de los siglos lo dio a conocer con los datos ingresados por Alamán, y además, con la posible aunque no probable ubicación de las distintas divisiones insurgentes y con los nombres de casi todos sus directores —Torres, Juan Aldama y Gómez Portugal, incluida su infantería, caballería, tropas de reserva y baterías de cañones—. Su fuente principal para añadir estos datos estuvo en lo escrito por José María Luis Mora, a quien también había citado Mariano Otero como la mejor descripción sobre las posiciones de ambos ejércitos.<sup>3</sup>



13. Plano de la batalla de Puente de Calderón, sin escala, adiciones y litografía de Castro, en Julio Zárate, “La guerra de Independencia”, México a través de los siglos, México, Cumbre, 1958, t. III, p. 196

Este plano es una ilustración de la versión del brigadier sobre la manera como condujo el ataque y forma parte del mito creado por él para enaltecer su triunfo. Su preocupación fundamental

<sup>3</sup> En este plano aparece la firma “Castro”, quien seguramente introdujo los datos sobre la posición de las tropas insurgentes. Esta versión del plano fue incluida por Luis Pérez Verdía en su historia.



era dejar bien claras las ventajas numérica y de ubicación de sus contrarios frente a su reducido ejército. La gran mayoría de los que escribieron sobre la batalla durante el siglo XIX se basó fundamentalmente en el *detall* del jefe realista o en su dibujo sin escala y sin detallar la orientación precisa — tanto el título como la flecha fueron agregados, quizá, para la edición de Torrente — por lo que nos hablaron de esa acción sólo desde el lado en que la vivió y la describió Calleja, aunque aderezaran sus crónicas con sus propios comentarios o con su visión diversa sobre los motivos del fracaso insurgente.



Las llamadas lomas de Calderón, ubicadas a escasos kilómetros de Zapotlanejo, están formadas por una serie de relieves sinuosos cortados por algunos ríos y arroyos, cuyo cauce en su mayoría depende de las lluvias, no muy abundantes, durante casi ocho meses del año. Su clima es semiseco y la vegetación, en consecuencia, es la que se ha denominado de matorral, que en algunas partes llega a ser muy cerrada y espinosa. Uno de los ríos más importantes de la zona, nombrado Calderón,<sup>4</sup> drena hacia la cuenca del río Santiago o Grande que desemboca en el océano Pacífico cerca de San Blas, en Nayarit. En tiempo de aguas, crecen en el terreno muchas hierbas que alcanzan más de dos metros de altura que, al pervivir disecadas en el estiaje, se convierten en un fácil combustible.

Si bien ése pudo haber sido el panorama en 1811, la condición de los ríos y arroyos ha cambiado en la actualidad. Hacia el último decenio del siglo XX fue construida una presa que recibe el agua del río Calderón — la presa se conoce con dos nombres: Elías González Chávez y Calderón —, y entre otras cosas, sirve para abastecer a la zona metropolitana de Guadalajara. Desde entonces, no corre más agua por debajo de los puentes en el lomerío que nos ocupa. Estos pasos fueron construidos precisamente en un tiempo en que el lecho del río y la corriente de los arroyos eran amplios, incluso en tiempo de secas, y formaron parte del famoso camino real y sus derivaciones, tan importantes para el comercio y la comunicación

<sup>4</sup> También se le conoció como río Colorado. Erróneamente, algunos autores han dicho que se trata del río Verde.

entre las ciudades de México, Guadalajara y Zacatecas, y entre éstas y las regiones de “tierra adentro”.

No contamos con un mapa que nos indique los ríos y arroyos que hubo en la zona a fines del siglo XVIII ni otro que señale el trazado de ese importante camino con todos sus ramales, pero lo que podemos apreciar visitando la región es que la vía era muy sinuosa, adaptada sin duda a la ondulación de las mesas, los relieves, las barrancas medianamente profundas que hay en algunos lugares, y a los distintos cauces de agua. Ahí hubo varios puentes, unos elaborados con materiales constructivos más notables que otros, dependiendo del caudal o de la topografía que sorteaban. Por lo menos sabemos de tres pasos ubicados en el lomerío de Calderón, que estaban en funciones hacia el primer decenio del siglo XIX y que implicaron constantes obras de mantenimiento y de empedrado de sus caminos.<sup>5</sup>

Tenemos referencia de que en el siglo XVII fue construido un puente de cal y canto que se llamó de Calderón (y que de paso le dio nombre a la pequeña región en su entorno), en honor de quien tomó la iniciativa, esto es, del que era entonces presidente interino de la Audiencia de Guadalajara, don Francisco Calderón y Romero, quien ocupó el cargo entre marzo de 1670 y mayo de 1672.<sup>6</sup> Es posible que ese puente haya desaparecido, tal como lo sugiere el investigador Javier Romero Quiroz en su interesante atlas sobre la cuenca hidrográfica del río Lerma-Santiago.<sup>7</sup> Sabemos también que ciento treinta años después, el Consulado de Comerciantes de Guadalajara — durante el priorato de Antonio Pacheco Calderón — tomó desde 1801 la iniciativa de sufragar los gastos para la construcción de un puente, llamado asimismo de Calderón, sito en el mismo

<sup>5</sup> Un documento del Consulado de Comerciantes de Guadalajara señala que Pedro José Ciprés fue encomendado, entre otras cosas, para supervisar las obras de “los dos caminos de la salida del puente de Calderón para la parte oriente del, formar instrucciones de las obras que se necesitan para facilitar su tránsito y en el reconocimiento del rebaje de la loma que está entre los dos puentes de Calderón y del puente chico del mismo nombre”. Véase José Ramírez Flores, *El Real Consulado de Guadalajara. Notas históricas*, Guadalajara, 1952, p. 60. Actualmente hay también tres puentes, pero creo que sólo dos de ellos tienen que ver con los que señala este documento: el de un arco — del que hablaré más adelante — y otro que los lugareños llaman “la puente mocha”.

<sup>6</sup> José Ignacio Rubio Mañé, *El virreinato II. Expansión y defensa. Primera parte*, 2a. reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2005, p. 33.

<sup>7</sup> Javier Romero Quiroz, *Atlas ecológico de la cuenca hidrográfica del río Lerma*, México, Gobierno del Estado de México, 1993, p. 137.

lomerío, para lo que abrió una licitación pública. La obra quedó terminada en el año de 1803.<sup>8</sup> Desde el 30 de septiembre del año anterior, el intendente de Nueva Galicia, José Fernando Abascal y Souza, informaba al Consejo de Indias que los puentes de La Alaja (*sic*) y de Calderón se estaban haciendo a cuenta del tribunal del Consulado, y que sucesivamente, dependiendo de los fondos de “ese instituto”, repararía los caminos que eran para él “infinitos” y aunque no cómodos, más o menos transitables. Por el momento, ordenaba que fueran los mismos pueblos los que hicieran las composuras más necesarias pasado el temporal de aguas, que causaba su mayor deterioro.<sup>9</sup>

Siguió después el proyecto de levantar otro puente para atravesar un arroyo al oriente del pueblo de Zapotlanejo (que entonces se nombraba Zapotlán de los Tecuejes), “entre los ya existentes de La Laja y Calderón”,<sup>10</sup> para lo que el Consulado de Comerciantes encargó a Pedro José Ciprés que presentara plano, proyecto y presupuesto. Asimismo, pidió a Juan Martínez del Campo y a Luis Antonio Rangel que estudiaran el trazo de una calzada en la parte poniente del puente grande de Tololotlán. Se tiene noticia relativa a que el 21 de julio de 1804 se pagó el importe por copias duplicadas de ambos proyectos.<sup>11</sup> Sin embargo, éstos no tuvieron la misma celeridad que los anteriores, debido a que el virrey de la Nueva España tardó en aprobarlos, consecuente con una real orden fechada en Aranjuez el 27 de enero de 1797, que estipulaba que ninguna autoridad podía emprender obra pública sin que precediera el beneplácito del virrey, “mayormente tratándose de caminos y carreteros”.<sup>12</sup>

<sup>8</sup> José Ramírez Flores, *op. cit.*, p. 51-62. Este autor dice haber poseído los papeles del Consulado de Comerciantes de Guadalajara, y si bien en algunos casos da una información precisa y detallada, en otros, equivoca y confunde fechas y acontecimientos. Es el único historiador que habla de “reconstrucción” del puente de Calderón hacia 1801-1803, cuando la totalidad de los documentos que he podido consultar al respecto señalan que se trató de una construcción.

<sup>9</sup> “Informe de José Fernando Abascal dirigido a José Antonio Caballero conforme a reales órdenes”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 2a. época, t. 3, 1871, p. 318 a 320.

<sup>10</sup> María Ángeles Gálvez Ruiz, *La conciencia regional en Guadalajara y el gobierno de los intendentes (1786-1800)*, Guadalajara, Unidad Editorial del Gobierno de Jalisco, 1996, p. 221.

<sup>11</sup> José Ramírez Flores, *op. cit.*, p. 58-59.

<sup>12</sup> María Ángeles Gálvez Ruiz, *op. cit.*, p. 222. Esta autora se basa en los siguientes expedientes del Archivo General de Indias en Sevilla: AGI, *Guadalajara* 527; AGI, *Guadalajara* 528, y AGI, *Mapas y Planos* 489bis.

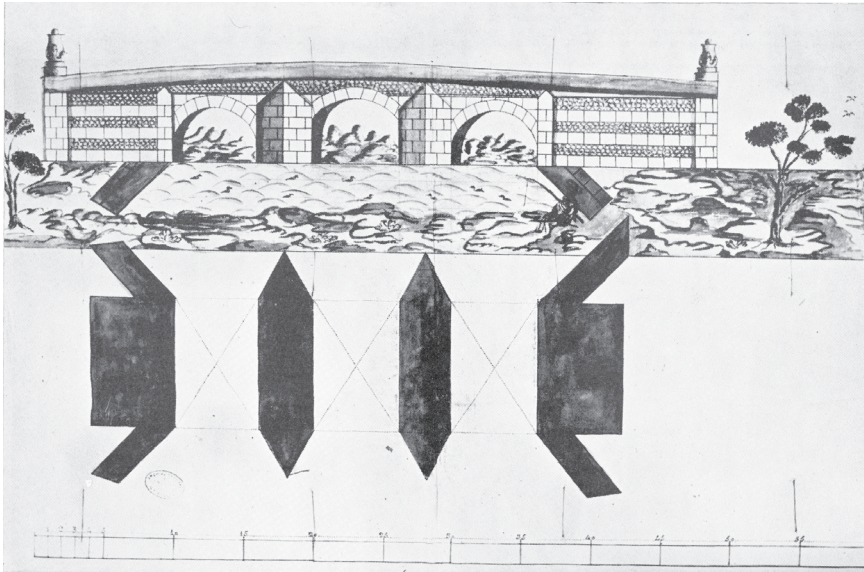




Antes de ser aprobada por la máxima autoridad, toda obra debía contar con el dictamen favorable de la Academia de San Carlos, que decidió en esa ocasión que “no era lo mismo premeditar una obra que dirigirla” y que puente y calzada debían ser ejecutados por quienes tuvieran título de académico o arquitecto. Esto ocasionó la protesta del Consulado argumentando que en Guadalajara había buenos maestros y alarifes, aunque no tuvo más remedio que esperar a que la Academia concediera finalmente la licencia. Además, por el alto costo que implicaban ambas construcciones así como el “rebaje de la loma de Calderón”, fue necesario sacar las obras a remate público. Las obtuvo en octubre de 1804 el contratista Juan José Plata y Campillo. Se sumó el hecho de que hubo que rectificar el costo y el plano del puente hecho por Ciprés (éste había presupuestado una cantidad mucho menor), y así Martínez del Campo y Rangel fueron encargados por el Consulado para hacer esta enmienda y algunas modificaciones tendientes a dar mayor solidez al puente.<sup>13</sup>

Se supone, según José Ramírez Flores, que “las obras” quedaron terminadas en septiembre de 1805 y así lo citan a partir de él varios autores. Sin embargo, renglones adelante, el primero sugiere que la única construcción terminada fue la de la calzada del puente de Tololotlán, al apuntar —de acuerdo con los documentos que dice poseer— que fue a partir de junio de 1807 “cuando se hizo el plano y presupuesto del puente que se intentaba construir a la entrada del pueblo de Zapotlanejo por la parte levante de él por la suma de 22 pesos”. Dice además que en octubre de ese año Ventura Rubio recibió 4 000 pesos para atender los gastos del puente y para el empedrado de las lomas de Calderón, fondo que fue aumentado con 1 500 pesos en agosto de 1808. Lamentablemente, no contamos con datos que indiquen si este puente fue terminado por entonces, aunque me inclino a pensar que no. A partir del inicio del alzamiento insurgente, el Consulado interrumpió sus actividades de construcción del puente, retomándolas hasta el año de 1817. A continuación, inserto el plano de ese puente, que está resguardado en el Archivo General de Indias en Sevilla:

<sup>13</sup> *Idem.*



14. Plano del proyecto de un puente cerca del pueblo de Zapotlanejo, en AGI, *Mapas y Planos, México 489 bis*, reproducido entre otros por Ramón María Serrera, *Tráfico terrestre y red vial en las Indias españolas*, 2a. edición, Madrid, Ministerio del Interior, 1993, p. 47

Lo primero que nos sorprende es su enorme parecido con un puente que está más o menos al oriente de Zapotlanejo, que es el que ahora se considera el puente histórico donde habría sucedido la batalla. Arriba del arco principal, precisamente en uno de sus pretilos, la Inspección General de Monumentos Artísticos colocó en septiembre de 1921 – a propósito del primer centenario de la consumación de la independencia – una lápida de piedra que además de estos datos decía: “Aquí el 17 de enero de 1811 la suerte fue adversa al Padre de la Patria don Miguel Hidalgo y Costilla y al Generalísimo don Ignacio Allende”.<sup>14</sup> Una década después, el 31 de marzo de 1932 fue declarado monumento colonial. El historiador del arte Francisco de la Maza hizo, a fines del decenio de los cincuenta, una descripción pormenorizada de la estructura, de sus tres arcos

<sup>14</sup> *La ruta del Padre de la Patria. Homenaje a la independencia*, textos de Francisco de la Maza, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1960, p. 336.

“magníficamente dovelados” y de sus materiales de construcción. En cuanto a los arcos, escribió que el central era el mayor, casi del doble de tamaño que los laterales, y señaló también que “no tenía indicios ningunos de proyectiles”. Agregó dubitativo que esto se entendía porque “la batalla en realidad fue en la barranca”.<sup>15</sup>

Ahora está totalmente reconstruido, aunque sin la lápida — que pasó a formar parte de un monumento que está junto a la carretera libre que va de Zapotlanejo a Tepatitlán y que da entrada a un parque turístico que se ha desarrollado ahí con motivo de los festejos del bicentenario de la independencia—. El agua que se observa debajo del puente en la siguiente imagen es artificial, puesta ahí con objeto de promover paseos en pequeñas barcas. La construcción y su entorno se han convertido oficialmente en el sitio donde tuvo lugar el enfrentamiento militar de 1811.<sup>16</sup>



15. Puente de tres arcos, actualmente reconstruido, en las cercanías de Zapotlanejo. Fotografía de Carmen Vázquez Mantecón, agosto de 2009

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 335-338.

<sup>16</sup> Han colocado cerca de este puente una escultura que representa a Hidalgo en el momento de abolir la esclavitud y que es obra del artista jalisciense Juan José Méndez.

La mayoría de los autores que han escrito sobre la guerra insurgente a partir de la tercera década del siglo XX no pone en discusión que la batalla sucedió en ese puente, aunque, en general, la historiografía decimonónica se refirió siempre al “puente de Calderón” sin especificar el número de arcos que éste tendría. Sin embargo, sí fue descrito por Mariano Otero y por ende por Manuel Orozco y Berra, quien lo citó. Otero, quien como vimos estuvo en el lugar de los hechos, escribió que ese puente, “fuera de su celebridad histórica”, nada tenía de notable, ni por sus dimensiones ni por su arquitectura. Subrayó que se trataba de uno de esos puentes “de un solo arco y con dos groseros pasamanos de piedra que a cada paso encontramos en los caminos”.<sup>17</sup> Éste pudo haber sido posiblemente el que construyó el Consulado de Comerciantes, inaugurado en 1803 y que está todavía en pie — a unos 200 metros del anterior — gracias a una reciente reconstrucción que incluyó parte del camino real. Debajo de él quedan enormes piedras de río y marcas de agua que evidencian que tiempo atrás pasó por ahí un cauce importante. Además, de acuerdo con el proyecto del puente de tres arcos, éste sería levantado sobre un arroyo y no sobre el río Calderón. Tal vez se trataba del arroyo de Las Amarillas que desembocaba también en el río Santiago, que aparece en el dibujo de Calleja, arroyo que Otero confirmó haber visto desde el punto en el que estaba posicionado. Este autor nombró al río Santiago río Tololotlán, apelativo que los lugareños daban asimismo a ese principal afluente.

Al insistir la historiografía del siglo XX en que la batalla ocurrió en torno al puente de tres arcos — a partir de la lápida y la declaración de ser monumento colonial — fue necesario revisar el plano de Calleja, ya que no coincidían las mediciones con esa flecha que indicaba el norte. Esto llevó a la sugerencia de que el plano estaba de cabeza,<sup>18</sup> lo que ha redundado en algunas propuestas cartográficas que circulan ampliamente en medios académicos y electrónicos. Es evidente, pues, que quien agregó esa flecha, desconocía la orienta-

<sup>17</sup> Mariano Otero, “Recuerdos de un día en el puente de Calderón”, en *Obras*, recopilación, selección, comentarios y estudio preliminar de Jesús Reyes Heróles, México, Porrúa, 1967, t. II, p. 501.

<sup>18</sup> Alma Rosa Bárcenas, “Geohistoria de una batalla”, *Revista de Geografía*, México, Instituto Nacional de Estadística y Geografía, mayo de 1984, p. 81. Entusiasmado con esta propuesta, el estadounidense Tony Burton propuso un nuevo mapa de la batalla (que se puede ver en la internet), aunque con evidentes errores en cuanto al señalamiento de las que serían las fuerzas de Calleja, el trazado del camino real y la orientación, que debería ser al noreste.





16. Fachada norte del puente de un arco sobre el camino real, ambos actualmente reconstruidos, en las lomas de Calderón, Zapotlanejo. Fotografía de Carmen Vázquez Mantecón, agosto de 2009



17. Vestigios del lecho de un río debajo del puente de un arco en las lomas de Calderón, Zapotlanejo. Fotografía de Carmen Vázquez Mantecón, agosto de 2009

ción real de aquel espacio. El puente está orientado al noreste (20° a la derecha con respecto al norte), y por lo tanto, si queremos pensar que ahí ocurrió el hecho de armas, es lógico invertir su dibujo. Sin embargo, incluso en este caso, siguen sin coincidir muchos elementos trazados en el plano que no se encuentran en la topografía de esa parte del lomerío. Hemos visto además, cómo Calleja exageró toda la situación para engrandecer su triunfo, y por eso se refirió a “barrancas profundas”, a “lomas de bastante elevación”, a una “barranca y arroyo profundo” –llamó al río Calderón “arroyo” – que ciertamente no forman parte de esa geografía. Hay, sí, relieves sinuosos, cauces, hondonadas y algunas elevaciones o lomeríos extensos, donde pudieron colocarse los insurgentes, teniendo en la parte alta su gran batería de cañones y protegiendo su espalda por una pequeña barranca.



18. Fachada sur del puente de un arco en las lomas de Calderón. Fotografía de Carmen Vázquez Mantecón, agosto de 2009



Llama la atención que todo lo pintado y descrito por el brigadier — a pesar de que no hay una escala en el plano y de que su dibujo es bastante aproximado — coincide con el terreno que bordea al puente de un arco, que es el que, creo, fue el protagonista de la batalla. No hay pues que invertir el mapa, aunque sí hay que borrar el crucero que señala los rumbos cardinales, ya que este puente está orientado hacia el oeste. En todo momento, Calleja insiste en que no había otro paso “que el puente descubierto a todos sus fuegos, lo que daba a su campo [el de los insurgentes] la posición más formidable”; también dijo que ese puente “ofrecía dificultades” y, por último, que en algunos puntos sus tropas “atravesaron el arroyo con el agua hasta la rodilla”. Si, como dije más arriba, había tres puentes en la región hacia 1811, y si el de un arco era el conocido como puente de Calderón, con respecto a los otros dos, o no estaban cercanos al área de combate, o no servían a los realistas para atacar frente y retaguardia de la estratégica posición de los insurgentes.

Es necesario insistir, por último, en que los documentos, tanto del Consulado de Comerciantes como del gobierno de la Nueva Galicia, distinguen muy bien entre el que llaman Puente de Calderón y el que nombran Puente de Zapotlanejo. Los partes militares de uno y otro ejército contendiente siempre aludieron al primero y a sus lomas laterales como los personajes espaciales del sonado encuentro.



## LOS MOTIVOS DE LA DERROTA

El asunto más debatido entre los historiógrafos decimonónicos es el de las verdaderas causas que llevaron a la dispersión insurgente y a su abandono del campo de batalla. Antes de referirme a los autores y sus argumentos, me parece necesario reseñar la impresión de algunos testigos que dejaron su versión por escrito. Empiezo por la opinión de un oficial realista anónimo, quien contó que, a pesar de que Flon había intentado tres ataques decisivos, había sido rechazado. Por ello, se propuso reunir las diez piezas de artillería, pero no disparar, “hasta hallarse a tiro de pistola de la batería enemiga”. Relata a continuación, que la tropa se reanimó al ver a Calleja y entonces se formaron en línea de batalla. De repente, a pesar de que había una orden de no hacer fuego, una granada del calibre de a cuatro pegó directamente en un carro de municiones de los insurgentes incendiándolo y provocando un estallido enorme. Sumado a este incidente, el terreno por el que avanzaba Calleja y que mediaba entre los dos ejércitos había empezado a quemarse “por el mucho fuego que había ardidido en él” y un humo espeso era empujado por el viento y daba en la cara de los rebeldes. Estos percances provocaron un gran desorden entre los enemigos del brigadier —se incendiaron también muchos cajones de pólvora que había dispersos sin precaución— lo que le permitió avanzar con firmeza apoyado además por las fuerzas de Empanan.

Continúa relatando que en un momento y sin disparar un solo tiro, Calleja se hizo dueño de las “noventa y dos” piezas de artillería de todos calibres y por ende del campo insurgente plagado de cadáveres quemados. Hacia el final de su escrito, el autor de esta crónica dijo que para las cuatro de la tarde la tropa realista ya estaba arreglando sus tiendas y comiendo el rancho, y que no le parecía una exageración mencionar que la tierra temblaba con las grandes masas de caballería insurgente en retirada. Fue testigo también de que en todo el tiempo que duró la acción, no faltó una bala en el



aire, provocando tanto ruido que hacía huir a los azorados lobos, venados y coyotes que había en la comarca.<sup>1</sup>

Carlos María de Bustamante tomó esta versión casi al pie de la letra, argumentando que la había oído de boca de dos oficiales respetables “por su veracidad y buen juicio”. Atribuyó el incendio del “pajón alto y muy seco” al estallido del carro de municiones provocado por la granada. Estaba seguro de que la desgracia perseguía al ejército americano, y que el viento, el sol o el polvo daban o quitaban las victorias.<sup>2</sup> La versión de la granada sobre el parque fue asumida después por Mariano Otero, Manuel Orozco y Berra, Luis Pérez Verdía y Julio Zárate —quien dice además que Calleja aprovechó el desconcierto creado por la explosión para dar la orden de avanzar— y también por otros autores que plantearon que hubo un estallido, aunque dijeran que lo habría producido un tiro de artillería o la bala de un cañón. Es el caso de Anastasio Zerecero, Emilio del Castillo Negrete, Guillermo Prieto<sup>3</sup> y Heriberto Frías —los tres primeros, junto con Pérez Verdía, plantearon igual que Bustamante que el incendio del carro se comunicó al zacate—. Es de señalar, que Otero y Orozco y Berra escribieron, quizá correctamente, que el fuego del campo lo produjeron ambas artillerías. Por su parte, Zárate y Frías nunca se refirieron a que durante la batalla hubiera habido algún incendio. Servando Teresa de Mier no habla de los incidentes, quizá por falta de información, y tampoco lo hace Arrangoiz, quien conscientemente guarda total silencio al respecto, a pesar de haberse basado en las versiones de Alamán y de Orozco y Berra.

Mora no mencionó la granada, pero sí hizo hincapié en que el campo y los soldados padecieron terriblemente por efecto de las llamas. Escribió además que el incendio se provocó cuando Allende dio la orden de dar fuego a las sesenta y siete piezas de artillería

<sup>1</sup> *Bosquejo de la batalla de Calderón el 17 de enero de 1811*, en *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México*, recopilada por Juan Hernández y Dávalos, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985 (primera edición: 1879), t. II, p. 341-342.

<sup>2</sup> Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución mexicana*, segunda edición, México, Imprenta de Lara, 1843, reproducida de forma facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. 1, p. 186-191.

<sup>3</sup> Guillermo Prieto, “La batalla de Calderón”, *Romancero de la guerra de Independencia*, México, Imprenta de *El Tiempo* de Victoriano Agüeros, 1910, t. I. Prieto dice en su poema: “[...] De pronto con el estruendo, aquél campo estremeciéndose [...] el parque voló de Hidalgo, el llano las llamas corren, saltan en un mar de fuego, entre humo y horror los hombres, y las chusmas se desbandan y dando alaridos corren”.

que prendieron “un pajón espeso y seco en un área considerable de terreno”, produciendo una grande humareda que el viento arrojaba a los insurgentes y les impedía ver y maniobrar, por lo que abandonaron la batería y se pusieron en fuga junto con la reserva.<sup>4</sup> Una carta de los alcaldes de Ahualulco confirma que la situación para los insurgentes se volvió insostenible. Escribieron que ese día, hacia las tres de la tarde, cuando le preguntaron a un coronel lo que debían hacer, éste les contestó: “hidos a escapar la vida a onde Dios fuere serbido”.<sup>5</sup>

En ninguno de sus partes, Calleja hizo la mínima alusión a la granada ni al incendio del campo. Por lo tanto, esos imprevistos tampoco existieron en las crónicas más “oficialistas” de Juan Bautista Díaz Calvillo y de Mariano Torrente. Este último dice, incluso, que el brigadier se llenó de complacencia al reconocer el campo enemigo dando por segura la victoria. Cita a continuación unas supuestas palabras, en extremo paradójicas, del que llama “sabio y previsivo Calleja”, quien habría dicho que él sabría introducir el desorden en sus primeras filas y que su fuga habría de precipitar la ruina de tan orgulloso ejército.<sup>6</sup>

En todo caso, sí hay un documento que proviene del bando realista, que nombra el incendio. Se trata del informe del teniente coronel Joaquín del Castillo y Bustamante, quien siguiendo órdenes de Bernardo Villamil condujo dos cañones hasta la loma donde estaba la gran batería de los insurgentes. Él escribió sin ambages que “desplegué en batalla sobre la derecha y rompiendo el fuego contra ella los dos cañones que llevaba, nos estuvimos a pie firme hasta que reconociéndose incendiado el campo por las inmediaciones de nuestra artillería, se retiró ésta a mi retaguardia”.<sup>7</sup> Los únicos historiadores que lo citan abiertamente son Mariano Otero, dándole todo crédito, y Lucas Alamán, quien minimiza la importancia de

<sup>4</sup> José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, edición facsimilar de la de 1836, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1986, t. III, p. 135.

<sup>5</sup> “Los alcaldes de Ahualulco avisan al Sr. Mercado la pérdida de la acción de Calderón”, en *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México*, recopilada por Juan Hernández y Dávalos, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985 (primera edición: 1879), t. I, p. 389.

<sup>6</sup> Mariano Torrente, *Historia general de la revolución hispanoamericana*, Madrid, Imprenta de D. León Amaritá, 1829, t. I, p. 165.

<sup>7</sup> “Informe del teniente coronel Joaquín Castillo y Bustamante, segundo batallón de la columna de granaderos”, Guadalajara, 24 de enero de 1811, en AGN, *Operaciones de Guerra*, exp. 171, f. 171.

su información, y no incorpora el incendio a su relato ya que, de aceptarlo, le hubiera implicado cambiar su versión apologética sobre Calleja y de la que nombró como su “espléndida victoria”.

Es precisamente Alamán el único de los historiadores decimonónicos que, de manera expresa, pone en duda que haya estallado una granada en el parque de los insurgentes. Su relato sobre la batalla de Calderón es colorido y su lectura ágil, porque supo darle forma y suspenso, aunque con base únicamente en los partes del brigadier, en los que, como escribió Julio Zárate, creyó “con fingido candor”. Aquí las palabras de don Lucas:

Dícese que la dispersión en Calderón la causó en gran parte una granada de a cuatro que cayendo en un carro de municiones lo hizo volar e incendió la grama seca que cubría el campo llevando el aire, el humo y el fuego contra los insurgentes. Pudo suceder tal incidente, aunque no hacen mención de él los jefes del ejército real en sus relaciones que acompañan el parte de Calleja, lo que es bastante extraño, pues el comandante de artillería, que tanto encarece los servicios que su arma prestó en esta acción, no hubiera omitido una circunstancia tan relevante: dícese sólo que el campo se incendió con el continuo fuego de las dos piezas que Villamil llevó en auxilio de la división de Flon.<sup>8</sup>

Para este autor, el incendio no pasaba de ser “un simple accidente fortuito” que no modificaba las causas generales y permanentes —la composición y elementos de uno y otro ejército y sobre todo la pericia del brigadier— que le parecían suficientes para producir el mismo resultado. Páginas arriba había dado su opinión contundente: dijo que la dispersión de los insurrectos la provocó el hecho de que Calleja se pusiera al frente de sus columnas para atacar a la gran batería, porque con ese movimiento decisivo “los aterró” y los puso en una fuga tan precipitada “que no aguardaron aun ni a disparar sus cañones, que abandonaron dejándolos cargados a metralla”.<sup>9</sup>

Antes de narrar su versión sobre Calderón, Alamán se lamentó de no recibir las noticias que el cura Pérez de Zapotlanejo —quien estuvo en el campo de Hidalgo— comunicó al obispo de Guadalajara. Este documento, que le había sido enviado por su amigo el carmelita fray Manuel de San Juan Crisóstomo, se perdió en el asalto

<sup>8</sup> Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, México, Imprenta de Lara, 1850, edición facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. II, p. 132-133.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 132.

que sufrió la diligencia que lo traía, lo cual, dice don Lucas, “ha sido una pérdida irreparable para mí”.<sup>10</sup> Existe una carta posterior de fray Manuel, en la que deplora el robo y le recuerda a Alamán que el cura de Zapotlanejo desmentía todo lo dicho por Calleja. Le dice además, que el parte del brigadier es “embrollado e inentendible” y que se podía reducir a “vine, ataqué, estaba yo casi vencido, huyó el tuerto Anaya, no hubo cabeza en el enemigo, tras de Anaya corrieron todos en desorden y vencí”.<sup>11</sup> A pesar de que Alamán usó muchas otras noticias que le proporcionó el carmelita, prefirió no poner en duda las palabras de Calleja.

Por su parte, José María Liceaga pensaba que se podía “prescindir de la caída de la granada” pero no del incendio — y con esto rectificaba a Alamán como prometió en el título de su obra — que, según él, sí se verificó por el fuego continuo de las dos piezas de artillería que respaldaron la división de Flon. No tenía duda de que fueron “las casualidades y los accidentes los que precipitaron la dispersión y violenta fuga de los sitiados”.<sup>12</sup> Un último asunto me parece importante destacar: los insurgentes iban ganando la batalla hasta que sucedió el incendio y el estallido del parque. Calleja, como hemos visto, no da cuenta de ello — sólo menciona que Flon tuvo que replegarse en tres ocasiones —<sup>13</sup> pero sí lo hacen Otero, Alamán — que no reconoce los incidentes —, Orozco y Berra, Zerecero y Castillo Negrete. Queda pendiente el asunto de la granada que habría contribuido a extender el incendio. ¿Fue realmente Calleja, cuando vio que iban perdiendo — y como buen conocedor de las habilidades de un jefe en pleno combate —, quien decidió introducir el desorden entre sus contrarios con la decisión de hacer estallar sus cajones de parque? ¿Lo hizo alguno de sus soldados por decisión propia y Calleja lo aprovechó para avanzar? ¿Por qué habría sido un oficial realista el que contó que desde sus filas se habría provocado el fuego sobre el parque de los enemigos?

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 119, nota al pie.

<sup>11</sup> Colección Latinoamericana Nettie Lee Benson, *Alamán Paper's*, Documento 290a-01, fray Manuel de San Crisóstomo (Nájera), Carta a Lucas Alamán, 8 de mayo de 1849.

<sup>12</sup> José María Liceaga, *Adiciones y rectificaciones a la historia de Méjico por don Lucas Alamán*, México, Layac, 1944 (primera edición: 1868), v. 1, p. 182-183.

<sup>13</sup> Archivo General Militar de Segovia, *Expediente de servicios militares de Félix María Calleja*, publicado por Ignacio Rubio Mañé, “Las campañas de Calleja en la guerra de Independencia”, *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, 1948, t. XIX.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## LA VERSIÓN DEL INSURGENTE PEDRO GARCÍA

Es momento de darle la palabra a Pedro García, testigo de los hechos y escritor de una crónica —que no fue citada por ninguno de los historiógrafos que he mencionado— que es la única que narra una versión de lo sucedido desde la óptica del campo enemigo de Calleja.<sup>1</sup> Su autor intentó transmitir los sentimientos y las emociones que experimentó, porque le parecían dignos del mejor cuadro que pudiera pintarse sobre esa famosa batalla. Cuenta que, cuando el ejército americano salió de Guadalajara, era media noche y que llenaba de gozo y entusiasmo verlo avanzar por una ciudad bellamente alumbrada hasta en la puerta más miserable. Vio muchos carruajes con “familias principales” que decidieron seguir en su suerte a las tropas.

Al día siguiente, una muchedumbre de soldados —con los que se mezclaba gente del pueblo deseando combatir— entonaba cánticos libertarios y marchaba llena de ánimo, mientras las “graciosas y seductoras” mujeres los alentaban a pelear por sus derechos. Vio asimismo a un Hidalgo de cincuenta y siete años, vestido con las insignias de generalísimo de América, montar con gallardía un caballo arrogante y arengar con mucha elocuencia a su ejército, a combatir por la libertad. Con gran expectación, gente de todas las clases se colocó en las montañas inmediatas para ser testigos de la batalla y todo en el ambiente era el deseo de ser libres. Apostados primero los americanos en el puente de la Laja, prefirieron dejarlo para encontrar de frente al enemigo, emprendiendo entonces ca-

<sup>1</sup> Esta crónica fue escrita varios años después de 1811, Pedro García, *Con el cura Hidalgo en la guerra de Independencia*, México, Sep-Setentas, 1982, p. 118-130. García era vecino de San Miguel el Grande y fue uno de los primeros en incorporarse a la insurgencia. Su escrito fue publicado por primera vez en *Documentos de la independencia*, México, Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, 1928, con el título *Memoria sobre los primeros pasos de la independencia*. Ignoro si este título fue el que le dio el autor, o si fue, como el segundo, puesto por los editores.

Hay que decir que Anastasio Zerecero era amigo de García, y dice haber incorporado en su historia muchas cosas que éste le relató, aunque no menciona el escrito.



mino hasta Zapotlanejo en cuyas cercanías había una loma muy extendida donde prepararon su línea de batalla.

Según García, la totalidad de individuos que formaban ese ejército no pasaba de ochenta mil, aunque restó de esa cantidad “siete u ocho mil que no estaban todavía en posición para batirse”. De todas formas, creía que los setenta mil que quedaban eran un número “prodigioso” porque, además, se habían reunido en poco tiempo. En cuanto a su armamento, se sentía orgulloso de enlistar en total 86 cañones, cuatro de ellos de calibre grueso (que se montaron en ejes de carretas porque no se pudieron terminar de construir sus cureñas), municiones, parque en abundancia y una artillería regularmente dotada. Con respecto al ejército contrario, creía, y dice que así lo pensaban todos, que Calleja traía consigo seis mil hombres, pero que se le unirían cuatro mil más de un momento a otro.<sup>2</sup> En general, le parecía que sus enemigos estaban bien disciplinados, “o por lo menos, en mejor estado que los independientes”.

La posición que nuestro cronista asigna a los que estaban a la derecha y a la izquierda en ambos ejércitos es exactamente la opuesta a la que describió Calleja. Dijo también que enfrente de Flon estaban Jiménez y Marroquín, quien al mando de una caballería de ochocientos hombres, logró después de su ataque “sacarse a Flon lanzado y arrastrado”. Pero a la batalla en sí no le dedica mucho espacio, porque prefirió contar que ese día tuvieron lugar una serie de desventuras. Primero se refirió a la triste suerte de los indios flecheros de Colotlán —a los que llamó “instrumento de tantas fatalidades”— quienes llegaron al campo de batalla una vez que ya había empezado el ataque del general Arias, y al no encontrar lugar, se colocaron en medio de las dos baterías en acción, siendo “fusilados a dos fuegos”. Esto, dice, fue aprovechado por los realistas para avanzar, y por los insurgentes para contraatacar, en medio de un fuerte estrépito, con su consiguiente humareda.

Después mencionó el incendio del campo, asunto que ocupa la parte medular de su relato. Él nunca vio el estallido de una granada enemiga sobre su parque —tampoco podía haber presenciado todo lo que sucedió en un campo tan extenso— por lo que sólo consignó los errores que produjeron las llamas. Había apuntado antes que los

<sup>2</sup> Se suponía que se uniría el ejército del brigadier Joseph de la Cruz, pero éste no alcanzó a llegar.



dos ejércitos estaban situados sobre un plano cubierto de un zacate bastante crecido — medía un poco más de media vara — y que el día amaneció con un aire del noreste muy fuerte “que llegaba impetuoso sobre el ejército mexicano”. El zacate, que según él se debió haber segado antes, comenzó a arder por la precipitación de los artilleros, que encendían los cañones con estopines que tiraban al suelo todavía con fuego en ellos.<sup>3</sup> Escribió también que ambas artillerías habían tenido su parte en la catástrofe, porque el disparo de los cañones contribuía a sembrar en el campo “muchas vertientes de fuego”, que al poco rato aumentó de manera “terrible”. En medio de esta situación, los insurgentes determinaron hacer una descarga general, aunque sin las precauciones necesarias y sin poder ver dónde apuntaban sus tiros, lo que contribuyó a fomentar el incendio.

Reconoce además, que por descuido, los insurgentes no salvaron los cajones de cartuchos de cañón que tenían al pie de las cureñas, que al paso del fuego causaban grandes explosiones que mataron y asaron a muchos de los suyos, convirtiéndose la batalla en un “espectáculo espantoso”. Los lamentos de los quemados provocaron el temor y el desaliento en las tropas, que empezaron a desbandarse. El camino a Guadalajara se vio de repente impedido en su paso por la gran cantidad de soldados y de coches de los espectadores “con cargas y equipajes”, que buscaban llegar cuanto antes a la ciudad. Recuerda que de nada sirvió la presencia de Allende, de Hidalgo y de otros generales, que trataban de mantener en formación a una tropa llena de terror, que terminó por abandonar el campo. Al cesar los disparos de la artillería y la infantería insurgente, los realistas hicieron alto al fuego. Sólo quedó un angloamericano que con dos culebrinas de a cuatro, “seguía causando perjuicio a los enemigos” hasta que ya fue noche cerrada. Hidalgo, Allende, Aldama, Jiménez y algunos más se apostaron en un lugar alto donde vieron durante tres horas el campo enemigo, el camino a Guadalajara y a su ejército desbandado. Luego Hidalgo pidió su caballo y emprendió la marcha sin saber que caería prisionero poco tiempo después.

En esta versión, Calleja pisó los escombros del campo contrario hasta el día siguiente — no sabía García si por cobardía o por precaución militar — una vez que sus exploradores le confirmaron

<sup>3</sup> El estopín era una mecha encendida que podía ser de algodón impregnado de pólvora desleída en aguardiente.

que estaba libre. Al final, como lo hizo al comienzo, defendió al carismático pero desafortunado Hidalgo, y aunque había contado que la indisciplina fue uno de los motivos de la derrota, terminó apuntando que en una revolución de tal magnitud, era imposible el orden. Creía firmemente que su causa era justa, que se había tratado de un movimiento colosal para su época, y que no los venció Calleja, sino la inexperiencia y el exceso de confianza, que hizo que se les salieran de las manos “los más apreciables elementos”. Reiteró que sólo un ojo conocedor que hubiera observado de cerca los combustibles que ocasionaron aquel incendio abandonaría tantos escrúpulos contra la desbandada del ejército independiente.



19. Miguel Hidalgo y Costilla, litografía de Decaen, *La Ilustración Mexicana*, México, Ignacio Cumplido, 1851, t. IV, en *Nación de imágenes. La litografía mexicana del siglo XIX*, México, Museo Nacional de Arte, 1994, p. 217



## PROVIDENCIALISMOS, MILAGROS, FESTEJOS Y OTROS AUGURIOS

Hacia 1816, cuando el brigadier recordaba cómo había planeado la batalla de Calderón, se veía a sí mismo como César a punto de pasar el Rubicón. Estaba cierto de que con su victoria, cincuenta mil europeos con sus familias aseguraron sus personas y sus propiedades, mientras “El Rey Nuestro Señor” podía estar seguro de “aquellos ricos e importantes dominios”, porque de haberse perdido la acción, la monarquía española ya no contaría entre sus vastas posesiones con el imperio de Moctezuma.<sup>1</sup>

En el ambiente de felicitaciones al virrey por el triunfo y en las respuestas de éste en agradecimiento encontramos alusiones al “adorado soberano”, y en relación con él, “al sosiego público”, “al gobierno justo”, “a la verdadera felicidad” y “a la tranquilidad y el orden”. Ésta era la opinión que a Venegas, a otros funcionarios de la corte y al mismo Calleja les merecía Hidalgo y su movimiento: “ex cura que seducía a sus satélites con imposturas y quiméricas felicidades”; “monstruo del averno”; “tigre que sólo nació para la ruina de su país”; conductor de “infelices alucinados”; “apóstata”; “tirano”; “cruel dominador de obcecados, insolentes y pérfidos revoltosos”, y, entre otras cosas, “promotor de una causa injusta”.

Fue precisamente el brigadier, el primero que escribió en su *detall* que había tenido pocas pérdidas, entre otras cosas como ya lo señalé, “por la visible protección que el Señor de los ejércitos dispensaba a la más justa de las causas”. El 17 de enero de 1811 fue convertido por los realistas “en el día más feliz de nuestra edad presente”. El Cabildo de Guadalajara instituyó que todos los 17 de enero se cantara una misa solemne en la que fuera predicado un sermón cuyo tema debía ser la demostración de que la victoria de Calderón “fue un señalado beneficio de la Providencia Divina que quiso declarar la justicia de la más santa causa [...] y afirmar los

<sup>1</sup> “Las campañas de Calleja en la guerra de Independencia”, *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, 1948, t. XIX, p. 485.

derechos del trono y del altar”.<sup>2</sup> Juan Bautista Díaz Calvillo dijo en uno de sus sermones más importantes que, dada la posición de los insurgentes y su gran número de combatientes y de cañones, “era casi imposible [que] quedara vivo uno de los nuestros, si la particular Providencia de Dios no los hubiera defendido y auxiliado”. Para este religioso, Dios era el capitán general de los ejércitos del rey, así como lo había sido de “un piadoso rey de Judá”, e insistió en que fue precisamente el Señor el que se dignó –por mediación de su augusta madre– extender su brazo poderoso contra sus enemigos para confundirlos y humillarlos.<sup>3</sup>

Servando Teresa de Mier escribió, a propósito y con mucha ironía, que los opresores siempre salían con la “cantilena” de que habían contado con la visible protección de Dios.<sup>4</sup> Carlos María de Bustamante, más fervoroso que el primero, dijo al respecto que los monarcas y los generales no estaban destinados a luchar contra la naturaleza. Por eso creía que lo sucedido fue dispuesto así por la Providencia “para purificarnos y para que apreciásemos algún día el mérito de nuestra libertad y de hechos tan hazañosos”.<sup>5</sup> Mora, algo burlón, dijo que el arzobispo y el virrey querían radicar en el pueblo la idea de que sus triunfos se debían a la especial protección del cielo sobre la causa española y en contra de los “herejes insurgentes”.<sup>6</sup> Por último, Emilio del Castillo Negrete también se refirió a los designios de Dios, aunque con total optimismo y haciendo uso de la perspectiva que le daba escribir más de sesenta años después del suceso. Fue precisamente la Providencia la que, según este autor, premió la heroicidad de sus hijos al decretar la independencia y la

<sup>2</sup> 7 de julio de 1811, en *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México*, recopilada por Juan Hernández y Dávalos, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, t. II, p. 500.

<sup>3</sup> Juan Bautista Díaz Calvillo, “Noticias para la historia de Nuestra Señora de los Remedios...”, *ibid.* Este sermón fue enviado a todas las comunidades religiosas masculinas y femeninas, con la obligación de que lo leyeran y lo archivaran. Véase “Cordillera acompañando un ejemplar para que se lea en comunidad el sermón publicado por el padre Díaz Calvillo”, en AGN, *Bienes Nacionales*, v. 729, exp. 48.

<sup>4</sup> Servando Teresa de Mier, *Historia de la revolución de Nueva España*, edición facsimilar de la de 1823, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 360.

<sup>5</sup> Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución mexicana*, segunda edición, México, Imprenta de Lara, 1843, reproducida de forma facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. 1, p. 191.

<sup>6</sup> José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, edición facsimilar de la de 1836, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1986, t. III, p. 138.

libertad de México. “¿Qué importaba [se preguntó] una victoria más o menos? ¿Qué el prolongar la lucha un poco más de tiempo?”<sup>7</sup>

Díaz Calvillo fue uno de los promotores de la virgen de los Remedios como la que abogó por la causa del rey — por eso la llamó “insigne libertadora”, intercesión que les habría permitido conseguir varios triunfos. Este sacerdote fue, además, el creador de la leyenda — basado en el testimonio de algunos oficiales realistas — de que la virgen con esa advocación les hizo un milagro que, según él, fue patente en muchas de las batallas que ganaron a los insurgentes. Creía que en los días de éxito aparecían en el cielo unas nubes en forma de palmas<sup>8</sup> — no olvidemos que la palma se ha visto desde la antigüedad como símbolo de la victoria — que empezaron a manifestarse el 7 de noviembre de 1810, precisamente sobre la catedral de la ciudad de México donde por esos días se veneraba “la prodigiosa imagen”. Además de mencionar el mismo fenómeno una vez concluida la acción de Aculco, Díaz Calvillo asentó que aparecieron palmas sobre el ejército real en las “cuatro batallas posteriores”, donde incluía sin nombrarla a la de Puente de Calderón. No he encontrado, por cierto, ningún testimonio o relato de que las hubiera habido en ésta, pero el asunto de la aparición de esas nubes asociadas a los triunfos realistas fue ampliamente comentado, incluso con sarcasmo, como diré más abajo.

Entre las celebraciones por la victoria de 1811, el virrey y el arzobispo promovieron que fuera solemnizada con un novenario en catedral “a la portentosa imagen de los Remedios”. Éste tuvo lugar entre el 13 de febrero y el 21 de ese mes, día en que se ofició una misa “con un aparato suntuoso y magnífico” y con un sermón pronunciado por Mariano Beristáin. De ahí salieron todos en una procesión que siguió el mismo trayecto que se hacía el día de Corpus Christi. En el centro de la marcha “era conducida en hombros de sacerdotes la dicha santa imagen”, carrera que incluyó como siempre a las parcialidades indígenas, las cofradías, las hermandades, las comunidades religiosas, el clero y el cabildo, los tribunales,

<sup>7</sup> Emilio del Castillo Negrete, *México en el siglo XIX, o sea, su historia desde 1800 hasta la época presente*, México, Santiago Sierra Tipógrafo, 1877, t. II, p. 10.

<sup>8</sup> Las nubes cirros se localizan en la atmósfera a una altitud más o menos de 8 km. Se trata de nubes formadas por cristales de hielo, que son estirados por las corrientes de viento, dándoles un aspecto plumoso o en hebras. Lucas Alamán escribió que, en su tiempo, eran comunes en el mar y que los marinos las llamaban “rabos de gallo”.

el consulado, la universidad, el ayuntamiento, la real audiencia y el virrey. No faltaron campanas a vuelo, salvas y adornos en las calles. A los lados se apostaron dos alas del regimiento de milicias urbanas de México y los tres batallones de patriotas distinguidos de Fernando VII, “los que por orden superior – continúa contando Díaz Calvillo – hicieron a la santa imagen los honores militares correspondientes al empleo de capitán general”.



Calleja siguió viendo palmas en el cielo cuando tomó Zitácuaro en enero de 1812. Según Alamán, el brigadier “se aprovechó con habilidad de un fenómeno natural harto común y que se ve con indiferencia cuando no hay ocasión de interpretarlo como prodigio”, pero que fue materia de crítica sangrienta y mordaz por los adictos a la insurrección.<sup>9</sup> Un mes después, el ejército realista encabezado por su jefe, hizo su entrada triunfante a la ciudad de México, precisamente el 5 de febrero, fiesta del santo mexicano san Felipe de Jesús. Cuenta de nuevo Alamán, que la solemnidad del acto se vio turbada por un accidente inopinado: con los vivas y aplausos del pueblo, el caballo en el que iba montado el director de artillería, Judas Tadeo Tornos – que marchaba al lado de Calleja –, se alborotó “parándose de manos” y golpeó en la cabeza a don Félix, quien cayó al suelo recibiendo un golpe muy fuerte, a tal grado, que lo cargaron hasta una casa donde estuvo un rato en cama, antes de poder ir en coche a presentarse ante el virrey. Los que se habían burlado del prodigio de las palmas contraponían a ese agüero el de la caída del orondo militar en plena celebración de su triunfo.<sup>10</sup>

Díaz Calvillo mandó hacer un grabado con el que ilustró su texto, a partir del dibujo del capellán que acompañó a Calleja, fray Diego Manuel Bringas, quien dejó memoria gráfica de tres palmas manifestadas en la bóveda celeste: dos que se habrían visto en los días previos a la toma de Zitácuaro y otra un día antes de que

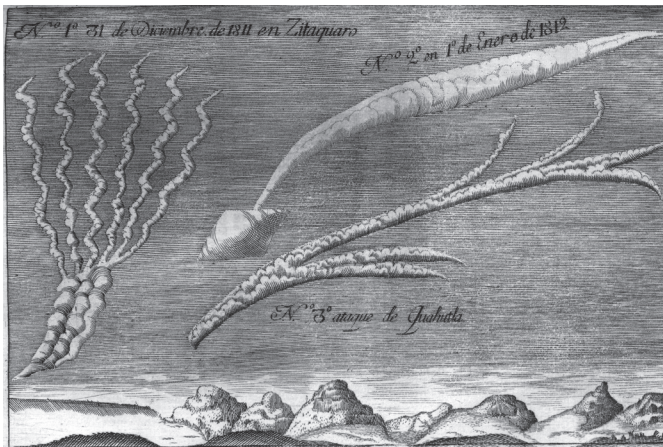
<sup>9</sup> Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, México, Imprenta de Lara, 1850, edición facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. II, p. 453-454.

<sup>10</sup> *Ibid.*, t. II, p. 476. En el tomo III de su *Historia...*, p. 205, este autor se refiere a otras palmas refulgentes vistas por los realistas cerca de San Miguel el Grande el 4 de febrero de 1812 y comenta que el fenómeno se había puesto de moda.



el brigadier atacara Cuautla.<sup>11</sup> A Carlos María de Bustamante le parecía extraño que, siendo Díaz Calvillo tan exacto en referir los milagros de la virgen de los Remedios y apreciando tanto “las palmitas de nubes”, no mencionara en su crónica la caída de Calleja. Para Bustamante, sin embargo, no había presagio en ninguno de los casos sino simples contingencias.<sup>12</sup>

El éxito sobre Hidalgo y las acciones que siguieron le abrieron a Félix María Calleja las puertas para ser nombrado virrey de la Nueva España, cargo que ocupó entre 1813 y 1816. También, gracias a ese triunfo, obtuvo varios ascensos militares y un título de nobleza: fue mariscal de campo en 1813, teniente general en 1814, y ya estando en España, vizconde de Aculco y conde de Calderón en 1818<sup>13</sup> y, finalmente, general en 1819. Su vida se prolongó hasta el año de 1828, cuando terminó sus días en su país natal con una afección hepática y en cierto olvido.



20. *Palmas de la victoria*, grabado anónimo a partir del dibujo de fray Diego Miguel Bringas, en Juan Bautista Díaz Calvillo, *Noticias para la historia de nuestra señora de los Remedios desde el año de 1808, hasta el corriente de 1812. Ordenábalas el autor del sermón antecedente. Con licencia*, México, Casa de Arizpe, 1812, entre las páginas 248 y 249

<sup>11</sup> Este grabado forma parte de la obra de Juan Bautista Díaz Calvillo, *Noticias para la historia de Nuestra Señora de los Remedios desde el año de 1808, hasta el corriente de 1812*, México, Casa de Arizpe, 1812, entre las páginas 248 y 249.

<sup>12</sup> Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, p. 325.

<sup>13</sup> Archivo del Ministerio de Justicia, Madrid, leg. 334-3, n. 3532, doc. 4. Este título fue solicitado para Calleja por los tribunales, corporaciones y Ayuntamiento de México.





INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## PROVIDENCIALISMOS, MILAGROS, FESTEJOS Y OTROS AUGURIOS

Hacia 1816, cuando el brigadier recordaba cómo había planeado la batalla de Calderón, se veía a sí mismo como César a punto de pasar el Rubicón. Estaba cierto de que con su victoria, cincuenta mil europeos con sus familias aseguraron sus personas y sus propiedades, mientras “El Rey Nuestro Señor” podía estar seguro de “aquellos ricos e importantes dominios”, porque de haberse perdido la acción, la monarquía española ya no contaría entre sus vastas posesiones con el imperio de Moctezuma.<sup>1</sup>

En el ambiente de felicitaciones al virrey por el triunfo y en las respuestas de éste en agradecimiento encontramos alusiones al “adorado soberano”, y en relación con él, “al sosiego público”, “al gobierno justo”, “a la verdadera felicidad” y “a la tranquilidad y el orden”. Ésta era la opinión que a Venegas, a otros funcionarios de la corte y al mismo Calleja les merecía Hidalgo y su movimiento: “ex cura que seducía a sus satélites con imposturas y quiméricas felicidades”; “monstruo del averno”; “tigre que sólo nació para la ruina de su país”; conductor de “infelices alucinados”; “apóstata”; “tirano”; “cruel dominador de obcecados, insolentes y pérfidos revoltosos”, y, entre otras cosas, “promotor de una causa injusta”.

Fue precisamente el brigadier, el primero que escribió en su *detall* que había tenido pocas pérdidas, entre otras cosas como ya lo señalé, “por la visible protección que el Señor de los ejércitos dispensaba a la más justa de las causas”. El 17 de enero de 1811 fue convertido por los realistas “en el día más feliz de nuestra edad presente”. El Cabildo de Guadalajara instituyó que todos los 17 de enero se cantara una misa solemne en la que fuera predicado un sermón cuyo tema debía ser la demostración de que la victoria de Calderón “fue un señalado beneficio de la Providencia Divina que quiso declarar la justicia de la más santa causa [...] y afirmar los

<sup>1</sup> “Las campañas de Calleja en la guerra de Independencia”, *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, 1948, t. XIX, p. 485.

derechos del trono y del altar”.<sup>2</sup> Juan Bautista Díaz Calvillo dijo en uno de sus sermones más importantes que, dada la posición de los insurgentes y su gran número de combatientes y de cañones, “era casi imposible [que] quedara vivo uno de los nuestros, si la particular Providencia de Dios no los hubiera defendido y auxiliado”. Para este religioso, Dios era el capitán general de los ejércitos del rey, así como lo había sido de “un piadoso rey de Judá”, e insistió en que fue precisamente el Señor el que se dignó –por mediación de su augusta madre– extender su brazo poderoso contra sus enemigos para confundirlos y humillarlos.<sup>3</sup>

Servando Teresa de Mier escribió, a propósito y con mucha ironía, que los opresores siempre salían con la “cantilena” de que habían contado con la visible protección de Dios.<sup>4</sup> Carlos María de Bustamante, más fervoroso que el primero, dijo al respecto que los monarcas y los generales no estaban destinados a luchar contra la naturaleza. Por eso creía que lo sucedido fue dispuesto así por la Providencia “para purificarnos y para que apreciásemos algún día el mérito de nuestra libertad y de hechos tan hazañosos”.<sup>5</sup> Mora, algo burlón, dijo que el arzobispo y el virrey querían radicar en el pueblo la idea de que sus triunfos se debían a la especial protección del cielo sobre la causa española y en contra de los “herejes insurgentes”.<sup>6</sup> Por último, Emilio del Castillo Negrete también se refirió a los designios de Dios, aunque con total optimismo y haciendo uso de la perspectiva que le daba escribir más de sesenta años después del suceso. Fue precisamente la Providencia la que, según este autor, premió la heroicidad de sus hijos al decretar la independencia y la

<sup>2</sup> 7 de julio de 1811, en *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México*, recopilada por Juan Hernández y Dávalos, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, t. II, p. 500.

<sup>3</sup> Juan Bautista Díaz Calvillo, “Noticias para la historia de Nuestra Señora de los Remedios...”, *ibid.* Este sermón fue enviado a todas las comunidades religiosas masculinas y femeninas, con la obligación de que lo leyeran y lo archivaran. Véase “Cordillera acompañando un ejemplar para que se lea en comunidad el sermón publicado por el padre Díaz Calvillo”, en AGN, *Bienes Nacionales*, v. 729, exp. 48.

<sup>4</sup> Servando Teresa de Mier, *Historia de la revolución de Nueva España*, edición facsimilar de la de 1823, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 360.

<sup>5</sup> Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución mexicana*, segunda edición, México, Imprenta de Lara, 1843, reproducida de forma facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. 1, p. 191.

<sup>6</sup> José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, edición facsimilar de la de 1836, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1986, t. III, p. 138.

libertad de México. “¿Qué importaba [se preguntó] una victoria más o menos? ¿Qué el prolongar la lucha un poco más de tiempo?”<sup>7</sup>

Díaz Calvillo fue uno de los promotores de la virgen de los Remedios como la que abogó por la causa del rey — por eso la llamó “insigne libertadora”, intercesión que les habría permitido conseguir varios triunfos. Este sacerdote fue, además, el creador de la leyenda — basado en el testimonio de algunos oficiales realistas — de que la virgen con esa advocación les hizo un milagro que, según él, fue patente en muchas de las batallas que ganaron a los insurgentes. Creía que en los días de éxito aparecían en el cielo unas nubes en forma de palmas<sup>8</sup> — no olvidemos que la palma se ha visto desde la antigüedad como símbolo de la victoria — que empezaron a manifestarse el 7 de noviembre de 1810, precisamente sobre la catedral de la ciudad de México donde por esos días se veneraba “la prodigiosa imagen”. Además de mencionar el mismo fenómeno una vez concluida la acción de Aculco, Díaz Calvillo asentó que aparecieron palmas sobre el ejército real en las “cuatro batallas posteriores”, donde incluía sin nombrarla a la de Puente de Calderón. No he encontrado, por cierto, ningún testimonio o relato de que las hubiera habido en ésta, pero el asunto de la aparición de esas nubes asociadas a los triunfos realistas fue ampliamente comentado, incluso con sarcasmo, como diré más abajo.

Entre las celebraciones por la victoria de 1811, el virrey y el arzobispo promovieron que fuera solemnizada con un novenario en catedral “a la portentosa imagen de los Remedios”. Éste tuvo lugar entre el 13 de febrero y el 21 de ese mes, día en que se ofició una misa “con un aparato suntuoso y magnífico” y con un sermón pronunciado por Mariano Beristáin. De ahí salieron todos en una procesión que siguió el mismo trayecto que se hacía el día de Corpus Christi. En el centro de la marcha “era conducida en hombros de sacerdotes la dicha santa imagen”, carrera que incluyó como siempre a las parcialidades indígenas, las cofradías, las hermandades, las comunidades religiosas, el clero y el cabildo, los tribunales,

<sup>7</sup> Emilio del Castillo Negrete, *México en el siglo XIX, o sea, su historia desde 1800 hasta la época presente*, México, Santiago Sierra Tipógrafo, 1877, t. II, p. 10.

<sup>8</sup> Las nubes cirros se localizan en la atmósfera a una altitud más o menos de 8 km. Se trata de nubes formadas por cristales de hielo, que son estirados por las corrientes de viento, dándoles un aspecto plumoso o en hebras. Lucas Alamán escribió que, en su tiempo, eran comunes en el mar y que los marinos las llamaban “rabos de gallo”.

el consulado, la universidad, el ayuntamiento, la real audiencia y el virrey. No faltaron campanas a vuelo, salvas y adornos en las calles. A los lados se apostaron dos alas del regimiento de milicias urbanas de México y los tres batallones de patriotas distinguidos de Fernando VII, “los que por orden superior – continúa contando Díaz Calvillo – hicieron a la santa imagen los honores militares correspondientes al empleo de capitán general”.



Calleja siguió viendo palmas en el cielo cuando tomó Zitácuaro en enero de 1812. Según Alamán, el brigadier “se aprovechó con habilidad de un fenómeno natural harto común y que se ve con indiferencia cuando no hay ocasión de interpretarlo como prodigio”, pero que fue materia de crítica sangrienta y mordaz por los adictos a la insurrección.<sup>9</sup> Un mes después, el ejército realista encabezado por su jefe, hizo su entrada triunfante a la ciudad de México, precisamente el 5 de febrero, fiesta del santo mexicano san Felipe de Jesús. Cuenta de nuevo Alamán, que la solemnidad del acto se vio turbada por un accidente inopinado: con los vivas y aplausos del pueblo, el caballo en el que iba montado el director de artillería, Judas Tadeo Tornos – que marchaba al lado de Calleja –, se alborotó “parándose de manos” y golpeó en la cabeza a don Félix, quien cayó al suelo recibiendo un golpe muy fuerte, a tal grado, que lo cargaron hasta una casa donde estuvo un rato en cama, antes de poder ir en coche a presentarse ante el virrey. Los que se habían burlado del prodigio de las palmas contraponían a ese agüero el de la caída del orondo militar en plena celebración de su triunfo.<sup>10</sup>

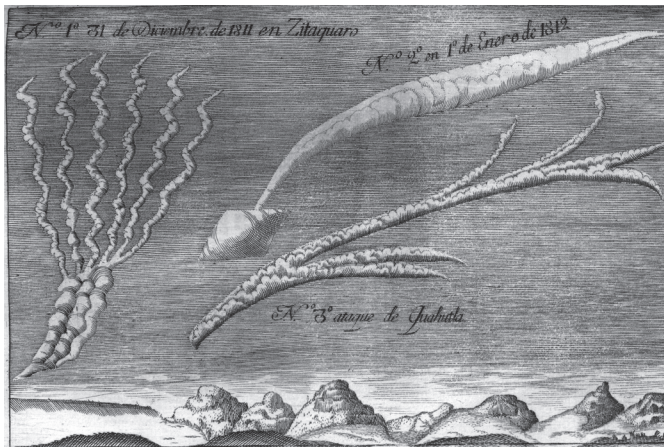
Díaz Calvillo mandó hacer un grabado con el que ilustró su texto, a partir del dibujo del capellán que acompañó a Calleja, fray Diego Manuel Bringas, quien dejó memoria gráfica de tres palmas manifestadas en la bóveda celeste: dos que se habrían visto en los días previos a la toma de Zitácuaro y otra un día antes de que

<sup>9</sup> Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, México, Imprenta de Lara, 1850, edición facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. II, p. 453-454.

<sup>10</sup> *Ibid.*, t. II, p. 476. En el tomo III de su *Historia...*, p. 205, este autor se refiere a otras palmas refulgentes vistas por los realistas cerca de San Miguel el Grande el 4 de febrero de 1812 y comenta que el fenómeno se había puesto de moda.

el brigadier atacara Cuautla.<sup>11</sup> A Carlos María de Bustamante le parecía extraño que, siendo Díaz Calvillo tan exacto en referir los milagros de la virgen de los Remedios y apreciando tanto “las palmitas de nubes”, no mencionara en su crónica la caída de Calleja. Para Bustamante, sin embargo, no había presagio en ninguno de los casos sino simples contingencias.<sup>12</sup>

El éxito sobre Hidalgo y las acciones que siguieron le abrieron a Félix María Calleja las puertas para ser nombrado virrey de la Nueva España, cargo que ocupó entre 1813 y 1816. También, gracias a ese triunfo, obtuvo varios ascensos militares y un título de nobleza: fue mariscal de campo en 1813, teniente general en 1814, y ya estando en España, vizconde de Aculco y conde de Calderón en 1818<sup>13</sup> y, finalmente, general en 1819. Su vida se prolongó hasta el año de 1828, cuando terminó sus días en su país natal con una afección hepática y en cierto olvido.



20. *Palmas de la victoria*, grabado anónimo a partir del dibujo de fray Diego Miguel Bringas, en Juan Bautista Díaz Calvillo, *Noticias para la historia de nuestra señora de los Remedios desde el año de 1808, hasta el corriente de 1812. Ordenábalas el autor del sermón antecedente. Con licencia*, México, Casa de Arizpe, 1812, entre las páginas 248 y 249

<sup>11</sup> Este grabado forma parte de la obra de Juan Bautista Díaz Calvillo, *Noticias para la historia de Nuestra Señora de los Remedios desde el año de 1808, hasta el corriente de 1812*, México, Casa de Arizpe, 1812, entre las páginas 248 y 249.

<sup>12</sup> Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, p. 325.

<sup>13</sup> Archivo del Ministerio de Justicia, Madrid, leg. 334-3, n. 3532, doc. 4. Este título fue solicitado para Calleja por los tribunales, corporaciones y Ayuntamiento de México.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS





## LA BATALLA SIMULADA

El criollo que más aprendió del brigadier Félix Calleja y que quiso seguir sus pasos fue Agustín de Iturbide. Entró a formar parte del ejército realista en septiembre de 1810 y participó en la batalla de Monte de las Cruces. Ascendió a capitán, fue enviado a Tierra Caliente, precisamente a Taxco, como jefe del batallón de Tula. Allí estaba — incluso muy enfermo por una disentería — cuando sucedió la acción de Calderón. Pidió poco tiempo después, y le fue concedido, ser trasladado a la región del Bajío, donde se hizo famoso por su combate a los insurrectos y por resguardar los cargamentos de mercancías que atravesaban su zona. Esto le significó ser ascendido a teniente coronel, aunado a su éxito contra el insurgente Albino García. Al año siguiente, habiendo derrotado a Rayón, ascendió a coronel y fue designado comandante general de la Provincia de Guanajuato. Estableció en Irapuato su cuartel general.

Para 1814, había logrado la pacificación y la defensa de muchos pueblos del Bajío, aunque empañó su gloria — según Lucas Alamán — por convertirse en traficante de mercancías que después revendería a precios muy altos, así como porque sus prisioneros eran fusilados, incluido el “sexo débil”. Entre una multitud de personas — que en una ocasión informó al virrey Calleja haber pasado por las armas —, agregó el nombre de María Tomasa Estévez, quien había sido comisionada para seducir a la tropa. Iturbide estaba seguro de que por su “bella figura” lo hubiera logrado, de no ser sus soldados acendrados patriotas.<sup>1</sup> Entre agosto y diciembre de ese año, Calleja lo tenía más que nunca en alta estima y lo seguía empleando en muchas operaciones importantes.

Fue entonces cuando en el mes de octubre, Iturbide decidió festejar el regreso de Fernando VII y la abolición que éste hizo de la Constitución de Cádiz — celebraciones que, por cierto, se dieron a lo largo y ancho de toda la Nueva España — con la puesta en esce-

<sup>1</sup> Lucas Alamán, *Historia de México*, México, Imprenta de Lara, 1850, edición facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. IV, p. 42 y 122. Lo último lo copia Alamán de la *Gaceta* del 1o. de octubre de 1814.

na de la batalla de Puente de Calderón. No sabemos lo que Calleja opinó del simulacro, pero por esta adulación y por otros servicios no menos valiosos para la Corona, mantuvo a flote al coronel hasta el año de 1816 —un año antes había sido nombrado comandante general de las provincias de Guanajuato, Michoacán y del ejército del Norte, entre otras cosas, para el aniquilamiento de las guerrillas— en que no hubo más remedio que suspenderlo y llamarlo a la capital a rendir cuentas por los abusos de autoridad cometidos en su puesto. Sin embargo, todavía pesaba la opinión del virrey en su favor, por lo que fue absuelto de todos los cargos, y aunque le estaba permitido, decidió no reasumir el mando de sus tropas.



“Viva el rey”, gritaron las tropas acuarteladas en Irapuato, a las que se unieron los habitantes del vecindario convocados por su comandante en jefe, de acuerdo con las indicaciones del mismo soberano de que debía celebrarse el “feliz y deseado acontecimiento” de su restauración en el trono español. Era el sábado 15 de octubre del año de 1814, cuando desde temprano tronaron las salvas, se oyeron repiques de campana y se vieron “colgaduras en proporción a las facultades”, por supuesto más holgadas en la casa del mismo coronel, donde bajo de un dosel reposaba el retrato de Su Majestad, al que le hizo guardia el batallón de la Corona y frente al que, en la noche, una orquesta tocó para solaz de los paseantes. El día siguiente, que era domingo, fue dedicado por la tropa al ensayo del “simulacro” que tendría lugar la tarde del lunes 17, después de oír misa y asistir todos a un besamanos en casa de Iturbide. Que fuera en un día 17, era para recordar que había sido en uno con ese mismo número, cuando Calleja venció a Miguel Hidalgo.

La representación de la “gloriosa acción de Calderón” siguió al pie de la letra las palabras del brigadier en su *detall* del 3 de febrero que, de todos los informes redactados por Calleja para enaltecer su victoria, es el más exagerado, el más olvidadizo y el más deseoso de reconocimiento. Iturbide tal vez prefirió no pensar en otras versiones que circularon entre los soldados y oficiales de su ejército y que habrían puesto en entredicho que, por el solo talento de don Félix, los realistas resultaron vencedores. Nadie representó a Hidalgo ni a Allende ni a ningún jefe insurgente, porque el criollo sabía que

frente al público que fungió como espectador de ese simulacro pudo ser peligroso nombrar a los caudillos populares y, sobre todo, darles un papel en esa representación. Tampoco mencionó el nombre de ningún jefe realista, salvo, por supuesto, el de Calleja, personaje que él mismo encarnó, resaltando en su informe sólo el apelativo de los batallones y compañías que participaron.

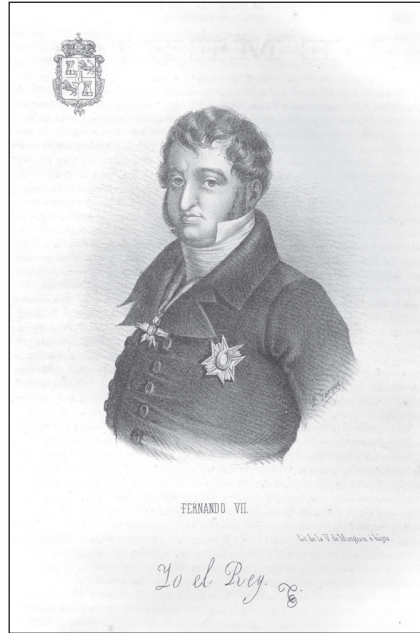
El objetivo de ese “ejercicio general de fuego” era múltiple. Su creador buscaba que fuera “vistoso y divertido” para el público; que a la tropa le pareciera “agradable”, pero sobre todo “útil”, y que la gente se sintiera inspirada por un “verdadero amor al soberano” y también — aunque no lo expresó con palabras — halagar al virrey y tal vez propiciar que se supiera de ese coronel en la corte de Madrid. Lo más importante para él era que el ejército fuera el trasmisor de esos sentimientos a la gente, y que Calleja no tuviera duda de que le era fiel cumpliendo sus órdenes de celebrar al monarca. Informó que los actores eran todos del “ejército victorioso del rey” y que a los que tuvieron que hacer de enemigos, “aunque fingido, les era repugnante”. Eligió esa batalla porque era fácil de representar “en el corto tiempo de una tarde” y porque estaba “acomodada a las circunstancias actuales”. Subrayó además que “lo figurado” era “puntual y exacto”, tal como se lo expresaron algunos que habían vivido la verdadera batalla.<sup>2</sup>

En una larga carta a Calleja que le escribió hasta diciembre de ese año de 1814 — llama la atención que tardara dos meses en informar al virrey sobre su celebración — le cuenta que tenía en mente varios proyectos para ser representados, sobre todo los que en la península habían llevado a la libertad del soberano. También dice haber pensado en algún hecho militar del “héroe de este siglo, el inmortal Wellington”, pero como era asimismo complicado y no quería demeritar a ninguno, se decidió a representar “una de las principales victorias de nuestros días”, ocasión, concluye, que todos deseaban “con ansia”. Le parecía inmejorable el campo al oeste del pueblo de Irapuato, porque pasaba por ahí un río, “cuya circunstancia ayudaba para la ilusión” de ver colocadas las baterías que defendieron “los enemigos” — a los que dotó de tres cañones y una pieza de artillería — y para que los que eran del ejército “amigo”

<sup>2</sup> *Documentos para la historia de la guerra de Independencia, 1810-1821. Correspondencia y Diario militar de don Agustín de Iturbide*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1926 (Publicaciones del Archivo General de la Nación, t. II), t. XI, p. 272-274 y 318-323.



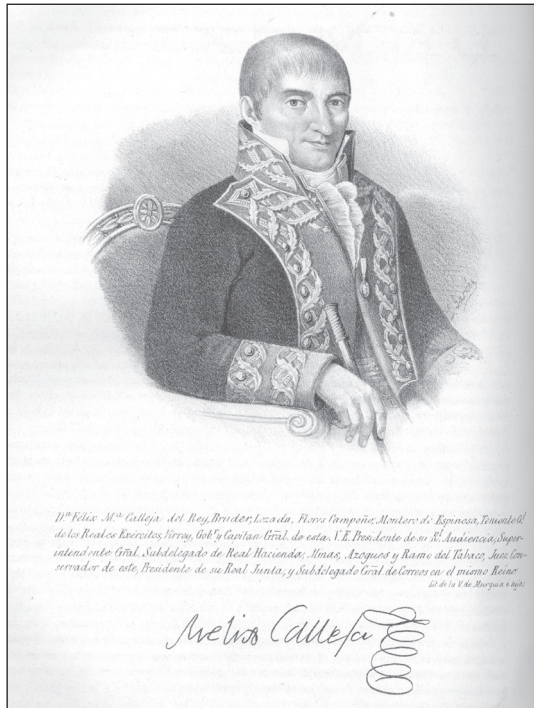
21. Agustín de Iturbide, litografía de Decaen, *La Ilustración Mexicana*, México, Ignacio Cumplido, 1851, t. IV, en *Nación de imágenes. La litografía mexicana del siglo XIX*, México, Museo Nacional de Arte, 1994, p. 218



22. Fernando VII, dibujo de L. Garcés, litografía de la Viuda de Murguía e hijos, en Manuel Rivera Cambas, *Los gobernantes de México. Galería de biografías y retratos de los virreyes, emperadores, presidentes y otros gobernantes que ha tenido México desde don Hernando Cortés hasta el C. Benito Juárez*, México, Imprenta de J. M. Aguilar, 1872, t. I, p. 617

— armados a su vez con tres cañones — pudieran imitar los movimientos del paso de la barranca.

El acto empezó a las tres de la tarde y terminó hacia “las oraciones de la noche”. En esta versión de Iturbide, “los enemigos” siempre sostuvieron fuegos de corta duración, perdieron la defensa de sus baterías y se replegaron. Sólo en un fugaz momento, los que representarían al innostrado Flon y a sus tropas colocadas hacia la izquierda del campo tuvieron “un movimiento retrógrado”, que superaron rápido porque fueron vigorosamente auxiliados. Los de la derecha hicieron como que su caballería fuera perseguida, pero una vez más “se rehicieron en el acto”. El clímax de esa pieza teatral



23. Félix María Calleja, dibujo de L. Garcés, litografía de la Viuda de Murguía e hijos, en Manuel Rivera Cambas, *Los gobernantes de México. Galería de biografías y retratos de los virreyes, emperadores, presidentes y otros gobernantes que ha tenido México desde don Hernando Cortés hasta el C. Benito Juárez*, México, Imprenta de J. M. Aguilar, 1872, t. I, p. 582

era la entrada en escena de Iturbide-Calleja quien, en un acto decisivo, mandó enganchar la artillería, se dirigió al puente junto con su estado mayor, pasó al lado izquierdo – reanimando con sus voces y su presencia a la tropa – y marchó triunfal al frente de ellos y de otros batallones, para atacar con todo a la gran batería contraria que tomaron “en pocos instantes”, mientras huían sus defensores hasta su última posición. Solamente restaba ver a la caballería hacerse de los simulados cañones que seguían dando batalla, a los enemigos huir en desorden y a los amigos perseguirlos por un rato.

Para el público asistente, la función terminó con la reunión del ejército frente a él. Estaba seguro Iturbide de que el día de la victoria el ejército triunfante se había congregado y había gritado vivas al rey y a España, y por eso sus actores hicieron lo mismo. Sólo agregaron



en esa ocasión —según lo anotó Iturbide, en el colmo del halago, en su carta al virrey don Félix María— vivas a “nuestro general Calleja y a nuestra Generala”, refiriéndose al que por entonces sólo era teniente general y a su esposa Francisca de la Gándara.<sup>3</sup> Únicamente los que habían tenido papeles de realistas se vitorearon entre ellos, usando los nombres de los batallones del “victorioso Ejército del Centro” que habían representado. Para hacer retemblar de emoción a los espectadores, terminaron con descargas de armas y de artillería y, formados en columnas y satisfechos, emprendieron la marcha hacia el pueblo de Irapuato que los esperaba todo iluminado para oír serenatas.

Iturbide creía haber ayudado a que la gente supiera “de las penosas tareas de su profesión” y a que tuvieran “un concepto de amor y fidelidad al soberano”. Carlos María de Bustamante, restándole importancia, escribió que ni la batalla de Calderón había sido decisiva —porque se levantaron nuevos ejércitos que a la postre le quitaron el imperio a los españoles— y que el criollo no tenía por qué renovar esas llagas “que aún destilaban sangre”. Dijo, en suma y muy burlón, que más de tres mil hombres que formaban el Ejército del Norte se habían puesto a jugar a “moros y cristianos”. Sin embargo, lo que le parecía más preocupante era que, más allá del teatro, lo que en realidad hicieron muchos soldados fue “cazar insurgentes” de carne y hueso al final de la función, como Guizar-notegui, quien salió de Celaya con ese fin y en la hacienda de La Quemada fusiló a doscientos que asistían a una fiesta de toros.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Podría darse cabida al pensamiento de que al aludir a “La Generala” se tratara de la virgen de los Remedios. Sin embargo, creo que en este caso se refiere a la esposa de Calleja. Las referencias documentales indican, en su mayoría, que a la virgen con esa advocación se le hicieron honores militares correspondientes al empleo de “capitana general”, se le vistió en una ocasión con la banda de general y fue declarada por el virrey patrona del ejército real, aunque no prosperaron los intentos de que fuera nombrada oficialmente “Generala”. Iturbide, en el colmo de la adulación, pensó en Francisca de la Gándara, como también lo hicieron otros por aquel tiempo. En un brindis al que asistió esa señora en febrero de 1812, Mariano Beristáin y Souza expresó: “Bebamos, brindemos con las copas llenas por la generala que hoy honra esta mesa”. Asimismo, en una carta de Agustín de Iturbide a Calleja del 1o. de enero de 1815 leemos: “Muy venerado y amado general y protector mío [...]. He tenido la mayor satisfacción de saber que mi Generala, mi señora la virreina a cuyos pies suplico a vuestra excelencia tenga la bondad de ofrecer mis respetos, dio felizmente a luz una niña, por cuyo plausible motivo...”, en José Núñez y Domínguez, *La virreina mexicana doña María Francisca de la Gándara de Calleja*, México, Imprenta Universitaria, 1950, p. 183 y 235.

<sup>4</sup> Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución mexicana*, segunda edición, México, Imprenta de Lara, 1843, reproducida de forma facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. IV, p. 295-296.



Según Alamán, la “imitación” orquestada por Iturbide se había hecho para traer un recuerdo que “lisonjeara al virrey”,<sup>5</sup> mientras José María Liceaga privilegió en su relato el asunto de la crueldad contra los que fueron sorprendidos en el rodeo, que, dice, “ni eran insurgentes, ni estaban armados”,<sup>6</sup> y que fueron pasados por las armas puestos de rodillas y sin ningún auxilio espiritual.

<sup>5</sup> Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, México, Imprenta de Lara, 1850, edición facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. IV, p. 159.

<sup>6</sup> José María Liceaga, *Adiciones y rectificaciones a la historia de Méjico por don Lucas Alamán*, México, Layac, 1944, v. 1, p. 248.





INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## EPÍLOGO

La crueldad que tuvieron las masas contra muchos españoles, como sucedió por ejemplo en Guanajuato, sólo es equiparable a la que sus antecesores emplearon contra los indios al conquistar estas tierras. Aunque se criticó ampliamente a Hidalgo — así como a algunos de sus subalternos — por su conducta sanguinaria contra los hispanos, no sería menos la del brigadier Calleja y la de su segundo Manuel de Flon, conde de la Cadena, frente a los insurgentes y a muchos civiles indefensos. En todo caso, las matanzas de españoles generaron animadversión hacia los insurgentes, entre muchos que los habían apoyado. También a ellas se debió la formación de numerosas milicias urbanas.

Un hombre peculiar que participó en la batalla de Calderón del lado de los insurgentes — el “lidiador de toros”<sup>1</sup> y también “capitán de bandoleros” Agustín Marroquín — había sido el encargado de pasar a cuchillo a muchos españoles en Guadalajara quienes, según Miguel Hidalgo, tramaban una conspiración. Cuentan Mora y Alamán que lo hacía por las noches: tomaba partidas de cuarenta o más españoles prisioneros en varios edificios, los conducía a barrancas o sitios ocultos y ahí los degollaba.<sup>2</sup>

Marroquín había estado preso en Guadalajara donde había recibido doscientos azotes por sus delitos en el momento en que entraron los insurgentes a esa ciudad. Dicen varias fuentes que fue Torres el que liberó a todos los reclusos, que el bandolero pasó a

<sup>1</sup> Así dice Mora, lo que fue repetido después por muchos autores. En México se llamaba entonces torero al que era muy bueno en el jaripeo y coleadero de reses que se hacía sobre todo en las épocas de rodeo en las haciendas y ranchos.

<sup>2</sup> José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, edición facsimilar de la de 1836, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1986, t. III, p. 126-127, y Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, México, Imprenta de Lara, 1850, edición facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. II, p. 102-104. Agrega Mora que, cuando se enteraron de esto Allende y Abasolo, protestaron infructuosamente frente a la inflexibilidad de su jefe. Véase también Eric Van Young, “El sociópata Agustín Marroquín”, *Organización y liderazgo en los movimientos populares novohispanos*, edición de Felipe Castro, Virginia Guedea y José Luis Mirafuentes, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992.

servir en las huestes de Hidalgo, quien lo nombró capitán y le hizo varios encargos. De él he mencionado antes que vigilaba a Calleja, lo que permitió a éste interceptar un correo que le enviaba Hidalgo a Marroquín anunciándole su salida de Guadalajara. También señaló que habría sido él quien se encargó de terminar con el famoso conde de la Cadena. Sin embargo, soy de la opinión de que su actitud fue más bien de ambigüedad hacia los dos jefes. Cuando Calleja entró vencedor a esa ciudad, se enteró de los degüellos y quiso hacer pública la “ferocidad” de Hidalgo. Ordenó que los restos mutilados y dispersos de más de seiscientos cincuenta hispanos fueran trasladados a las iglesias para darles cristiana sepultura.<sup>3</sup> Mora apuntó que el brigadier no se olvidó tampoco de mandar fusilar a los prisioneros que llevaba consigo, “según lo tenía de costumbre”.

Sobre Marroquín se generaron muchas leyendas a propósito de su participación en la acción de Puente de Calderón. Un realista que pasó por Guadalajara decía haberse enterado de que “Barroquín” fue nombrado coronel, ofreciéndole a Hidalgo apresar a “Callejas” sin hacerle daño, lo que le sería fácil porque se jactaba de tener ciertas relaciones con él.<sup>4</sup> Otra de ellas, más difícil de comprobar, provenía de un insurgente que decía que la batalla se había perdido por traición de Marroquín que le habría dado a “Callejas” doce cañones de la mejor posición “volteándolos” en contra, a lo que se sumó el aire y la “mucho humadera”.<sup>5</sup>

Según Pedro García, Marroquín se había comprometido en la junta de generales insurgentes a que acometería a todo trance a Calleja durante la batalla, cosa que, según él, sí llevó a cabo.<sup>6</sup> A pesar de que gozó siempre de la confianza de Hidalgo, no fue leal con él cuando la suerte les fue adversa, lo que más allá de la leyenda

<sup>3</sup> Félix Calleja, “*Detall de la acción gloriosa de las tropas del rey en el Puente de Calderón con los extractos [sic] y relaciones generales deducidos de los partes que remitieron los jefes de infantería, caballería y artillería al señor general en jefe brigadier don Félix Calleja*”, Guadalajara, 3 de febrero de 1811, en *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México*, recopilada por Juan Hernández y Dávalos, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, t. II, p. 360.

<sup>4</sup> “Noticia que Guadalupe Marín da del estado en que se encuentra Guadalajara” (sin fecha), en *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México*, recopilada por Juan Hernández y Dávalos, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, p. 330-331.

<sup>5</sup> “Carta del Sr. Navarro al cura Mercado”, en *Colección de documentos para la historia de la guerra...*, *op. cit.*, t. I, p. 390.

<sup>6</sup> Pedro García, *Con el cura Hidalgo en la guerra de Independencia*, México, Sep-Setentas, 1982, p. 121.

puede comprobarse en la causa abierta al jefe insurgente. Una vez en prisión ambos, el bandolero confesó que, después de Calderón, había intentado apoderarse de Allende para llevarlo ante Calleja con objeto de ser perdonado, y denunció al generalísimo por haber cometido otras matanzas de españoles,<sup>7</sup> lo que de nada le valió porque finalmente fue fusilado en Chihuahua el 10 de mayo de 1811, veinte días antes de que el desafortunado caudillo levantó en armas al país contra la opresión de los que lo habían gobernado durante trescientos años. La batalla ocurrida en Puente de Calderón selló la destrucción de la etapa de la guerra de Independencia conocida como la insurrección de Hidalgo, contienda que, sin embargo, enseñó a sus subsecuentes líderes a no repetir algunos de sus errores y que les permitió organizar una prolongada resistencia que resultaría beneficiosa para la causa de la emancipación.



Calleja forjó un mito sobre esa victoria e Iturbide, con su juego, se convirtió en su más fiel apologista, aprovechando un momento político que era propicio para adular a las máximas autoridades del reino. Sin embargo, sólo se nombró a un personaje en su simulacro —el glorioso brigadier— con el que se fundió haciendo evidente su ambición de poder. Tanto en la metafórica representación de la batalla como en el recuento que haría de ella están manifiestas sus altas pretensiones de ocupar un lugar protagónico en los sucesos de sus días. Paradójicamente, en el año de 1811 Calleja había insistido en que el ejército era el único apoyo con el que contaban, y que era el que los había de salvar. Diez años después, y ya a las órdenes de ese subalterno y seguro servidor que lo aduló por su triunfo en Calderón, fue parte de ese ejército el que pactó la independencia olvidando sus juramentos de fidelidad.

Don Félix elaboró una versión de los hechos más para ser representada por el ejército del rey que para ser creída. En su interpretación no hay incidentes ni imprudencias ni conflictos que no hubieran estado planeados previamente por él, y eso es lo que mostró Iturbide, quien no se dio cuenta —y quizá Calleja tampoco— de

<sup>7</sup> Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, México, Imprenta de Lara, 1850, edición facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. II, p. 187-188.



que, con su representación a escala, redujo y banalizó aún más el desempeño de su héroe que, al final, ni fue César, ni el arroyo que atravesó se parecía en nada al Rubicón. Por otro lado, al menospreciar el punto de vista insurgente, ambos convirtieron la acción en un libreto, muy alejado de las cualidades caóticas que definen a las guerras. Ahí, como escribió León Tolstói, se da un juego muy complejo, que transcurre en un tiempo determinado y donde no es una sola voluntad la que guía, sino que todo deriva de infinidad de conflictos producidos por las muchas voluntades que participan. Por eso, concluyó este autor, nadie —incluido su comandante en jefe— puede prever lo que va a pasar, y todo se decide de modo instantáneo, sin cálculos,<sup>8</sup> muy lejos, por cierto, del deseo que Calleja quiso legarnos sobre su actuación.

El relato de Pedro García y las versiones historiográficas que dieron cabida al hecho de que el campo insurgente se incendió —lo cual provocó la desbandada después de sostener el ataque por varias horas y de haber estado a punto de ganar— forman el entramado de otra versión, que también pertenece al recuerdo de esa batalla. Con todo lo que le toca de invención o de ilusión, la dota sin embargo de nuevos sentimientos, más cercanos a lo que suele suceder en la guerra, donde la victoria no está decidida de antemano y en la que los imprevistos determinan la fortuna —buena o mala— de cada uno de los que participan en ella.

<sup>8</sup> Lev Tolstói, *Guerra y paz*, segunda edición, Barcelona, Debolsillo, 2005, p. 1041-1042 y 1108.



## I

### EL VIRREY DE NUEVA ESPAÑA DON FÉLIX MARÍA CALLEJA, A SUS BIZARRAS TROPAS. SEPTIEMBRE 6 DE 1814

Soldados: la victoria que siempre ha marchado con vosotros os ha traído por fin al colmo de la gloria. Jurasteis sostener con vuestra sangre los derechos del augusto Fernando: lo habéis cumplido: gozáis ya del fruto de este juramento, única y noble divisa del militar, y me complazco extraordinariamente al contemplar verificado el fausto vaticinio que os hice hace quatro años cuando me puse a vuestro frente en la campaña.

Fernando, el deseado y oprimido, ha triunfado de sus contrarios por medio de vosotros, y sentado ya en el solio de San Fernando, os manda por sí mismo y bendice vuestras fatigas y la sangre que habéis derramado en su defensa.

Envaneceos soldados, con la idea de vuestra generosa conducta y recordad con placer las privaciones y trabajos que habéis sufrido: ellos no han sido en vano, y vuestro sublime deseo está ya cumplido. Ningún otro ardió en vuestro corazón al empuñar las armas, sino el de la restitución de Fernando. Fernando fue vuestro grito uniforme a la agresión del Corso: Fernando al levantarse contra sus derechos el apóstata Hidalgo: Fernando flotó en vuestras banderas: Fernando ha sido vuestra señal en las batallas: por Fernando habéis desamparado vuestros hogares, y sufrido con admirable constancia las hambres, las fatigas, la desnudez, la intemperie, y todas las miserias inseparables de la guerra: a Fernando habéis obedecido en la sucesión de gobiernos que interina y necesariamente han dirigido en su augusto nombre el timón de la Monarquía, y Fernando, en fin, ha sido el norte de todas vuestras acciones y su restablecimiento en el trono de noventa y cuatro reyes, el alto fin de vuestro desvelo.

Lo habéis logrado, y tanta es vuestra parte en la libertad del Soberano, como la de vuestros hermanos de Ultramar. Porque mien-



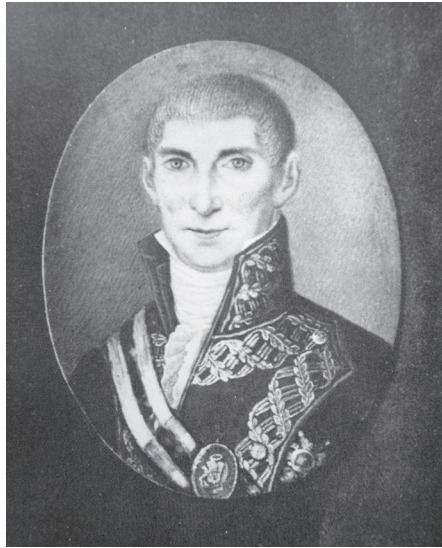


tras los bravos peninsulares luchaban en el continente europeo contra las legiones del tirano para afirmar el trono de su Rey, vosotros, no menos valientes y esforzados, os proponíais el mismo sagrado objeto en estas regiones al combatir a los traidores y rebeldes coligados con Bonaparte para destruir al idolatrado Monarca.

¡Jornadas memorables de las Cruces, de Aculco, Guanaxuato, Calderón, Zitácuaro y Quautla! ¡Días gloriosos de Baxán, Río de Medina y Béxar! ¡Batallas inmortales de Valladolid, Puruarán, Acapulco y el Veladero! No se borre jamás vuestra memoria del corazón de las valientes tropas de Nueva España así como causasteis la admiración del universo.

Soldados: allí vencisteis y vencisteis por Fernando. Tras sus banderas, nada se opuso a vuestro brío; desaparecieron a vuestra vista millares de traidores; vuestra marcha era la señal de la Victoria. Llegó Fernando y se cumplieron vuestros votos: Fernando os habla ya desde su solio soberano: Fernando os dirige su voz reconocida. ¿Qué no haréis ahora en su defensa, vosotros que supisteis sacrificarlo todo por su libertad? Yo os miro en este instante inflamados del noble orgullo que inspira la virtud: os veo satisfechos de haber contribuido tan heroicamente a la salvación del Rey: os considero prontos a descargar vuestra terrible indignación contra el infame que se atreva a destruir vuestra santa obra. Y si hay hombres temerarios y perdidos que osen alzar su voz contra el Monarca, y vibrar frenéticos la espada parricida, descubridlos: perezcan tales monstruos, enemigos de vuestras glorias y de vuestra felicidad y no quede de ellos otra cosa que el recuerdo de su ejemplar castigo. Vuestros compañeros de Ultramar descansan ya tranquilos de sus fatigas y rodean sobre sus armas todavía sangrientas el trono donde reside el Soberano, brillando en sus rostros un placer guerrero. Apresuraos vosotros a acelerar en Nueva España el momento de tan dulce reposo, acabando de destruir a los malvados, que desnudos ya de todo pretexto y ostentándose como detestables rebeldes a la faz del Soberano, sólo desean prolongar vuestros afanes.

Y colocado ya en el solio de sus mayores por vuestra valentía y esfuerzo el anhelado Fernando, sólo os resta mantenerlo en la justa posesión de su soberanía contra todo el que intente disputársela. Satisfecho estoy de vuestra decisión y fidelidad: yo os oigo ahora mismo en la exaltación del entusiasmo, renovar el juramento que hicisteis al virtuoso Fernando en el instante de su cautividad. Sí, sol-



24. *Don Félix María Calleja del Rey, I conde de Calderón, teniente general, virrey de la Nueva España*, óleo sobre tela, miniatura anónima, en José de J. Núñez y Domínguez, *La virreina mexicana doña María Francisca de la Gándara de Calleja*, México, Imprenta Universitaria, 1950



25. *Fernando VII en 1808*, litografía anónima, en Julio Zárate, "La guerra de Independencia", en *México a través de los siglos*, México, Cumbre, 1958, t. III, p. 33



dados, no haya en vuestro pecho más objeto que el Rey: su servicio os coloca entre los primeros de sus vasallos: por su servicio gozáis de los altos fueros que son debidos a los defensores de la Patria y del Soberano y de los cuales ibais a ser despojados en el ilusorio sistema liberal: en su servicio sois distinguidos y apreciados de todas las naciones, y por él os está abierto el camino de la inmortalidad y de la gloria.

Sostened, soldados, la nobleza y heroicidad de vuestra conducta y sentimientos hacia el mejor de los Monarcas, el suspirado y digno Fernando y esperadlo todo de su beneficencia y sus virtudes. Que si tal vez la necesidad lo exige, todos los guerreros de las potencias coligadas de Europa pelearán a favor vuestro y verterán su sangre por mantener en vuestra frente los laureles que os ha adquirido vuestra fidelidad, vuestra constancia y vuestra bizarría, acompañándoos en el sagrado grito de: *Viva el Rey: caigan los traidores: Viva Fernando VII, el Soberano de las Españas.*

Vuestro compañero de armas, *Calleja*. México 6 de septiembre de 1814.

FUENTE: *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México de 1808 a 1821*, recopilación de Juan Enrique Hernández y Dávalos, México, José María Sandoval, Impresor, 1881, t. V, doc. 178, p. 684-686.



## II

AGUSTÍN DE ITURBIDE, *DIARIO MILITAR*, AÑO DE 1814,  
MES DE OCTUBRE

*Sábado 15*

Hallándose ya reunida en este punto toda la tropa de Operaciones, y teniendo que demorar algunos días entre tanto se arreglan las cuentas y demás cosas pertenecientes a cada cuerpo, resolví que se celebrasen por esta División las últimas plausibles noticias del asiento de nuestro deseado Rey el Señor Don Fernando Séptimo: al efecto, se publicaron en la mañana de hoy los últimos Bandos de la Superioridad que contienen las Reales Órdenes de Su Majestad, de 4 y 24 de mayo último, y las demostraciones con que debe celebrarse tan feliz y deseado acontecimiento. Hubo salva triple de Artillería, y repique general de campanas, a que acompañaron las voces de *Viva el Rey* de toda la tropa y de los habitantes de todas clases de este fidelísimo vecindario: se colgaron todas las casas, a proporción de sus facultades, colocándose en la de mi morada el Real retrato de Su Majestad, bajo un rico dosel con las Reales insignias, y una guardia que dio el Batallón de la Corona: por la noche se iluminaron todas las calles, y en la que estaba el Real retrato se congregaron innumerables gentes a oír una orquesta de música, que tocó hasta las diez.

*Domingo 16*

Siguen las demostraciones de júbilo en el mismo orden que el día anterior. En la tarde salí con toda la tropa al campo para ensayarla en el ejercicio y evoluciones de un simulacro que he dispuesto se ejecute mañana. En la noche recibí cartas de los comandantes de Lagos y Silao, en que me avisan que el Pachón, con otras gavillas, ha tomado el rumbo de Zacatecas.



Lunes 17

A las 8 ½ de la mañana pasé con toda la oficialidad a la Iglesia Parroquial de esta Congregación, donde se celebró una acción de gracias, una misa solemne con asistencia del clero, Cabildo, y un numeroso concurso de toda clase de personas, en cuyo principio, medio y fin hubo Salvas de Artillería y descargas que hizo la Compañía de Granaderos de la Corona; concluida la función, felicité en mi casa a los Señores Oficiales y vecinos principales de este Pueblo, por haber logrado celebrar la restauración y feliz advenimiento de nuestro deseado Monarca a su Trono. A las dos de la tarde marchó toda la tropa al campo que queda al Oeste de esta Congregación, y como ya tenía prevenido, por orden general que se comunicó a todos los cuerpos, lo que cada uno debía ejecutar en la función del simulacro, inmediatamente se distribuyeron a ocupar sus puntos los diversos piquetes que tenían que representar en las posiciones y baterías enemigas; por lo cual hice la prevención de que aquéllos fueran de los mismos cuerpos por quienes habían de ser atacados, en obvio de encender alguna emulación imprudente que pudiese ocasionar piques y desgracias; prevención que seguramente sirvió mucho para que toda la tropa se prestara gustosa para ejecutar con el mayor orden lo que se le mandó, ya en el campo enemigo, haciendo el papel (que aunque fingido les es repugnante) de Insurgentes, ya en el cuerpo de la División que representó el Ejército victorioso del Rey.

El simulacro se hizo pues figurando la gloriosa acción de Calderón, que preferí a otras muchas, tanto porque ésta merece el singular de decisiva para las armas del Rey en nuestra desgraciada Revolución, como porque la consideré fácil de representarse, atendido el número de tropas de que se compone la División que tengo el honor de mandar y el corto tiempo de una tarde. Describir la función en todas sus partes, será referir la relación de la victoria que se representó, pues en todo procuré arreglarme a ella, no sólo en la colocación y defensa que los Insurgentes hicieron en Calderón de sus tres Baterías, sino también en los movimientos y orden con que el *Ejército del Centro* batió y dispersó al enemigo hasta hacerse dueño de su campo; por manera, que hallándose en esta División muchos individuos de los que concurrieron a la gloriosa acción que se figuraba, todos convinieron en que se había ejecutado con la mayor



26. Agustín de Iturbide, tarjeta postal anónima y sin fecha, cortesía del doctor Javier Sanchiz Ruiz. Proviene de un óleo anónimo del Museo Nacional de Historia de Chapultepec. Véase Esther Acevedo de Iturriaga, *Catálogo del retrato del siglo XIX en el Museo Nacional de Historia*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1982, p. 84, donde se reproduce el cuadro en una fotografía en blanco y negro

puntualidad y exactitud. Concluido el simulacro se reunió toda la tropa; y después de haber marchado en orden de Batalla, hicieron dos descargas los Batallones de la Corona y Celaya, mandados por sus respectivos Jefes, en seguida mandé igual maniobra a los dos cuerpos, que a mi voz victorearon por tres veces a nuestro amado Rey, lo que también ejecutaron a su tiempo los Cuerpos de Caba-





llería; y para cerrar la función, hizo la artillería descarga triple con su arma, e inmediatamente mandé formar la tropa en columna para que se retirase al Pueblo, lo que ejecutó a las oraciones de la noche. En ella, como en las dos anteriores, hubo iluminación y Serenata hasta las diez.

Hoy vino partida de Salamanca, y me avisa su Comandante que antes de anoche salió en persona a sorprender una gavilla de Insurgentes que reside en la Hacienda de Mendoza, pero que sólo se cogieron cuatro, porque al acercarse la tropa, huyeron los demás.

FUENTE: *Documentos para la historia de la guerra de Independencia, 1810-1821. Correspondencia y Diario militar de Agustín de Iturbide, 1814*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1926 (Publicaciones del Archivo General de la Nación, XI), t. II, p. 272-274. Se ha actualizado la ortografía aunque se respetaron las mayúsculas del escrito original.



### III

#### CARTA DE AGUSTÍN DE ITURBIDE A FÉLIX CALLEJA, 30 DE DICIEMBRE DE 1814

Excelentísimo Señor:

Desde que recibí las primeras felices noticias, relativas al advenimiento de nuestro muy amado Rey el Señor Don Fernando 7<sup>o</sup>, al trono de las Españas, creí propio de mi deber proporcionar a las valientes y fidelísimas tropas que tengo el honor de mandar, una ocasión en que pudiesen desahogar, con tan plausible motivo, los sentimientos de su leal corazón, y manifestarlos al público en algunas demostraciones propias de su profesión y carácter; mas las continuas marchas y tareas a que han estado dedicadas con notoria utilidad del servicio Real habían embarazado este justo desahogo, hasta que reunidas en este punto con el fin de consultar a su arreglo y darlas la conveniente distribución para la presente campaña, pudieran tener algún descanso, y con él la ocasión que todos deseábamos con ansia.

Aunque este pueblo, así como todos los demás de la provincia de mi cargo, había ya celebrado en dos veces aquellas plausibles y felicísimas noticias, quiso no obstante hacerlo por tercera para que sirviese de más clara demostración de su fidelidad, y en debido cumplimiento por la superioridad de Vuestra Excelencia en los Bandos de 15 de septiembre último: resolví pues con acuerdo del Cabildo y Cura juez eclesiástico, el que los días 15, 16 y 17 del próximo pasado Octubre fuesen los consagrados a tan digno objeto.

En la mañana del primero se publicaron dichos Bandos con todas las formalidades de ordenanza, y a este acto se siguieron tres salvas de artillería, un repique general de campanas, y las alegres vivas y aclamaciones que la tropa y este benemérito vecindario tributaban al más amado de los Reyes. Todas las casas se adornaron y colgaron en los tres días consecutivos a proporción de las facultades de sus dueños, y en la de mi morada hice colocar el Real retrato de



Su Majestad bajo un rico dosel con las Reales insignias y la correspondiente guardia que dio el 2º Batallón de la Corona: por la noche se iluminaron las calles, y en la que estaba la Real efigie, se congregaron innumerables gentes a disfrutar de la armonía de una orquesta de música que se mantuvo ahí hasta las diez.

El día 17 por la mañana pasé con toda la Oficialidad a la Iglesia Parroquial, donde se celebró en acción de gracias una solemne función con asistencia del venerable Clero, Cabildo y un concurso numeroso de la gente distinguida y demás del pueblo, cuanta podía contener el templo: predicó un excelente sermón el benemérito patriota y diestro orador Don José Antonio López Tejeda, Cura interino de Tingüindín; y se hicieron en principio, medio y fin del Santo Incruento Sacrificio, las correspondientes descargas por la artillería y Compañía de Granaderos de la Corona. Después de este acto religioso, recibí en mi casa a los Señores Oficiales y vecinos principales del lugar: les dirigí mi voz de congratulación por tan digno motivo, y la recibieron con el mayor aprecio, manifestando todos, el gozo y complacencia que inspira el verdadero amor al Soberano.

Para dar fin a las públicas demostraciones, dispuse que en la tarde del mismo día se hiciese una que, además de ser muy acomodada a las circunstancias actuales, sería también vistosa, y divertida para el público, y al mismo tiempo útil y agradable a la tropa.

Fue un ejercicio general de fuego, dirigido a representar una de las principales victorias de nuestros días.

Cuando medité el proyecto, ocurrió luego a mi memoria la *célebre acción de Salamanca*, que fue la que, variando la suerte de nuestras armas en la Península, fijó desde entonces la felicidad de aquella lucha: no llamaban menos mi atención los *brillantes asaltos de Badajoz y Ciudad Rodrigo*; así como el *raro triunfo de Victoria*, arrastraba violentamente mi deseo, por haber sido uno de los que influyeron más eficazmente en la pronta libertad de nuestro amado Soberano, y aún en la de toda la Europa; finalmente, todos los pasos militares del héroe de este siglo, el *inmortal Wellington*, eran para mí dignos de representarse, ya se atendiese a la sabiduría con que los ordenó y ejecutó, ya también a los felicísimos resultados en que todas las potencias han tenido con nosotros gran parte... Pero todas estas acciones eran muy complicadas, por los numerosos ejércitos que contendieron, por las diversas posiciones y actos de ataque... de manera que me convencí con dolor, de que no podía mi pequeña

sección figurar con alguna propiedad en la menor de todas ellas; y no quise dar al público ideas poco exactas y demeritadas de tan grandes sucesos.

En la del *Puente de Calderón* pude allanar aquellas dificultades, y me decidí a su representación, pues también merece el nombre de *decisiva de la suerte de este Reino*.

Así lo anuncié en la Orden general, dando a cada cuerpo la instrucción necesaria de lo que habían de ejecutar: el orden en que debían marchar al campo, y el de su establecimiento, antes de dar principio al simulacro.

Los toques de generala, asamblea y tropa dados de la una a las dos de la tarde, anunciaron a la División la marcha, como lo verifiqué en columna por el orden siguiente: llevaba la vanguardia el Cuerpo de Caballería Ligera de Frontera: seguía después la Compañía de Granaderos de la Corona, la Artillería de la Real Brigada, el resto de la Infantería de la Corona, y toda la Patriótica, el Batallón de Celaya, la Artillería de esta guarnición, una Compañía del mismo Batallón de Celaya, el 5º Escuadrón de Fieles del Potosí, Dragones de Moncada, Patriotas de Caballería, Piquete de Sierragorda, Compañías de León y San Fernando, y cerraban la retaguardia los Dragones de Puebla.

Se dirigió la Columna al campo que sale al Oeste de la población, el que además de proporcionar por su extensión toda la comodidad necesaria para las evoluciones y maniobras militares, está cortado hacia el Sur por un río, cuya circunstancia ayudaba para la ilusión, para colocar las baterías y línea que defendieron en Calderón los rebeldes, y no menos para que pudieran imitarse los movimientos que al paso de la barranca o quebrada, ejecutó allá el *Ejército del Centro*. Luego que la tropa llegó al campo, se colocaron tres baterías en los puntos que de antemano estaban señalados, figurándose el de la derecha por una pieza de artillería de las tropas de operaciones, defendida por Infantes de la Corona y de Celaya, Dragones Fieles del Potosí, de Puebla y de Moncada, todo a las órdenes del Capitán de la Corona Don José Mijangos: el centro o gran batería enemiga se representaba por dos cañones de Irapuato que sostenían infantes de Celaya, Dragones de Frontera, de Fieles y de la Compañía de León, al mando del Teniente Coronel graduado Don Bernardo García: la última batería, que formaba la izquierda enemiga, se colocó a la otra parte del Río y la figuraba un cañón de Irapuato, teniendo para su



defensa Infantes de Celaya, Dragones de Frontera, de Fieles y de Sierra Gorda, al mando del Teniente Coronel graduado Don Felipe Castañón: finalmente, varios Piquetes de los Cuerpos de Caballería, mandados por el Teniente Coronel graduado Don Bartolomé de la Peña, se colocaron guardando una distancia proporcionada de la línea enemiga, para figurar su cuerpo o pelotón de reserva.

Dispuesto así el campo que había de ser atacado, el resto de la tropa formó un cuadrilongo, de donde a la señal de ataque debían romperse los movimientos, a imitación de los que hicieron los cuerpos del Ejército, y consultando a la mayor propiedad, se distribuyó por piquetes en la colocación conveniente, y bajo los títulos de aquellos cuerpos.

Así que sesenta y cuatro Infantes de la Corona figuraban el regimiento de su nombre, un número igual del mismo cuerpo con otro del Batallón de Celaya hacía las veces del primero y segundo de la Columna de Granaderos y 80 Cazadores de Celaya divididos en dos trozos, representaban a los Gastadores de la Columna y Patriotas de San Luis: el mismo sistema se observó respecto a la caballería; el Regimiento de Dragones de México se figuró por dos tercios del de Moncada; la mitad de la fuerza útil de Puebla tenía el lugar de todo su cuerpo, y 20 Fieles de San Luis ocupaban el punto que en el flanco izquierdo correspondía al Escuadrón de Querétaro; los Dragones de España, San Carlos, San Luis y Lanceros de este nombre, formaban la ala derecha y se representaban por 80 Dragones de Frontera, 20 de León, 30 Fieles y 20 de Sierra Gorda; los Patriotas de Irapuato, con dos Piquetes de Frontera y León, quedaron en la reserva para figurar la del Ejército que se componía de la Frontera y varios Piquetes de diversos cuerpos. El tren de artillería se representó por tres cañones de la División.

Comenzó el ataque a las tres de la tarde, saliendo del campo el Regimiento de la Corona con un cañón, y la caballería de la izquierda; en su marcha describió una curva hasta ponerse a tiro de la primera Batería; allí desplegó en batalla, atacó decididamente, y el enemigo sostuvo un vivo fuego, aunque de poca duración. A este tiempo se levantó el campo, y el grueso del Ejército marchó por su derecha, de donde se prolongaron hasta el centro los Patriotas de San Luis en partidas de guerrilla. Los nuestros se hicieron dueños de la primera Batería y los enemigos se replegaron hacia el centro de su línea; entonces el Regimiento de Dragones de San Luis pasó de la

derecha por la espalda del puente a reforzar nuestra izquierda, que habiendo continuado el ataque descubrió la gran batería, a tiempo que cargaron sobre ella los contrarios en gran número, y hallándose falta de municiones, retrocedió un poco para proveerse de ellas.

Como el Jefe del segundo Batallón de la Columna advirtió el movimiento retrógrado de la izquierda, contramarchó rápidamente con su cuerpo, y lo colocó en batalla al frente de la batería grande, con alguna inclinación a su derecha, lo cual puso a cubierto la tropa de la izquierda de un grupo de caballería enemiga, que saliendo de las baterías del centro, e izquierda en persecución de aquélla, fue rechazado vigorosamente y con la mayor firmeza por el expresado Batallón de la Columna. Al mismo tiempo que esto se ejecutaba en el centro e izquierda, se retiró también la Caballería de la derecha, perseguida por los enemigos; más el primer Batallón de la Columna de Granaderos, sostuvo a nuestros caballos que se rehicieron en el acto.

Luego que se ordenó la tropa de la derecha, mandé, tomando el nombre y representación con que Vuestra Excelencia presidía el Ejército del Centro, mandé, repito, enganchar la artillería y con ella y el Estado Mayor me dirigí al puente: de allí pasé a la izquierda, reanimando con mis voces y presencia a la tropa, la reuní al segundo Batallón de la Columna, y poniéndome a su frente marché con toda ella y la artillería a tomar la batería grande, que en efecto tomamos en pocos instantes, rechazando a los contrarios, que huyeron en desorden hacia su última posición.

Para desalojarlos de ella y concluir el simulacro, salió la Corona y caballería de la izquierda a tomar aquel punto, el que se rindió con poca resistencia, y los contrarios huyeron precipitadamente y en desorden y fueron perseguidos en poco rato.

Todos los cuerpos se reunieron en el campo que se suponía de Calderón (y a la manera que en aquel glorioso día) prorrumpieron a una voz con alborozo diciendo: *VIVA NUESTRO REY FERNANDO, VIVA ESPAÑA, VIVA NUESTRO GENERAL CALLEJA, VIVA NUESTRA GENERALA*; y después, en prueba de marcialidad y unión, se victorearon mutuamente los mismos cuerpos, bajo los nombres que habían adoptado para representar al *victorioso Ejército del Centro*.

Concluido el simulacro, formó toda la tropa en orden de batalla, y después de haber marchado hasta la mitad del campo, dando su frente al pueblo, hicieron alternativamente las descargas los Batallones de la Corona y Celaya, mandados por sus inmediatos Jefes;





en segunda mandé igual maniobra a los mismos cuerpos unidos, los que a mi voz victorearon por tres veces a nuestro amado Rey, el Señor Don Fernando 7º, y lo mismo ejecutaron todos los cuerpos de caballería: se cerró la función con descarga de artillería, después de la cual se formó la columna en el mismo orden con que había salido del pueblo, y se retiró a él a las oraciones de la noche.

Mucho me he difundido, Señor Excelentísimo, en la relación de las demostraciones con que ha celebrado esta División a su amado y suspirado Rey; más a pesar de todo, no he podido dar una idea media del gozo y satisfacción que han manifestado en ellas todos los individuos de que se compone, porque esto, más es para presenciarse, que para pintarlo en una descripción: pero ya que no he podido hacerlo en ésta, que el público forme el concepto del amor y fidelidad al Soberano, con que tan digna tropa se gloria de emplearse en el Real servicio, tendré siquiera la satisfacción de protestarlo así a Vuestra Excelencia, como testigo que he sido de sus tiernos afectos en estos tres días, y del gusto que constantemente observó en ella para desempeñar las penosas tareas de su profesión.

He retardado a Vuestra Excelencia hasta hoy esta noticia, porque desde el día inmediato al simulacro en que salí a campaña, he estado en una agitada y no interrumpida movilidad; de modo que apenas he tenido el tiempo muy preciso para despachar en las noches, al dejar el caballo, los asuntos más interesantes y de momento. Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años, Irapuato, 30 de diciembre de 1814. Excelentísimo Señor Agustín de Iturbide [Rúbrica] Excelentísimo Señor Virrey Don Félix María Calleja.

FUENTE: *Documentos para la historia de la guerra de Independencia, 1810-1821. Correspondencia y diario militar de don Agustín de Iturbide*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1926 (Publicaciones del Archivo General de la Nación, XI), t. II, p. 318-323.



## FUENTES DOCUMENTALES Y BIBLIOGRAFÍA

### *Archivos*

Archivo General de la Nación, México (AGN):

*Bienes Nacionales*

*Historia*

*Infidencias*

*Operaciones de Guerra*

Centro de Estudios de Historia de México Carso

*Latin American Manuscripts Collection*, University of Texas, Austin, Texas:

*Alamán Paper's*

Biblioteca Nacional de México:

*Fondo Reservado*

Hemeroteca Nacional de México:

*Gaceta del Gobierno de México, 1811-1814*

*Historias y compilaciones documentales, siglos XVIII, XIX y XX (hasta 1950)*

ALAMÁN, Lucas, *Historia de Méjico*, México, Imprenta de Lara, 1850-1851, t. II, III y IV.

AMADOR, Elías, "Los caudillos de la Independencia ante el patíbulo" (1910), *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, México, Museo Nacional, 3a. época, t. 3, 1911.

ARRANGOIZ, Francisco de Paula, *México desde 1808 hasta 1867*, México, Porrúa, 1974 (primera edición: 1871).

BELLEMERE, Louis (Gabriel Ferry), *Escenas de la vida militar en México*, México, América, 1945 (primera edición: 1863).

*Boletín del Archivo General de la Nación*, "Las campañas de Calleja en la guerra de Independencia", México, t. XIX, n. 4, 1948.



BUSTAMANTE, Carlos María de, *Cuadro histórico de la revolución mexicana*, 2a. edición, México, Imprenta de Lara, 1843, reproducida de forma facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. 1.

CASTILLO LEDÓN, Luis, "El puerto de San Blas, su fundación y su historia", *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, t. LX, n. 4, julio-agosto de 1945.

CASTILLO NEGRETE, Emilio del, *México en el siglo XIX, o sea su historia desde 1800 hasta la época presente*, México, Santiago Sierra Tipógrafo, 1877, t. 2.

CLARIANA, Antonio de, *Resumen náutico de lo que se practica en el teatro naval, o representación sucinta del arte de marina*, Barcelona, Imprenta de Iván Piferrer, 1731.

DÍAZ CALVILLO, Juan Bautista, *Sermón que en el aniversario solemne de gracias a María Santísima de los Remedios, celebrado en esta iglesia catedral el día 3 de octubre de 1811 por la victoria de Monte de las Cruces y Noticias para la historia de Nuestra Señora de los Remedios desde el año de 1808 hasta el corriente de 1812. Ordenábalas el autor del sermón antecedente. Con licencia*, México, Casa de Arizpe, 1811-1812.

———, "Noticias para la historia de nuestra señora de los Remedios, desde el año de 1808 hasta el corriente de 1812", en *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México de 1808 a 1821*, por J. E. Hernández y Dávalos, México, José María Sandoval, 1879, t. III.

*Documentos para la historia de la guerra de Independencia, 1810-1821. Correspondencia y diario militar de don Agustín de Iturbide*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1926 (Publicaciones del Archivo General de la Nación, XI), t. II.

*Episodios históricos de la guerra de Independencia relatados por varios autores*, 2 t., México, Imprenta de *El Tiempo* de Victoriano Agüeros, 1910.

FRÍAS, Heriberto, *Episodios militares mexicanos*, México, Porrúa, 1987 (primera edición: 1901).

GARCÍA, Genaro, *Documentos históricos mexicanos. Obra conmemorativa del Primer Centenario de la Independencia de México*, México, Museo Nacional de Arqueología Historia y Etnología, 1910, t. VI:

"Copia de la declaración rendida por D. Juan de Aldama en la causa que se le instruyó por haber sido caudillo insurgente", 20-21 de mayo de 1811.

"Causa instruida contra el Generalísimo D. Ignacio Allende", 10 de mayo a 29 de junio de 1811.

GARCÍA, Pedro, *Con el cura Hidalgo en la guerra de Independencia*, México, Sep-Setentas, 1982 (primera edición: 1928).

HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, J. E., *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México, de 1808 a 1821*, México, José María Sandoval Impresor, 1877, 1878, 1879, t. I, II y III:

“Parte de Calleja sobre la acción de Aculco”, 7 de noviembre de 1810.

“Cartas de Allende a Hidalgo manifestándole su disgusto por la marcha de éste a Guadalajara”, 19 y 20 de noviembre de 1810.

“Plan de campaña formado por el señor Calleja para batir a las fuerzas independientes”, Villa de León, 16 de diciembre de 1810.

“José María Zavala avisa al señor Mercado que el señor Hidalgo salió de Guadalajara y el estado en que quedó la plaza”, 18 de enero de 1811.

“Los alcaldes de Ahualulco avisan al señor Mercado la pérdida de la acción de Calderón”, 21 de enero de 1811.

“Carta del señor Navarro al cura Mercado”, 22 de enero de 1811.

“Bosquejo de la batalla de Calderón el 17 de enero de 1811”, s. f.

“Proclama de Félix Calleja al ejército después de la acción de Calderón”, Guadalajara, 24 de enero de 1811.

“Informe del teniente coronel Joaquín Castillo y Bustamante, Segundo Batallón de la Columna de Granaderos”, Guadalajara, 24 de enero de 1811.

“Noticia que Guadalupe Marín da del estado en que se encuentra Guadalajara”, s. f.

“Proclama de Félix Calleja al ejército después de la acción de Calderón”, Guadalajara, 24 de enero de 1811.

“Cartas reservadas de Calleja y el virrey (Venegas)”, enero de 1811.

Manuel de la Sota Riva, “Extracto que forma el mayor general de infantería de las relaciones dadas por los cuerpos de su cargo acerca de los muertos, heridos y acciones particulares que cada uno tuvo en la función de Puente de Calderón el día 17 de enero de 1811”, Guadalajara, 25 de enero de 1811.

“Parte detallado de la acción de Calderón con sus documentos comprobantes. *Detall* de la acción gloriosa de las tropas del rey en el puente de Calderón con los extractos y relaciones generales deducidos de los partes que remitieron los jefes de infantería, caballería y artillería al señor general en jefe brigadier don Félix Calleja”, Guadalajara, 3 de febrero de 1811.



“El cabildo de Guadalajara dispone que se cante una misa solemne con sermón para solemnizar la batalla de Calderón”, 7 de julio de 1811.

“Relación de la causa que se sigue en este Santo Oficio contra don Miguel Hidalgo y Costilla, cura de la congregación de los Dolores en el obispado de Michoacán, natural de Pénjamo.”

“Informe de José Fernando Abascal de acuerdo a las reales órdenes, 30 de septiembre de 1802”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 2a. época, t. 3, 1871.

LICEAGA, José María, *Adiciones y rectificaciones a la Historia de Méjico por don Lucas Alamán*, 2 v., México, Layac, 1944 (primera edición: 1868).

MARIA Y CAMPOS, Armando de, *Los toros en México en el siglo XIX (1810-1863). Reportazgo retrospectivo de exploración y aventura*, México, Botas, 1938.

MIER, Servando Teresa de, *Historia de la revolución de Nueva España*, edición facsimilar de la de 1823, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1986, t. 1 (primera edición: 1813).

MORA, José María Luis, *México y sus revoluciones*, edición facsimilar de la de 1836 (que es la primera edición), México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1986, t. III.

MORLA, Tomás de, *Tratado de artillería para el uso de la Academia de caballeros cadetes del real cuerpo de artillería dividido en quatro tomos, que tratan de las principales funciones de los oficiales de este cuerpo en paz y en guerra, escrito por [...], teniente coronel de los reales ejércitos y capitán del mismo cuerpo*, Segovia, 1784, v. 1; 1785, v. 2; 1786, v. 3.

———, *Láminas pertenecientes al tratado de artillería, que se enseña en el Real Colegio Militar de Segovia*, edición facsimilar, Segovia, 1993.

NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ, José de J., *Historia y tauromaquia mexicanas*, México, Botas, 1944.

———, *La virreina mexicana doña María Francisca de la Gándara de Calleja*, México, Imprenta Universitaria, 1950.

OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique, *Episodios históricos mexicanos. Novelas históricas nacionales amena e imparcialmente escritas*, “edición de gran lujo, ilustrada”, México/Barcelona, Ramón de S. N. Araluze, editor, 1887-1888, t. 1.

OROZCO Y BERRA, Manuel, “Calderón (batalla del Puente de)”, en *México en el Diccionario universal de historia y geografía*, coordinación general de Antonia Pi-Suñer, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, v. 3, t. II, p. 34-39.

- OTERO, Mariano, "Recuerdos de un día en el puente de Calderón", en *Obras del Sr. Lic. D. Mariano Otero*, las publica su hijo Ignacio Otero, México, Tipografía de Nabor Chávez, 1859.
- PÉREZ VERDÍA, Luis, *Apuntes históricos sobre la guerra de Independencia en Jalisco*, Guadalajara, Ediciones ITG, 1953 (primera edición: 1886).
- PRIETO, Guillermo, "La batalla de Calderón", en *Romancero de la guerra de Independencia*, México, Imprenta de *El Tiempo* de Victoriano Agüeros, 1910, t. I.
- RIVERA CAMBAS, Manuel, *Los gobernantes de México. Galería de biografías y retratos de los virreyes, emperadores, presidentes y otros gobernantes que ha tenido México desde don Hernando Cortés hasta el C. Benito Juárez*, México, Imprenta de J. M. Aguilar, 1872, t. I y II.
- SOTELO, Pedro José, *Memorias del último de los primeros soldados de la independencia, Pedro José Sotelo, dedicadas al C. Lic. Sebastián Lerdo de Tejada, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, por el Ayuntamiento y jefe político de esta ciudad*, Dolores Hidalgo, año de 1874.
- TOLSTÓI, Lev, *Guerra y paz*, 2a. edición, Barcelona, Debolsillo, 2005.
- TORRENTE, Mariano, *Historia general de la revolución hispanoamericana*, Madrid, v. 1 en Imprenta de D. León Amaritá, 1829, y v. 2 y 3 en la Imprenta de Moreno, 1830.
- ZÁRATE, Julio, "La guerra de Independencia", en *México a través de los siglos*, México, Cumbre, 1958, t. III (primera edición: 1880).
- ZERECERO, Anastasio, *Memorias para la historia de las revoluciones en México*, México, Imprenta del Gobierno en Palacio, 1869.

### *Historias contemporáneas*

- ACEVEDO DE ITURRIAGA, Esther, *Catálogo del retrato del siglo XIX en el Museo Nacional de Historia*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1982.
- AMAYA, Jesús, *Hidalgo en Jalisco*, Guadalajara, Sociedad Impulsora de las Letras, 1954.
- ARCHER, Christon, "La revolución militar de México: estrategias, tácticas y logísticas, durante la guerra de Independencia, 1810-1821", en *Interpretaciones de la independencia de México*, coordinación de Josefina Z. Vázquez, México, Nueva Imagen, 1997.



- BÁEZ MACÍAS, Eduardo, *Guía del archivo de la Antigua Academia de San Carlos, 1801-1843*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972.
- BÁRCENAS DÍAZ, Alma Rosa, "Geohistoria de una batalla", *Revista de Geografía*, Instituto Nacional de Estadística y Geografía, mayo 1984.
- CALDERÓN QUIJANO, José Antonio (director), *Cartografía histórica de la Nueva Galicia*, Sevilla, Universidad de Guadalajara/Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1984.
- CALDERÓN QUIJANO, José Antonio, *Las fortificaciones españolas en América y Filipinas*, Madrid, MAPFRE, 1996.
- CÁRDENAS DE LA PEÑA, Enrique, *San Blas de Nayarit*, 2 v., México, Secretaría de Marina, 1968.
- CASASOLA, Gustavo, *Anales gráficos de la historia militar de México, 1810-1970*, México, Editorial Gustavo Casasola, 1973.
- CASTAÑEDA, Carmen, "Los intendentes en el gobierno de Guadalajara, 1790-1809", *Anuario de Estudios Americanos*, LIX-1, enero-junio de 2002.
- DUBY, Georges, *El domingo de Bouvines, 27 de julio de 1214*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- El Escudo Nacional mexicano*, 2a. edición, México, Miguel Ángel Porrúa, 1985.
- GÁLVEZ RUIZ, María de los Ángeles, *La conciencia regional en Guadalajara y el gobierno de los intendentes (1786-1800)*, Guadalajara, Unidad Editorial del Gobierno de Jalisco, 1996.
- GUTIÉRREZ CAMARENA, Marcial, *San Blas y las Californias. Estudio histórico del puerto*, México, Jus, 1956.
- HERREJÓN, Carlos, *La independencia según Ignacio Rayón*, introducción, selección y complemento biográfico por Carlos Herrejón Peredo, México, Secretaría de Educación Pública, 1985 (Cien de México).
- LÓPEZ URRUTIA, Carlos, *El real ejército de California*, Madrid, Grupo Medusa Ediciones, 2000.
- MAZA, Francisco de la, *La ruta del Padre de la Patria. Homenaje a la independencia*, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1960.
- Nación de imágenes. Litografía mexicana del siglo XIX*, México, Museo Nacional de Arte, 1994.
- OLVEDA, Jaime, *La batalla de Puente de Calderón*, compilación y estudio introductorio de Jaime Olveda, México, El Colegio de Jalisco/Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2008.



- ORTIZ, Juan, *Los pueblos y la independencia de México*, Sevilla, El Colegio de México/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Universidad de Sevilla/Universidad Internacional de Andalucía, 1997.
- ORTIZ SOTELO, Jorge, “El Pacífico sud-americano. Punto de encuentros y desencuentros”, en Luis Millones y José Villa Rodríguez, *Perú, el legado de la historia*, Sevilla, PromPerú/Universidad de Sevilla/Fundación El Monte, 2001.
- RAMÍREZ FLORES, José, *El Real Consulado de Guadalajara. Notas históricas*, Guadalajara, Banco Refaccionario de Jalisco, 1952.
- RAZO ZARAGOZA, José Luís, *Guadalajara*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara/Instituto Jalisciense de Antropología e Historia, 1975.
- , *Nombres de ciudades, villas y pueblos del estado de Jalisco en la época virreinal*, Guadalajara, Instituto Jalisciense de Antropología e Historia, 1997.
- ROMERO QUIROZ, Javier, *Atlas ecológico de la cuenca hidrográfica del río Lerma*, México, Gobierno del Estado de México, 1993.
- RUBIO MAÑÉ, José Ignacio, *El virreinato II. Expansión y defensa. Primera parte*, 2a. reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2005.
- SERRERA, Ramón María, *Guadalajara ganadera: estudio regional novohispano, 1760-1805*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1977.
- , *Tráfico terrestre y red vial en las Indias españolas*, 2a. edición, Madrid, Ministerio del Interior, 1993.
- TERÁN, Marta, “Armas de los indios y de los criollos en el inicio de la guerra por la independencia de México, 1808-1812”, en *Colectivos sociales y participación popular en la independencia hispanoamericana*, compilación de Germán Cardoso Galué y Arlene Urdaneta Quintero, Maracaibo, Universidad de Zulia/Instituto Nacional de Antropología e Historia/El Colegio de Michoacán, 2005.
- TERÁN, Marta y Gayol, Víctor, “Anónimo conocido: Conversación que tuvieron un demandante y una frutera (documentos)”, *Historias*, n. 62, septiembre-diciembre de 2005.
- THURMAN, Michael E., *The Naval Department of San Blas. New Spain's bastion for Alta California and Nootka, 1767 to 1798*, Glendale, California, The Arthur H. Clark Company, 1967.
- VALDEZ BUBNOV, Iván, *The naval power and State modernisation: Spanish Shipbuilding policy in the eighteenth century*, tesis doctoral, Cambridge, 2005.



VALDIVIA O., Luis, María del Rocío Castillo y Alma Pérez López, “La batalla de Puente de Calderón, una reinterpretación desde la geografía”, presentación Power Point, Centro Universitario de Ciencias y Humanidades, Universidad de Guadalajara, 2008.

VAN YOUNG, Eric, “El sociópata Agustín Marroquín”, en *Organización y liderazgo en los movimientos populares novohispanos*, edición de Felipe Castro, Virginia Guedea y José Luis Mirafuentes, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992.



## ÍNDICE DE IMÁGENES

1. *Mapa preliminar del estado de Jalisco*, formado por la Dirección General de Geografía y Meteorología de la Secretaría de Agricultura y Ganadería, México, 1956 (fragmento), escala 1:500 000 ..... 5
2. *Miguel Hidalgo*, litografía de Arteaga y Compañía, México, en Emilio del Castillo Negrete, *México en el siglo XIX, o sea su historia desde 1800 hasta la época presente*, México, Imprenta de las Escalerillas, 1875-1892, v. 3 ..... 16
3. *Don Félix Calleja*, litografía, en José de J. Núñez y Domínguez, *La virreina mexicana doña María Francisca de la Gándara de Calleja*, México, Imprenta Universitaria, 1950 . . . . 19
4. Tomás de Morla, *Láminas pertenecientes al tratado de artillería, que se enseña en el real colegio militar de Segovia*, edición facsimilar de la de 1784-1786, Segovia, Patronato del Alcázar, 1993, lámina 1 del artículo IX, grabado de Fernando Sesma: representa una espoleta, cartuchos de bala rasa, de metralla de racimo, de balas de hierro batido y de balas de fusil: una pollada y tenaza para bala roxa. . . . . 29
5. Tomás de Morla, *Láminas pertenecientes al tratado de artillería, que se enseña en el real colegio militar de Segovia*, edición facsimilar de la de 1784-1786, Segovia, Patronato del Alcázar, 1993, lámina 17 del artículo II (fragmento), grabado de Joaquín Ballester: representa los cañones de los cinco calibres regulares del nuevo método que actualmente están en uso . . . . 30
6. Tomás de Morla, *Láminas pertenecientes al tratado de artillería, que se enseña en el real colegio militar de Segovia*, edición facsimilar de la de 1784-1786, Segovia, Patronato del Alcázar, 1993, lámina 9 del artículo III, grabado de Juan Moreno: representa las balas y granadas, bombas con boquilla, con argollas y pasabalas . . . 32



- 110 PUENTE DE CALDERÓN: LAS VERSIONES DE UN CÉLEBRE COMBATE
7. Miguel Hidalgo y Costilla, capitán general de América, litografía anónima, en Anastasio Zerecero, *Memoorias para la historia de las revoluciones en México*, México, Imprenta del Gobierno en Palacio, 1869, p. 33 . . . . . 36
  8. Ignacio Allende, óleo sobre tela de Núñez, en Elías Amador, “Los caudillos de la Independencia ante el patíbulo”, *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, México, Museo Nacional, 3a. época, t. 3, 1911 . 37
  9. Juan Aldama, litografía de Santiago Hernández, en Genaro García, *Documentos históricos mexicanos. Obra conmemorativa del Primer Centenario de la Independencia de México*, México, Museo Nacional de Arqueología Historia y Etnología, 1910, t. VI, p. 528 (según una litografía publicada en *Álbum de la patria*) . . . . . 38
  10. Mariano Abasolo, litografía anónima, en Elías Amador, “Los caudillos de la Independencia ante el patíbulo”, *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, México, Museo Nacional, 3a. época, t. 3, 1911 . . . . . 42
  11. Ignacio Allende, dibujó L. G., litografía de la viuda de Murguía e hijos, en Manuel Rivera Cambas, *Los gobernantes de México. Galería de biografías y retratos de los virreyes, emperadores, presidentes y otros gobernantes que ha tenido México desde don Hernando Cortés hasta el C. Benito Juárez*, México, Imprenta de J. M. Aguilar, 1872, t. II, p. 29 . . . . . 42
  12. Juan Aldama, litografía anónima, en Gustavo Casasola, *Anales gráficos de la historia militar de México, 1810-1970*, México, Editorial Gustavo Casasola, 1973. . . . . 43
  13. Plano de la batalla de Puente de Calderón, sin escala, adiciones y litografía de Castro, en Julio Zárate, “La guerra de Independencia”, *México a través de los siglos*, México, Cumbre, 1958, t. III, p. 196 . . . . . 46
  14. Plano del proyecto de un puente cerca del pueblo de Zapotlanejo, en AGI, *Mapas y Planos, México 489 bis*, reproducido entre otros por Ramón María Serrera, *Tráfico terrestre y red vial en las Indias españolas*, 2a. edición, Madrid, Ministerio del Interior, 1993, p. 47 . . . . . 51

15. Puente de tres arcos, actualmente reconstruido, en las cercanías de Zapotlanejo. Fotografía de Carmen Vázquez Mantecón, agosto de 2009 . . . . . 52
16. Fachada norte del puente de un arco sobre el camino real, ambos actualmente reconstruidos, en las lomas de Calderón, Zapotlanejo. Fotografía de Carmen Vázquez Mantecón, agosto de 2009 . . . . . 54
17. Vestigios del lecho de un río debajo del puente de un arco en las lomas de Calderón, Zapotlanejo. Fotografía de Carmen Vázquez Mantecón, agosto de 2009. . . . . 54
18. Fachada sur del puente de un arco en las lomas de Calderón. Fotografía de Carmen Vázquez Mantecón, agosto de 2009. . . . . 55
19. Miguel Hidalgo y Costilla, litografía de Decaen, *La Ilustración Mexicana*, México, Ignacio Cumplido, 1851, t. IV, en *Nación de imágenes. La litografía mexicana del siglo XIX*, México, Museo Nacional de Arte, 1994, p. 217. . . . . 66
20. *Palmas de la victoria*, grabado anónimo a partir del dibujo de fray Diego Miguel Bringas, en Juan Bautista Díaz Calvillo, *Noticias para la historia de nuestra señora de los Remedios desde el año de 1808, hasta el corriente de 1812. Ordenábalas el autor del sermón antecedente. Con licencia*, México, Casa de Arizpe, 1812, entre las páginas 248 y 249 71
21. *Agustín de Iturbide*, litografía de Decaen, *La Ilustración Mexicana*, México, Ignacio Cumplido, 1851, t. IV, en *Nación de imágenes. La litografía mexicana del siglo XIX*, México, Museo Nacional de Arte, 1994, p. 218. . . . . 76
22. Fernando VII, dibujo de L. Garcés, litografía de la Viuda de Murguía e hijos, en Manuel Rivera Cambas, *Los gobernantes de México. Galería de biografías y retratos de los virreyes, emperadores, presidentes y otros gobernantes que ha tenido México desde don Hernando Cortés hasta el C. Benito Juárez*, México, Imprenta de J. M. Aguilar, 1872, t. I, p. 617 76
23. *Félix María Calleja*, dibujo de L. Garcés, litografía de la Viuda de Murguía e hijos, en Manuel Rivera Cambas,



- Los gobernantes de México. Galería de biografías y retratos de los virreyes, emperadores, presidentes y otros gobernantes que ha tenido México desde don Hernando Cortés hasta el C. Benito Juárez*, México, Imprenta de J. M. Aguilar, 1872, t. I, p. 582 77
24. *Don Félix María Calleja del Rey, I conde de Calderón, teniente general, virrey de la Nueva España*, óleo sobre tela, miniatura anónima, en José de J. Núñez y Domínguez, *La virreina mexicana doña María Francisca de la Gándara de Calleja*, México, Imprenta Universitaria, 1950. . . . . 89
25. *Fernando VII en 1808*, litografía anónima, en Julio Zárate, "La guerra de Independencia", en *México a través de los siglos*, México, Cumbre, 1958, t. III, p. 33. . . . . 89
26. Agustín de Iturbide, tarjeta postal anónima y sin fecha, cortesía del doctor Javier Sanchiz Ruiz. Proviene de un óleo anónimo del Museo Nacional de Historia de Chapultepec. Véase Esther Acevedo de Iturriaga, *Catálogo del retrato del siglo XIX en el Museo Nacional de Historia*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1982, p. 84, donde se reproduce el cuadro en una fotografía en blanco y negro 91



## ÍNDICE DE NOMBRES

- Abascal y Souza, José Fernando 49  
Abasolo, Mariano 19, 35, 41, 81  
Acapulco, batalla de 88  
Aculco 39, 71  
Aculco, batalla de 18, 41, 69, 88  
Ahualulco 59  
Alaja, La, véase Alhaja, La, puente 49  
Alamán, Lucas 18, 18n, 25, 25n, 26, 26n, 27, 31, 34-36, 39-40, 45-46, 58-61, 69-70, 73, 79, 81, 83  
Aldama, Ignacio 40, 41, 65  
Aldama, Juan 35, 40, 41, 41n, 42, 43, 46  
Alhaja, La, puente 49  
Allende, Ignacio 15, 18, 18n, 19, 22, 35, 39-41, 41n, 43, 51, 58, 65, 74, 81n, 83  
Amarillas, Las, arroyo 53  
América 28, 39, 63  
Anaya, el Tuerto 61  
Aranjuez 49  
Arcole, puente de 40  
Arias, general 64  
Arrangoiz, Francisco de Paula 25, 25n, 27, 58
- Badajoz 96  
Baján, Norias de 41, 88  
Bajío, el 15, 73  
Batallón de la Corona 91, 96  
Batallón Ligero de Patriotas 21  
Beristáin y Souza, Mariano 78n  
Béxar, batalla de 88  
Bouvines, batalla de 11  
Bringas, fray Diego Manuel 70  
Burton, Tony 53n  
Bustamante, Carlos María de 13, 15n, 25, 27, 35, 45, 58, 58n, 68, 68n, 71, 71n, 78, 78n
- Cádiz 73  
Calderón 11n, 39, 41, 45, 60, 67, 71, 73, 74, 81, 83; batalla de 35; lomas 47, 48, 50; presa 47; puente 19, 19n, 22n, 48, 48n, 49, 49n, 53, 56; río 47, 53, 55  
Calderón y Romero, Francisco 48  
Calleja, Félix María 11, 13-14, 17-18, 18n, 19, 19n, 21-22, 22n, 25-27, 27n, 28, 28n, 31, 32n, 33, 33n, 35, 35n, 37, 39, 39n, 40-41, 45, 47, 53, 53n, 55-61, 61n, 63-67, 67n, 70-71, 71n, 73-75, 77-78, 78n, 81-82, 82n, 83-84, 87, 90, 95, 99-100  
Carlos V 87  
Castañón, Felipe 98  
Castillo Negrete, Emilio del 26-27, 26n, 36, 58, 61, 68, 69n  
Castillo y Bustamante, Joaquín del, oficial realista 13, 23n, 59  
Celaya 15, 21, 78, 97, 98  
Celaya, Batallón de 93, 97, 98, 99  
Celaya, Infantes de 98  
César, emperador romano 84  
Chihuahua 83  
China 34  
Ciprés, Pedro José 48n, 49  
Ciudad Rodrigo 96  
Colorado, río, véase Calderón, río  
Colotlán 34, 64  
Compañía de Escopeteros de Río Verde 21  
Compañía de Gastadores de la Columna de Granaderos 21  
Compañía de Granaderos de la Corona 92, 96, 97  
Corona, Batallón de la 93, 99  
Cruces, Monte de las, batalla de 17, 41, 73, 88  
Cruz, Joseph de la, brigadier realista 64n  
Cuautla 71; batalla de 88  
Cuerpo de Caballería Ligera de Frontera 97
- Delgado, Juan, oficial realista 23n  
Díaz Calvillo, Juan Bautista 26, 26n, 27, 59, 68, 68n, 69-71, 71n





- Díaz de Ortega, Ramón 23n, 27n-29n  
Dolores, pueblo 15  
Duby, Georges 11, 11n, 12
- Emparan, Miguel de 22, 22n, 33, 45  
Escuadrón de Dragones de España 21  
Escuadrón de Dragones Fieles del Potosí 97  
España 25, 27, 33n, 71, 77; Regimiento de Dragones de 98  
Espinoza, Manuel, oficial realista 23n  
Estévez, María Tomasa 73  
Europa 33
- Fernando VII 12, 39, 70, 73, 87-91, 95, 99-100  
Flon, Manuel de, conde de la Cadena 21-22, 22n, 33, 45, 57, 60-61, 64, 76, 81-82  
Frías, Heriberto 26, 26n, 35-36, 58
- Gándara, Francisca de la 78, 78n  
García, Albino 73  
García, Bernardo 97  
García, Genaro 41n  
García, Pedro 14, 41, 43, 63, 63n, 64-65, 82, 84  
García Conde, Diego, oficial realista 23n  
Gastadores de la Columna 98  
Gómez Portugal, insurgente 46  
González Chávez, Elías, presa 47  
Granaderos, Primer Batallón de la Columna de 99  
Granaditas, castillo de 15  
Guadalajara 18, 18n, 26, 28, 33n, 35, 39, 41-42, 47, 50, 60, 63, 65, 81-82; Audiencia de 48; Cabildo de 67; Consulado de Comerciantes de 48-49, 48n-49n, 50, 53  
Guanajuato 15, 17, 39, 41, 73, 74, 81; Alhóndiga de 43; batalla de 88  
Guillén, Miguel, oficial realista 23n  
Guizarnotegui, criollo 78
- Hernández y Dávalos, Juan, 13, 19n  
Hidalgo, Miguel 11-12, 15, 16, 18, 18n, 22, 26, 34, 36, 39, 40, 41, 43, 43n, 51, 52n, 58n, 60, 63, 65-67, 71, 74, 81-82, 82n, 83, 87
- Iberri, Nicolás, barón de Antonelli, oficial realista 23n  
Indias, Archivo General de 49, 50; Consejo de 49  
Inerhi, José Ignacio, oficial realista 23  
Irapuato 73-75, 78, 97, 100  
Irapuato, Patriotas de 98  
Iturbide, Agustín de 12, 73-74, 75n, 76-78, 78n, 79, 83, 91, 94-95, 100
- Jalon, Joseph María, oficial realista 23n  
Jiménez, Mariano 43, 64, 65  
Julio César, emperador romano 67
- Lagos 91  
Laja, La, puente 19, 49, 63  
León 97, 98  
Lerma-Santiago, río 48  
Liceaga, José María 26, 36, 61, 79  
López Rayón, Ignacio 18n, 73  
López Tejeda, José Antonio, cura 96
- Madrid 45, 75  
Marín, Guadalupe, oficial realista 33, 33n, 82n  
Marroquín, Agustín 18, 33, 33n, 64, 81, 81n, 82  
Martínez del Campo, Juan 49-50  
Maza, Francisco de la 51, 51n  
Méndez, Juan José, escultor 52n  
Mendoza, hacienda de 94  
Mercado, señor, cura 18, 59n  
México, 69; Ayuntamiento de 71n; ciudad, 45, 48, 69-70; Regimiento de Dragones de 21, 98  
Michoacán 74  
Mier, Servando Teresa de 25, 28, 33, 35, 58, 68, 68n  
Mijangos, José 97  
Moctezuma 67  
Moncada, Regimiento de Dragones de 97-98  
Monumentos Artísticos, Inspección General de 51  
Mora, José María Luis 19, 25-26, 26n, 27, 33-35, 40, 41, 46, 58, 68, 81, 81n, 82  
Mora, Joseph, oficial realista 23n  
Morla, Tomás de 28n, 31n



- Napoleón 40, 87  
Nayarit 47  
Nueva España 12, 15, 49, 71, 73, 87-88  
Nueva Galicia 17, 49  
Núñez y Domínguez, José 78n
- Ondarza, Antonio, oficial realista 23n  
Orozco y Berra, Manuel, 25, 25n, 27-28, 33-35, 35n, 36, 40, 53, 58, 61  
Ortiz, Juan 17n, 32n, 35n  
Otero, Ignacio 18n  
Otero, Mariano 18, 18n, 25-27, 33-35, 40, 45, 45n, 46, 53, 53n, 58-59, 61
- Pacheco, fray Nicolás 23  
Pacheco Calderón, Antonio 48  
Pachón, el 91  
Pacífico, océano 47  
Patriotas de Caballería 97  
Patriotas de San Luis 98  
Pátzcuaro 15  
Pelayo, rey 87  
Peña, Bartolomé de la 98  
Pérez, cura de Zapotlanejo 60-61  
Pérez Verdía, Luis 26, 26n, 27, 33-34, 34n, 35, 46n, 58  
Pérez Verdía, Manuel 40  
Piquete de Sierra Gorda 97  
Plata y Campillo, Juan José 50  
Polo, Joseph, oficial realista 23n  
Prieto, Guillermo 58, 58n  
Puebla 98  
Puebla, Regimiento de Dragones de 21, 97  
Puruarán, batalla de 88
- Quemada, La, hacienda 78  
Querétaro, Escuadrón de 98
- Ramírez Flores, José 48n-49n, 50  
Rangel, Luis Antonio 49-50  
Rayón, Ignacio, véase López Rayón, Ignacio  
Real de Catorce 32  
Recaredo, rey 87  
Recasado, rey, véase Recaredo 87  
Regimiento de Dragones de Frontera 97-98  
Regimiento de Dragones de la Reina 15
- Regimiento de Dragones de México, véase México, Regimiento de Dragones de  
Regimiento de Dragones de Puebla, véase Puebla, Regimiento de Dragones de  
Regimiento de Infantería de la Corona 21  
Remedios, virgen de los 26n, 68n, 69, 71, 71n, 78n  
Reyes Heróles, Jesús 18n, 53n  
Río de Medina, batalla de 88  
Romero Quiroz, Javier 48, 48n  
Rubicón, río 67, 84  
Rubio Mañé, J. Ignacio 33n, 48n, 61n
- Salamanca 94, 96  
Samaniego, Saturnino, oficial realista 23n  
San Blas, puerto 28, 47  
San Carlos, Academia de 50  
San Carlos, Regimiento de Dragones de 21, 98  
San Felipe de Jesús, fiesta 70  
San Fernando 87, 97  
San Juan Crisóstomo, fray Manuel de 60  
San Luis, Patriotas de 98  
San Luis Potosí 17, 32n, 98; Regimiento de Dragones de 97, 98  
San Miguel el Grande 15, 63n, 70n  
Santiago (o Grande), río 47, 53  
Sanz, Joseph, cirujano mayor del ejército de Félix Calleja 23n  
Sevilla 50  
Sierra Gorda 98  
Silao 91  
Sota Riba, Manuel de la, véase Sota Riva, Manuel de la, oficial realista  
Sota Riva, Manuel de la, oficial realista 13, 23n, 34n  
Sotelo, Pedro José 15, 16n, 17-18, 18n
- Taxco 73  
Tenamaxtl 34  
Tepatitlán, pueblo 62  
Tierra Caliente 73  
Tingüindín 96  
Tololotlán, puente 49, 50  
Tololotlán, río 53  
Tolstói, León 84



116 PUENTE DE CALDERÓN: LAS VERSIONES DE UN CÉLEBRE COMBATE

- Tornos, Judas Tadeo 70  
Torrente, Mariano 25, 25n, 45, 47, 59, 59n  
Torres, José Antonio (el Amo) 46, 81  
Tovar, Manuel, oficial realista 23n  
Tula, batallón de 73
- Urquidi, Juan de, oficial realista 23, 23n
- Valladolid 15, 17  
Veladero, el, batalla de 88  
Venegas, Francisco Xavier, virrey 13, 19n, 27, 28n, 37, 67  
Verde, río 47n  
Villamil, Bernardo 14, 23n, 40, 59-60  
Vizcaya, Joseph Ignacio, oficial realista 23n
- Wellesley, Arthur, primer conde de Wellington 96  
Wellington, primer duque de, véase Wellesley, Arthur, primer conde de Wellington
- Zacatecas 17, 48, 91  
Zapotlán de los Tecuejes, véase Zapotlanejo, pueblo  
Zapotlanejo, pueblo 11, 47, 49-52, 60, 64  
Zárate, Julio 25, 33, 35, 40, 45, 58, 60  
Zavala, Joseph, oficial realista 23n  
Zavalza, José María 18n  
Zerecero, Anastasio 25, 25n, 40, 40n, 58, 63n  
Zitácuaro 70; batalla de 88